



*Otra vuelta
de tuerca*

HENRY JAMES

Ilustrado por ANA JUAN

Un clásico del terror gótico, que marcó un hito en la literatura universal, reinterpretado a través del estilo perturbador e inconfundible de Ana Juan. Una lectura a la que volver una y otra vez para descubrir lo que se esconde entre las líneas del texto y los trazos de los dibujos, ya que en esta historia inmortal todo asombra y nada es lo que parece.

Henry James

Otra vuelta de tuerca



Título original: *The Turn of the Screw*
Henry James, 1898
Traducción: José Bianco
Ilustraciones: Ana Juan

Revisión: 1.0
16/05/2019



*Otra vuelta
de tuerca*



HENRY JAMES
Ilustrado por ANA JUAN

Epílogo del autor

La historia nos había tenido en suspenso, alrededor del fuego, pero aparte de la obvia reflexión de que era siniestra, como esencialmente debe serlo toda extraña historia contada una noche de Navidad en una vieja casa, no recuerdo que sobre ella se hiciera ningún comentario, hasta que alguien aventuró que era el único ejemplo, a su parecer, de un niño que hubiera soportado semejante prueba. Se trataba, debo mencionarlo, de una aparición en una casa tan vieja como aquella en la cual estábamos reunidos, aparición, de horrible especie, a un niño que dormía en el aposento de su madre; aterrorizado, aquel despertó a su madre, y esta, antes de haber disipado la inquietud del niño para conseguir que durmiera nuevamente, se encontró de pronto, ella también, frente al espectáculo que lo había trastornado. Esta observación dio lugar a que Douglas —no enseguida, pero sí un poco más tarde durante la misma noche— hiciera cierta réplica que provocó la interesante consecuencia sobre la cual reclamo la atención de ustedes. Otra persona contó una historia bastante ineficaz, y yo noté que Douglas no escuchaba. Lo interpreté como un signo de que tenía algo que decirnos y de que nosotros teníamos únicamente que esperar. En realidad tuvimos que esperar dos días; pero esa misma noche, antes de separarnos, reveló aquello que le preocupaba.

—Reconozco, en lo que atañe al fantasma de Griffin, o sea lo que fuere, que el hecho de aparecerse primeramente a un niño, y a un niño de tan corta edad, le agrega una especial característica. Pero no es el primer ejemplo de tan encantadora especie en el cual un niño se ha visto implicado. Si el niño aumenta la emoción de la historia, da otra vuelta de tuerca al efecto, ¿qué dirían ustedes de *dos* niños?

Alguien exclamó:

—Diríamos, por supuesto, que dan dos vueltas. Y queremos saber qué les

ha sucedido.

Aún veo a Douglas delante del fuego. Se había puesto en pie, para volverse de espaldas a la chimenea, y frente a nosotros, con las manos en los bolsillos, miraba desde arriba a su interlocutor.

—Hasta ahora, solo yo la conozco. Es demasiado horrible.

Muchas voces, naturalmente, se alzaron para declarar que eso confería a la historia un valor supremo. Nuestro amigo, allanando el terreno para su triunfo, con suma pericia, miró al auditorio y prosiguió:

—Está más allá de todo. No sé de nada en el mundo que se le aproxime.

—¿Como efecto terrorífico? —pregunté.

Pareció decirme que no era tan sencillo, que no podía encontrar los términos para calificarlo. Se pasó una mano por los ojos e hizo una leve mueca de dolor.

—¡Oh, qué maravilla! —exclamó una mujer.

Douglas no le prestó atención. Me clavaba los ojos como si tuviera delante, en vez de a mí, aquello de que hablaba.

—Como un pavoroso conjunto de fealdad y de horror y de dolor.

—Entonces —le dije—, siéntese usted y comience la historia.

Se volvió hacia el fuego, empujó un leño con el pie, lo contempló un momento, y otra vez, volviéndose a mirarnos, afrontó nuestra expectativa.

—No puedo —contestó—. Antes tendría que enviar un recado a la ciudad.

Estas palabras motivaron una protesta unánime, acompañada de no pocos reproches; después de lo cual, y siempre con aquel aire de preocupación, Douglas explicó:

—La historia ha sido escrita. Está en un cajón cerrado con llave, de donde no ha salido desde hace años. Podría escribir a mi criado, enviándole la llave, y él me mandaría el paquete tal como lo encuentre.

A mí, en especial, parecía hacerme la proposición; hasta parecía implorar mi ayuda para que yo pusiera fin a sus vacilaciones. Había roto el hielo que dejó acumular en muchos inviernos; sin duda, sus razones había tenido para callar durante tanto tiempo. Los demás lamentaban la demora, pero a mí me encantaban precisamente sus escrúpulos. Lo insté a escribir con el primer correo y acordar con nosotros para convenir una pronta lectura; después le pregunté si era suya la experiencia en cuestión. Su respuesta no se hizo

esperar.

—¡No, gracias a Dios!

—¿Y es suyo el relato? ¿Lo ha escrito usted?

—Solo he anotado la impresión que me causó. La llevo *aquí* —y se tocó el corazón—. Nunca la he perdido.

—¿Y su manuscrito, entonces?

—Está escrito con una tinta envejecida, pálida, y con la caligrafía más admirable. —Vacilaba de nuevo. Prosiguió—: Es de una mujer, de una mujer muerta hace veinte años. Antes de morir, me envió las páginas en cuestión.

Ahora todos escuchaban y, naturalmente, no faltó quien hiciera bromas o, a lo menos, quien extrajera de esas palabras la inferencia inevitable. Douglas hizo a un lado tal inferencia sin una sonrisa, pero sin demostrar la menor irritación.

—Era una persona encantadora, pero diez años mayor que yo. La institutriz de mi hermana —dijo suavemente—. Dada su posición, no he conocido nunca una mujer más agradable, era digna de cualquier cargo infinitamente superior. De esto hace mucho tiempo, y el episodio había transcurrido muchos años antes. Por aquella época yo estudiaba en Trinity College, y al volver a casa, en el verano de mis segundas vacaciones, la encontré. Ese año me quedé mucho tiempo. Fue un año magnífico. Durante las horas en que ella estaba libre, paseábamos por el jardín y conversábamos, y al oírla conversar me llamó extraordinariamente la atención por lo inteligente y agradable. Sí, no rían ustedes: me gustaba mucho, y estoy contento, aún hoy, de pensar que yo también le gustaba. Si no le hubiera gustado, no me habría contado la historia. No se la había contado nunca a nadie. Yo estaba seguro de ello. Se veía. Ustedes comprenderán por qué cuando me hayan escuchado.

—¿Porque el asunto había sido tan alarmante?

—Usted comprenderá enseguida —repitió—. *Usted* comprenderá.

También yo lo miré.

—Ya veo. Estaba enamorada.

Entonces se echó a reír por vez primera.

—Es usted perspicaz. Sí, estaba enamorada. Es decir, lo había estado. Resultaba evidente... y ella no podía contar la historia sin que resultara evidente. Lo advertí... y ella comprendió que lo advertía. Pero ninguno de

nosotros hizo la menor alusión... Recuerdo el tiempo y el lugar, el rincón del césped, la sombra de las grandes hayas y las largas cálidas tardes estivales. No era un decorado trágico, y sin embargo...

Se alejó del fuego y volvió a instalarse en su sillón.

—¿Recibirá el paquete el jueves por la mañana? —le pregunté.

—No antes del segundo correo, probablemente.

—Entonces, después de la comida...

—¿... los encontraré a todos aquí? —De nuevo su mirada se detuvo en cada uno de nosotros—. ¿Nadie se marcha?

Pronunciaba estas palabras en un tono casi esperanzado.

—¡Todos nos quedaremos!

—¡Yo me quedo! ¡Yo me quedo! —exclamaban las damas que habían anunciado su partida. La señora de Griffin, sin embargo, afirmó que necesitaba algunas aclaraciones.

—¿De quién estaba enamorada?

—La historia lo dirá —me atreví a responder.

—¡Oh, no puedo esperar la historia!

—La historia *no* lo dirá —replicó Douglas—; al menos, de una manera literal y vulgar.

—Tanto peor. Es la única manera en que yo entiendo.

Alguien preguntó:

—Pero *usted*, Douglas, ¿no llegará a decírnoslo?

Douglas se levantó bruscamente.

—Sí, mañana. Ahora es necesario que me vaya a dormir. Buenas noches.

Tomó con rapidez su palmatoria y se fue, dejándonos levemente estupefactos. Estábamos sentados en un extremo del gran vestíbulo con altos zócalos de madera oscura: desde allí oímos sus pasos en la escalera. Entonces, la señora de Griffin habló:

—Bueno, si no sé de quién estaba ella enamorada, sé de quién estaba enamorado *él*.

—Ella era diez años mayor —observó su marido.

—*Raison de plus*... ¡a esa edad! Pero tan largo silencio es realmente encantador.

—¡Cuarenta años! —agregó Griffin.

—Y esta explosión final.

—La explosión —intervine— hará de la noche del jueves algo formidable.

Y todos estuvimos de acuerdo en que no había nada que pudiera interesarnos más. La historia de Griffin, aunque incompleta y como el mero prólogo de una serie, había sido contada. Intercambiamos apretones de manos y «apretones de palmatorias», como alguien dijo, y nos fuimos a dormir.

Al día siguiente supe que una carta que contenía una llave había partido con el primer correo al apartamento que Douglas tenía en Londres; pero a despecho —o precisamente a causa— de la eventual publicidad de este informe, dejamos a Douglas absolutamente tranquilo hasta después de la comida; en suma, hasta la hora que mejor convenía al género de emoción que buscábamos. Douglas, entonces, se mostró tan comunicativo como podíamos desearlo y hasta llegó a darnos la razón que tenía para ello. Lo escuchamos en el vestíbulo, junto al fuego, allí donde había despertado nuestro moderado asombro de la noche anterior. Parecía que el relato que había prometido leernos requería, para comprenderse, algunas palabras de introducción. Que me sea permitido decir claramente, a fin de no tener que volver sobre ello, que este relato —transcrito por mí con toda exactitud mucho tiempo después— es el que ustedes leerán enseguida. El pobre Douglas, antes de morir, y ya en sus últimos momentos, me entregó el manuscrito que había pedido a Londres, que llegó a sus manos tres días después y que inmediatamente comenzó a leer en la noche del cuarto día ante aquel pequeño y silencioso círculo de personas en las cuales produjo un efecto prodigioso. Las damas, que a punto de marcharse habían anunciado que se quedarían, no se quedaron, ¡gracias a Dios! Tuvieron que irse, para cumplir sus compromisos anteriores, rabiando de curiosidad; curiosidad motivada —según dijeron— por los detalles con que Douglas nos había sobreexcitado ya. Pero eso influyó solamente para que su pequeño auditorio final fuera más íntimo y selecto, y Douglas lo retuvo, en torno a la chimenea, sometido a una común y apasionada emoción.

El primer detalle nos daba a entender que el manuscrito tomaba la historia después de empezada, en cierto sentido. Era necesario saber que su antigua amiga, institutriz de su hermana y la menor de varias hijas de un humilde pastor de provincia, se iniciaba en la enseñanza, a los veinte años, cuando a toda prisa decidió ir a Londres para responder personalmente al autor de un

anuncio con quien había mantenido una breve correspondencia. Esta persona —así la vieron sus ojos en una vasta e imponente mansión de Harley Street donde acudió a presentarse— resultó ser un perfecto caballero, un célibe en la flor de la edad, una figura, en fin, como nunca, salvo en sueños o en una vieja novela, se le hubiera podido aparecer a una ansiosa muchacha recientemente escapada de un presbiterio de Hampshire. Se le puede describir fácilmente, ya que, por fortuna, su tipo no es de aquellos que se olvidan. Era gallardo, audaz, seductor, lleno de entusiasmo, alegría y bondad. Como puede imaginarse, la dejó asombrada por la elegancia de sus modales y de su porte, pero aquello que más la sedujo en *él* —y que le inspiró el valor que hubo de manifestar más tarde— fue su manera de presentarle el trabajo como un favor que ella le haría, una obligación, para él, de agradecersele siempre. Ella lo juzgó rico, pero de una loca prodigalidad. Se le aparecía con la aureola de la última moda, de la belleza física, de los trajes elegantes, de las maneras exquisitas con las mujeres. Su mansión de Londres estaba atestada de recuerdos de viaje y trofeos de caza, pero él deseaba que la futura institutriz fuera sin pérdida de tiempo a una antigua residencia familiar situada en Essex.

Era tutor de dos niños, un varón y una mujer, hijos de su hermano menor, militar, muerto en la India. Estos niños, que caían en sus manos por la mayor de las casualidades, significaban un pesado fardo para un hombre de su situación, un hombre impaciente y sin la menor experiencia en la materia. Le habían ocasionado muchas preocupaciones, e indudablemente había dado lugar, en lo que a él respecta, a una serie de errores, pero ambos chiquillos le inspiraban inmensa piedad, y hacía por ellos todo cuanto estaba en su mano hacer. En ese sentido, los había enviado a su otra residencia, ya que el campo era, indiscutiblemente, lo que más les convenía, confiándolos desde el principio al personal más cualificado que pudo encontrar —en parte, a sus propios servidores— y acudiendo él en persona, con la mayor frecuencia posible, a ver cómo estaban los niños. Lo peor de todo era que, prácticamente hablando, esos niños no tenían otro pariente que él, y a él sus negocios le absorbían todo el tiempo. Había instalado a los niños en Bly —un sitio de salubridad y seguridad innegables— y allí estaban como en su casa. Al frente de la residencia se encontraba una mujer excelente, la señora Grose, antigua doncella de su madre, y con quien, sin duda alguna, simpatizaría su visitante.

La señora Grose se ocupaba de la casa desde el punto de vista material; era el ama de llaves y, eventualmente, institutriz de la niña; no tenía hijos y, por suerte, había tomado un gran afecto por su sobrina. El personal de Bly era numeroso, pero claro está que la señorita que desempeñara funciones de institutriz tendría autoridad suprema sobre toda la servidumbre. Durante las vacaciones, parte de su trabajo consistiría en vigilar al niño, quien, a pesar de su corta edad, estaba interno en un colegio desde hacía un trimestre. Sí, era demasiado pequeño, pero ¿qué otra cosa podía hacer con él? Ya empezaban las vacaciones y el niño debía llegar de un día a otro. Al principio se había ocupado de sus pupilos una señorita que tuvieron la desgracia de perder. Dicha señorita —era la persona más respetable— desempeñó admirablemente sus funciones hasta el día de su muerte, grave contratiempo que, justamente, no había dejado para el pequeño Miles otra alternativa que el colegio. Desde entonces, la señora Grose velaba lo mejor posible por los buenos modales de Flora. Además de la señora Grose, había en Bly una cocinera, una criada, una mujer que se ocupaba de la granja, un viejo poni, un viejo palafrenero y un viejo jardinero, todos ellos absolutamente respetables.

Douglas había llegado a esta altura de su relato, cuando alguien le preguntó:

—¿Y de qué murió la antigua institutriz? ¿De tanta respetabilidad?

Nuestro amigo respondió inmediatamente:

—Ya lo sabremos. No quiero anticipar nada.

—Le pido disculpas. Creía que eso era, justamente, lo que está usted haciendo.

—En el lugar de su sucesora —intervine— yo habría deseado saber si sus funciones conllevaban...

Douglas completó mi frase:

—¿Un peligro de muerte? Sí, ella quiso saberlo, y lo supo. Mañana oirán cómo lo supo. Mientras tanto, es verdad, consideró la situación levemente alarmante. Era joven, inexperta, nerviosa: ante ella se abría una perspectiva de graves deberes que cumplir entre muy pocas personas, una soledad realmente grande. Vaciló durante dos días, reflexionó, pidió consejo. Pero el sueldo ofrecido superaba en mucho lo que podía esperar y, en una segunda entrevista, afrontó la situación y aceptó el cargo.

Douglas hizo una pausa que yo aproveché para lanzar esta observación, con gran regocijo del auditorio:

—Moraleja: el hermoso joven ejercía una seducción irresistible, a la cual ella sucumbió.

Douglas se levantó y, como la noche precedente, empujó un leño con el pie, volviéndonos la espalda por un momento.

—Solo estuvo dos veces con él.

—Sí, pero en eso consiste, precisamente, la belleza de su pasión.

Al oír esto, se volvió hacia mí, sorprendiéndome un poco.

—Sí —dijo—. En eso consistía la belleza de su pasión. Otras no hubieran sucumbido. Él le declaró francamente las dificultades con que tropezaba para encontrar institutriz; a muchas candidatas, las condiciones les parecían prohibitivas; en cierta forma, estaban asustadas. Les sonaba raro, extraño sobre todo, la condición principal.

—¿Qué era?

—Que la institutriz nunca debería molestarlo, pero nunca, nunca; ni llamarlo ni quejarse ni escribirle. Debía resolver por sí misma las dificultades que se le presentaran, recibir de su apoderado el dinero necesario, encargarse de todo y dejarlo tranquilo. Ella se lo prometió, y me confesó que cuando él le retuvo la mano entre las suyas por un momento, aliviado, encantado, ya se había sentido recompensada.

—Pero ¿fue esa toda su recompensa? —preguntó una señora.

—No lo volvió a ver nunca.

Y tal fue la última palabra pronunciada sobre el tema, pues nuestro amigo nos dejó hasta la noche siguiente, durante la cual, sentado en el mejor sillón, junto a la chimenea, abrió un delgado álbum de tapas rojas, marchitas, y cantos dorados a la moda antigua. La lectura entera tomó más de una noche, pero la misma dama aprovechó la primera ocasión para hacer esta pregunta:

—¿Qué título le ha puesto?

—No tengo ninguno.

—¡Oh, yo le he puesto un título! —dije.

Pero Douglas, sin escucharme, había empezado a leer con una articulación nítida y pura que hacía como sensible al oído la elegancia de la letra del autor.

Capítulo uno



Recuerdo todo ese principio como una sucesión de altos y bajos, un vaivén de emociones diversas, algunas naturales, otras injustificadas. Después de la súbita energía que me había llevado a Londres para aceptar su ofrecimiento, pasé dos días muy malos: de nuevo vacilaba, de nuevo tenía la certidumbre de haber cometido un error. En ese estado de espíritu transcurrieron

las interminables horas del viaje en una diligencia estrepitosa y desvencijada que me condujo al sitio donde —según me dijeron— debía encontrar un vehículo de la casa. Llegué un atardecer de junio y allí, en efecto, me esperaba un confortable coche. Viajando a esa hora, en un día bellissimo, por una comarca cuya dulzura estival parecía desearme la bienvenida más amistosa, recobré los ánimos, y cuando entramos en una alameda se apoderó de mí un alado optimismo que tal vez no fuese sino la reacción de mi profundo desaliento. Esperaba o temía algo tan lamentable, supongo, que el espectáculo que me acogió fue una exquisita sorpresa. Recuerdo la excelente impresión que me causó la gran fachada clara, con sus ventanas abiertas y sus frescas cortinas, y las dos sirvientas que atisbaban mi descenso; recuerdo el césped y las flores brillantes, el crujido de las ruedas del coche sobre el camino de grava, y los árboles que a un lado y a otro unían su follaje, por encima del cual graznaban las cornejas en el cielo dorado. La escena tenía una grandeza sin ninguna relación, por cierto, con la modesta casa en que yo había vivido hasta entonces, y, no bien se detuvo el coche, apareció en el portal una persona de aspecto cortés que llevaba a una niñita de la mano y que me hizo una reverencia tan ceremoniosa como si yo fuera la dueña de la casa o un distinguido visitante. En Harley Street escuché una descripción muy somera del lugar, y eso influyó para que el propietario me pareciera aún más caballeresco y para pensar que el placer que me aguardaba sería de una calidad superior a sus palabras.

No tuve ninguna decepción hasta el día siguiente, pues las horas sucesivas me llevaron de triunfo en triunfo a estrechar amistad con mi más joven alumna. La niñita que acompañaba a la señora Grose me pareció una criatura tan encantadora, desde el primer momento, que ocuparse de ella significaba una gran fortuna. Era la niña más hermosa que había visto en mi vida, y después me pregunté cómo mi patrón no se había referido más extensamente a ella. Esa noche dormí poco: estaba demasiado excitada, y esto también me sorprendió —ahora lo recuerdo— y llegó a obsesionarme, sumándose a la impresión de generosidad con que había sido recibida. El imponente dormitorio que me destinaron, uno de los mejores de la casa, el gran lecho de ceremonia —por lo menos, me pareció tal—, las ricas colgaduras floreadas, los altos espejos donde por vez primera me veía de cuerpo entero, todo me deslumbraba, así

como el extraordinario atractivo de mi pequeña discípula, extrañándome que tanta liberalidad y belleza fueran naturales. También fueron naturales, desde el primer momento, mis excelentes relaciones con la señora Grose. Había reflexionado sobre ellas, con inquietud, durante mi viaje en diligencia. Ahora, el único motivo que a primera vista hubiera podido renovar esa inquietud era su excesiva alegría de verme. Al cabo de media hora advertí que a tal punto estaba contenta —era una mujer gruesa, sencilla, franca, limpia, saludable— que necesitaba mantenerse positivamente en guardia para no demostrarlo demasiado. Al principio llegó a sorprenderme que prefiriera ocultar su alegría, y de haber recapitado en ello, con un poco de suspicacia, su actitud hubiera podido ocasionarme malestar.



Pero confortaba advertir que ningún malestar podía asociarse a la imagen radiante de la niñita confiada a mis cuidados, beatífica visión cuya belleza angelical motivaba por encima de todo, quizá, la inquietud que antes del amanecer me obligó a levantarme muchas veces y caminar por mi aposento para compenetrarme más y más con el decorado, acechar por la ventana la pálida aurora estival, descubrir las otras partes de la casa que mis ojos apenas distinguían, y escuchar, mientras en la sombra decreciente los pájaros empezaban a llamarse, la posible repetición de uno o dos sonidos menos naturales que no venían de fuera, sino de dentro, y que suponía haber oído. Hubo un momento en que creí reconocer, débil y lejano, un grito infantil; hubo otro en que me estremecí, apenas conscientemente, como ante el ruido de un leve paso tras la puerta. Pero tales imaginaciones no eran lo bastante nítidas para que no las rechazara, y solo ha sido a la luz o, mejor dicho, a la oscuridad de los acontecimientos posteriores que ahora me vuelven a la memoria. A no dudarlo, vigilar, enseñar, «formar» a la pequeña Flora era la tarea de una vida útil y feliz. Por la tarde convinimos en que después de esa primera noche dormiría en mi aposento y, con tal propósito, ya se había colocado su camita blanca junto a la mía. Yo, exclusivamente, debía ocuparme de Flora, y la hacían dormir por última vez con la señora Grose como una deferencia a mi extrañeza inevitable y a su natural timidez. A pesar de su timidez (porque la niña, de la manera más rara del mundo, se había explicado franca y valerosamente a ese respecto, permitiéndonos —sin una señal de incomodidad o vergüenza y con la profunda, la dulce serenidad de un ángel de Rafael— discutirla, admitirla y someternos a ella), yo tenía la certeza de que muy pronto llegaría a quererme. En parte, mi simpatía hacia la señora Grose venía del placer que la veía sentir ante mi admiración y deslumbramiento cuando yo me sentaba a la mesa, bajo la luz de cuatro altos candelabros, frente a mi pequeña discípula que con una servilleta al cuello, desde una elevada sillita, me observaba acariciadoramente por encima de la leche y del pan. En presencia de Flora, claro está, había muchas cosas que la señora Grose y yo solo podíamos comunicarnos mediante alegres y significativas miradas o alusiones indirectas y oscuras.

—Y el niño ¿se parece a ella? ¿Es igualmente extraordinario?

No era bueno halagarlos demasiado.

—¡Oh, señorita, *muy* extraordinario! ¡Si esta le merece tan excelente opinión!

Y continuaba en pie, muy erguida, con un plato en la mano, contemplando extáticamente a la pequeña Flora, cuyos plácidos ojos celestes iban de mí al ama de llaves sin que nada en ellos nos indujera a contener nuestros elogios.

—¿Y bien?

—¡El señorito la transportará!

—Bueno: pienso que para eso he venido, para transportarme por todo. Pero temo —sentí la necesidad de agregar— que me transporto demasiado fácilmente. En Londres también quedé enajenada...

Aún veo el ancho rostro de la señora Grose mientras penetraba el sentido de mi frase.

—¿En Harley Street?

—En Harley Street.

—Bueno, señorita. Usted no es la primera, ni será la última.

Hice un esfuerzo para reír.

—Oh, no pretendo ser la única —contesté—. De todos modos, según entiendo, mi otro discípulo llega mañana.

—Mañana no, señorita; el viernes. Llegará en la diligencia, como usted, bajo la vigilancia del conductor. Le enviaremos el mismo coche que a usted.

Osé preguntar si no sería conveniente —y, al mismo tiempo, cordial y amistoso— que yo fuera con su hermanita a esperar la llegada de la diligencia. La señora Grose acogió de tan buen grado esta idea que pareció darme la confortante promesa —mantenida en toda circunstancia, ¡gracias a Dios!— de compartir eternamente mi opinión sobre todos los asuntos. ¡Oh, se alegraba mucho de tenerme allí!

Lo que sentí el día siguiente no puede llamarse, supongo, una reacción al júbilo de mi llegada. Quizá fuera, a lo sumo, una leve opresión que motivó el examen más completo y preciso de las nuevas circunstancias que me rodeaban, cuando las contemplé en su totalidad y después las fui analizando una por una. Eran, ciertamente, de una extensión y un volumen para los que no estaba preparada, y en presencia de los cuales me sentí, al principio, un tanto perpleja a la vez que un poco orgullosa. Las lecciones, dados mis nervios,

sufrieron algún retardo. Reflexioné en que mi deber, ante todo, era ganarme la confianza de la niña, utilizando las seducciones de que me creía capaz. Por lo tanto, pasamos un día de asueto. Con gran satisfacción de su parte, convinimos en que sería ella, y solo ella, quien me haría conocer la casa. Y me la hizo visitar paso a paso, cuarto por cuarto, escondrijo por escondrijo, entreteniéndome con su delicada charla infantil, lo que dio por resultado que fuéramos, al cabo de media hora, extraordinariamente amigas. Niña como era, Flora me impresionó durante nuestro recorrido por el valor y la seguridad que desplegó en las habitaciones vacías y los sombríos corredores, en las escaleras de caracol, que a mí misma me obligaban a detenerme por momentos, y hasta en lo alto de una vieja torre almenada que causaba vértigo; su musical volubilidad, su tendencia a dar explicaciones más bien que a pedir las, me aturdí y me arrastraba. No he vuelto a Bly desde el día en que lo abandoné, y tal vez mostrase a mis ojos actuales, envejecidos y experimentados, una importancia muy reducida. Pero mientras mi pequeña conductora, con sus cabellos de oro y su vestido azul, chispeaba y brincaba delante de mí en los recodos de los viejos muros y a lo largo de los corredores, me parecía estar en un castillo novelesco, habitado por un duende de mejillas de rosa, en un lugar que hacía palidecer los cuentos de hadas y las más bellas historias infantiles. ¿No empezaba a dormirme poco a poco, o a soñar despierta? ¿No era todo eso, acaso, un maravilloso cuento que me alejaba de la realidad? No; era una casa grande, fea, vieja, cómoda, que había conservado restos de una construcción todavía más antigua, en parte destruidos, en parte utilizados, y dentro de ellos sus pocos habitantes se me figuraban tan aislados y perdidos como un puñado de pasajeros en un gran barco a la deriva. ¡Y yo —extrañamente— manejaba el timón!

Capítulo dos



Lo advertí dos días después,
cuando fuimos en coche a espe-
rar al señorito, como decía la señora
Grose, y tanto más cuanto que un incidente,
ocurrido durante la segunda tarde, me descon-
certó profundamente. En su conjunto, el primer día me
había tranquilizado, pero lo vería modificarse y dar lugar a una
vehemente aprensión. El correo —que llegó con demora— me trajo

una carta de mi patrón. Contenía pocas palabras y encerraba otra carta sin abrir. «Reconozco la letra del director del colegio —me decía mi patrón—. Es un charlatán incorregible. Lea usted lo que dice, se lo ruego, y entiéndase con él. Pero no me hable del asunto. Ni una palabra. Me voy de viaje.» Tuve que hacer un gran esfuerzo para abrir el sobre, tal esfuerzo, que demoré mucho antes de resolverme a ello. Por fin llevé la carta a mi aposento y solo emprendí su lectura antes de irme a la cama. Hubiera debido esperar hasta el día siguiente, porque me deparó una segunda noche de insomnio. No teniendo a quien pedir consejo me sentía terriblemente ansiosa, y mi ansiedad creció a tal punto que decidí confiarme a la señora Grose.

—¿Qué significa esto? ¿Han expulsado al niño del colegio?

Me lanzó una mirada que no pudo menos de asombrarme; después, con una visible indiferencia recuperada velozmente, trató de contenerse:

—Pero ¿acaso todos los niños no vuelven...?

—¿A sus casas? Sí, únicamente por las vacaciones. Pero Miles no podrá regresar nunca al colegio.

Bajo mi atenta mirada, la señora Grose enrojeció.

—¿No quieren tenerlo?

—Se niegan en absoluto.

La señora Grose volvió hacia mí sus ojos: los vi llenarse de bondadosas lágrimas.

—Pero ¿qué ha hecho?

Vacilé, luego pensé que lo mejor era tenderle sencillamente la carta, lo que dio por resultado que se llevara las manos a la espalda. Movié tristemente la cabeza.

—Esas cosas no son para mí, señorita.

¡Mi consejera no sabía leer! Asombrada, traté de atenuar lo mejor posible mi falta y saqué la carta del sobre para leérsela; después, arrepentida, volví a meterla dentro del sobre y la guardé en el bolsillo.

—¿Es realmente *malo*? —pregunté.

Aún tenía lágrimas en los ojos.

—¿Así dicen esos señores?

—No dan detalles. Expresan su pesar de que les sea imposible conservarlo en el colegio bajo su custodia. Eso no puede tener más que un

sentido.

La señora Grose escuchaba silenciosa y conmovida; no se permitió preguntarme qué sentido era ese, de modo que proseguí con la intención de dar más coherencia al hecho y, al comunicárselo, de precisarlo en mi espíritu:

—Porque haría daño a sus compañeros.

Ante mis palabras se inflamó súbitamente, con uno de esos sobresaltos de las personas sencillas:

—¡El señorito Miles! ¡Hacer daño, *él!*

Había tal acento de buena fe en sus palabras, que yo —aunque todavía no hubiera visto al niño y a impulsos del temor mismo— me incliné a concluir que, en efecto, la idea era absurda. Y subrayé sarcásticamente, abundando en el sentido de mi amiga:

—¡A sus pobres e inocentes compañeros!

—Es demasiado horrible —exclamó la señora Grose— decir crueldades semejantes. ¡Pero si apenas tiene diez años!

—Es verdad. Sería inverosímil.

Agradeció mucho mi declaración.

—Primero véalo usted, señorita, y *después* crea.

Nuevamente sentía gran impaciencia por verlo; era el principio de una curiosidad que debía crecer, durante las horas siguientes, hasta el sufrimiento. Advertí que la señora Grose no ignoraba la impresión que había producido en mi ánimo, e insistió con seguridad:

—Podría decirse otro tanto de la niñita. ¡Dios la bendiga! —agregó—. ¡Mírela usted!

Me volví: Flora nos observaba por la puerta abierta; diez minutos antes yo la había dejado instalada en el cuarto de estudio, con una hoja de papel en blanco, un lápiz y una copia de lindas oes bien redondas. A su manera, demostraba un desapego extraordinario por los deberes tediosos; no obstante, al mirarme con esa gran irradiación luminosa de la infancia, podía explicar su conducta como el simple resultado del afecto que había concebido por mí y que la obligaba a seguirme. No necesité otra cosa para sentir cuán justa era la comparación de la señora Grose y, tomando a mi alumna en brazos, la cubrí de besos a los cuales mezclé un sollozo de remordimiento.

Durante el resto del día, sin embargo, aceché la ocasión de aproximarme a

la señora Grose, tanto más cuanto que, hacia la noche, ella parecía evitar mi presencia. Recuerdo que pude atraparla en la escalera. Descendimos juntas, y, al llegar al último peldaño, la retuve apoyando mi mano en su brazo.

—De lo que usted me ha dicho esta mañana —insistí— deduzco que no lo ha visto *nunca* conducirse mal.

Eché la cabeza hacia atrás. A esa hora había resuelto adoptar una actitud de manera terminante y honesta.

—Que nunca lo he visto... ¡Oh, no pretendo *eso*!

Nuevamente, me sentí turbada.

—Entonces ¿lo ha *visto* usted?

—Claro, señorita, ¡gracias a Dios!

Después de reflexionar sobre sus palabras, las acepté.

—Usted quiere decirme que un muchacho que nunca...

—¡No es un muchacho para *mí*!

La sujeté con fuerza.

—¿Le gustan los niños vivaces, traviesos?

Y después, anticipándome a su respuesta, declaré apasionadamente:

—¡A mí también! Pero no al punto de que puedan contaminar...

—¿Contaminar?

No entendía la palabra. Se la expliqué:

—Corromper.

Me observaba abriendo los ojos; comprendía al fin. Pero entonces dejó escuchar una extraña risa.

—¿Teme que llegue a corromperla? ¿A *usted misma*?

Hizo la pregunta con tan gracioso y audaz humorismo que yo, por toda respuesta, también eché a reír un poco tontamente, sin duda, pero temiendo caer en el ridículo.

Al día siguiente, cuando se aproximaba la hora en que debíamos subir al coche, pude acosarla en otro sitio de la casa.

—¿Quién era la muchacha que estuvo antes que yo?

—¿La otra institutriz? También era joven y bonita, casi tan joven y bonita como usted.

—Espero, entonces, que su juventud y su belleza le hayan servido —y agregué aturdidamente—: ¡Parece preferirnos jóvenes y bonitas!

—Es verdad —contestó la señora Grose—. Las *prefería*. Así le gustaban todas las personas.

No bien dijo estas palabras, trató de corregirse:

—Quiero decir que tal es *su* gusto..., el del patrón.

Quedé sobrecogida.

—Pero ¿de quién hablaba usted primero?

Me miró inexpresivamente, pero enrojeció.

—De *él*, pues.

—¿Del patrón?

—¿De quién otro podía ser?

Era tan obvio que no podía referirse a otra persona que al cabo de un instante yo había olvidado la impresión de que ella, por descuido, había hablado más de la cuenta. Volví al tema que me interesaba.

—¿Y *ella* vio algo en el niño...?

—¿Que no estuviera bien? Nunca me lo dijo.

Dominé un escrúpulo para continuar:

—¿Era especialmente cuidadosa?

La señora Grose trató de responder concienzudamente:

—En algunos puntos, sí...

—¿Pero no en todos?

De nuevo reflexionó.

—Bueno, señorita, ya ha muerto. No me gusta contar historias.

—Comprendo perfectamente sus escrúpulos —me apresuré a responder. Pero luego no pensé que desmentía esta concesión, prosiguiendo—: ¿Murió aquí?

—No. Ya se había ido.

No sé por qué causa encontraba algo ambiguo en su brevedad.

—¿Se fue para morir?

La señora Grose miraba fijamente por la ventana, pero yo tenía el derecho de saber qué cosa se esperaba que hicieran las jóvenes institutrices de Bly.

—¿Quiere usted decirme que enfermó y tuvo que volver a su casa?

—Al parecer, no enfermó en Bly. Cuando terminó el año, fue a pasar unas cortas vacaciones a su casa, según dijo, y a las cuales tenía perfecto derecho, dado el tiempo que había permanecido aquí. Por entonces teníamos una

muchacha de servicio, buena e inteligente, que se ocupó de los niños en el intervalo. Pero la señorita institutriz nunca volvió, y el día que yo la esperaba de regreso precisamente, oí decir al patrón que había muerto.

Me puse a pensar en ello.

—Pero ¿de qué?

—Nunca me lo dijo. Pero le pido disculpas, señorita —agregó la señora Grose—. Debo continuar mi trabajo.

Capítulo tres



Su impertinencia de volverme
la espalda no impidió —afortuna-
damente, dadas mis lógicas preocupa-
ciones— que continuara creciendo nuestra re-
cíproca estima. Después de que condujera a casa al
pequeño Miles nos encontramos, con mayor intimidad
que nunca, en el terreno de mi estupefacción, de mi emoción:
tan monstruoso era —no vacilé en declararlo— que se pudiera expulsar

del colegio a un niño semejante. Había ido a buscarlo con un poco de retraso e inmediatamente sentí, al verlo aguardar pensativamente mi llegada en la puerta de la hostería donde lo había depositado la diligencia, que lo rodeaba y penetraba la misma fresca deslumbrante, la misma indiscutible fragancia de pureza que yo, desde el primer momento, había respirado junto a su hermana. Era increíblemente hermoso, y la señora Grose tenía razón: en su presencia todo sentimiento se abolía para no dejar lugar sino a una especie de apasionada ternura. Enseguida me conmovió algo divino que había en él y que a ese grado no he podido encontrar jamás en otro niño: su aire indescriptible de no conocer nada del mundo que no fuera amor. Hubiera sido imposible llevar a costas una mala reputación con gracia más inocente, y yo, cuando llegué a Bly en su compañía, estaba ya completamente asombrada —por no decir ultrajada— al pensar en el sobrentendido de la horrible carta que tenía bajo llave en un cajón de mi escritorio. Tan pronto como pude cambiar a solas algunas palabras con la señora Grose, declaré que era grotesco.

Ella me comprendió rápidamente.

—¿Se refiere usted a esa cruel acusación?

—¡Es absurda! Mi buena amiga, ¡mírele usted!

Sonrió ante mi presunción de haber descubierto su encanto.

—Le aseguro a usted, señorita, que no hago otra cosa. ¿Qué les contestará usted, entonces?

—¿En respuesta a la carta?

Había tomado una decisión.

—Nada.

—¿Y a su tío?

Contesté con sequedad:

—Nada.

—¿Y al niño mismo?

No me reconocía a mí misma.

—Nada.

Se pasó el delantal por la cara, enjugándose los labios.

—Entonces, yo la apoyaré. ¡Ya veremos si pueden con nosotras!

Yo repetí como un eco ardientemente:

—¡Ya veremos!

Y le tendí la mano como para sellar un juramento.

Ella me la retuvo un instante; después, con la mano libre, volvió a llevarse el delantal a la cara.

—No le parecería a usted mal, señorita, si yo me tomara la libertad...

—¿... de besarme? ¡No!

Y estrechando a esta buena criatura entre los brazos, luego que nos besamos como dos hermanas, me sentí más fortificada e indignada.

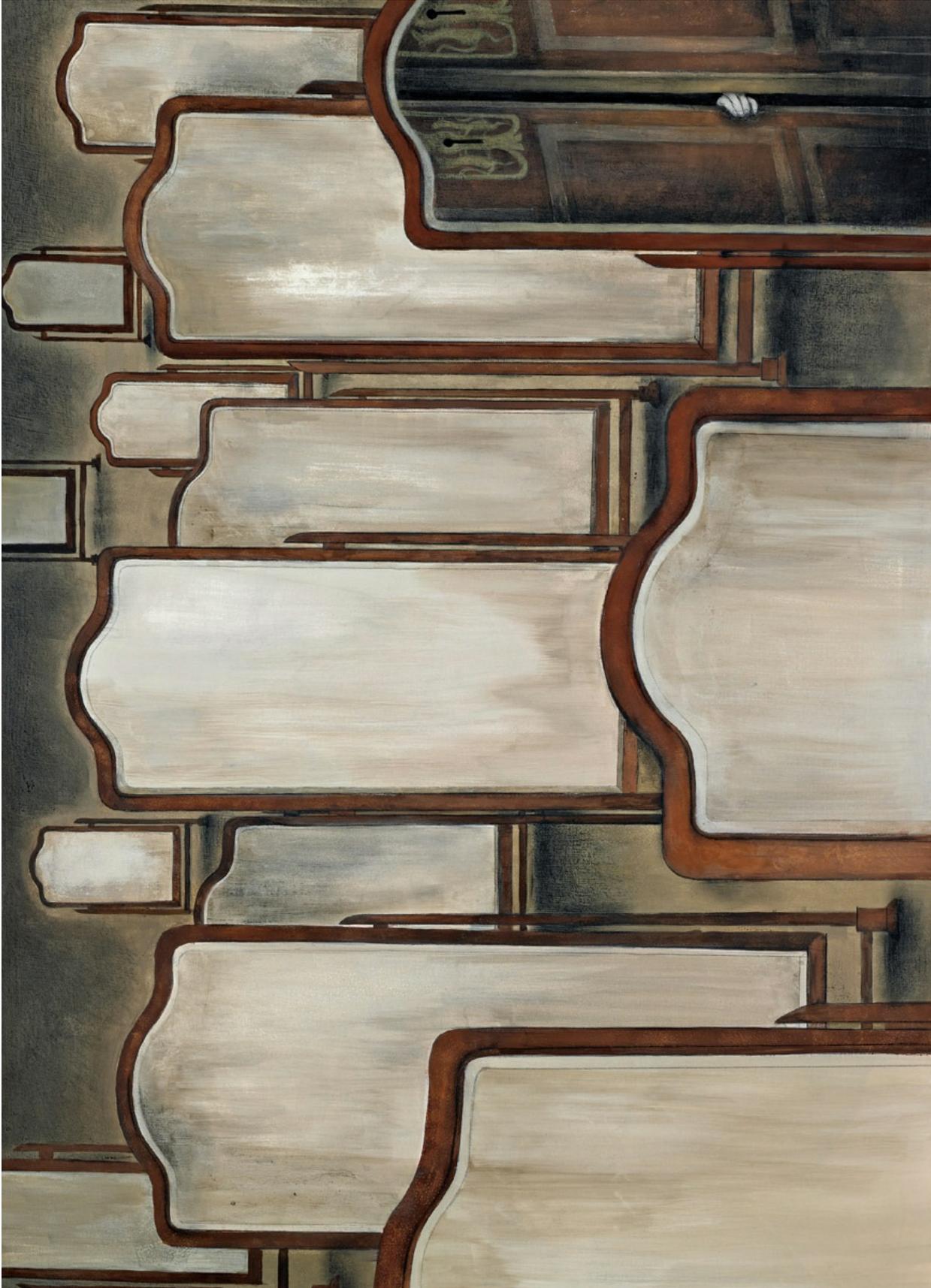
Así quedaron las cosas durante cierto tiempo, un tiempo tan lleno de acontecimientos que hoy, para discernir su marcha, necesito recurrir a todo mi arte. Hoy me parece asombroso haber aceptado esa situación. Había decidido con mi compañera llevar las cosas adelante, porque estaba bajo el influjo de un encanto que disimulaba a mis propios ojos las graves y lejanas consecuencias de mi propósito. Me levantaba una inmensa ola de piedad e infatuación: en mi ignorancia, en mi ceguera, tal vez en mi orgullo, me parecía harto sencillo dirigir la educación de un muchacho que apenas empezaba a vivir. Aún ahora soy incapaz de recordar qué pensaba hacer con él para que reanudase sus estudios cuando terminaran las vacaciones. Estábamos de acuerdo, teóricamente, en que yo le daría lecciones mientras permaneciera en Bly, pero ahora comprendo que fui yo quien tomó lecciones durante semanas y semanas. Por de pronto, aprendía algo que no me había enseñado mi modesta y sofocante vida: aprendí a divertirme, a ser divertida, incluso, y a no pensar en el mañana. En cierto sentido, gozaba por vez primera del aire del espacio, de la libertad. Además, me rodeaban de consideración, ¡y es tan dulce saborear la consideración! Ah, era una celada —no intencional, pero sí peligrosa— a la imaginación, a la delicadeza, tal vez a la vanidad, a todo lo que había en mí de más vulnerable. El mejor modo de resumirla es decir que ya no estuve más a la defensiva. ¡Los niños me daban tan poco trabajo! ¡Eran de una dulzura tan extraordinaria! A veces me preguntaba —pero sin salir jamás de mi oscura incoherencia— en qué forma el brutal porvenir (todo porvenir es brutal) los trataría y quizá los maltrataría. Brillaba en ellos la flor de la salud y de la dicha; y sin embargo, como si estuviera al cuidado de los pequeños pares del reino o príncipes de la sangre, en torno a quienes todo debe ser ajustado, armonioso y protector, la única forma de vida que en mis previsiones podían depararles los años futuros era una prolongación romántica y verdaderamente

regia de sus jardines y de su parque. Por supuesto: la paz profunda y encantadora que hoy, retrospectivamente, adorna a mis ojos este primer período, quizá se deba al cambio que súbitamente la rompió: lo veo envuelto en un misterio de cosas que se agazapan y acumulan en la quietud... El cambio que se produjo fue, realmente, como el salto de una fiera.

En las primeras semanas los días eran largos; a menudo, en su más bello momento, me otorgaban lo que llamaba «mi hora»; los niños habían tomado el té, después se habían acostado, y yo podía acordar un breve entreacto de soledad antes de retirarme a mi dormitorio. Por mucho que amase a mis compañeros, era esta mi hora predilecta y, sobre todo, amaba el momento en que al caer el día o, mejor dicho, al deslizarse el día, y cuando los últimos pájaros intercambiaban sus últimos llamados bajo el cielo crepuscular, desde los viejos árboles, yo daba una vuelta por los jardines y gozaba, con un sentimiento de propietaria que me halagaba y divertía a la vez, de la noble belleza de esos lugares. Era un placer sentirme allí, tranquila y justificada; era un placer, sin duda, pensar que mi discreción, mi modesto buen sentido y, de manera general, la corrección y elevación de mi carácter causaban también placer —¡si alguna vez pensaba en ello!— a la persona cuyo anhelo había satisfecho. Estaba haciendo lo que él había deseado ardientemente, lo que me había pedido desde el primer momento que hiciera; y que yo, después de todo, *podiera* hacerlo, me causaba un goce aún mayor del que había osado esperar. En resumen: me veía ante mis propios ojos como una muchacha notable, y encontraba un consuelo en pensar que, tarde o temprano, él conocería mi lealtad. Y bien: era preciso ser notable para afrontar los notables acontecimientos que muy pronto se anunciaron.

Ocurrieron bruscamente, en medio de mi hora. Los niños estaban acostados y yo había salido a dar mi paseo. Uno de los pensamientos que me acompañaban en esas soñadoras caminatas —ahora no me ruboriza en ningún modo confesarlo— era que sentía tan encantador como un cuento encantador encontrarme súbitamente con alguien, con alguien que apareciera a la vuelta de un camino y que, con una sonrisa, me diera su aprobación. Solo pedía eso, solo pedía que *supiera*, y el único modo de estar yo segura de que él lo supiera habría sido leerlo a la bondadosa luz de su hermoso rostro. Esta idea ocupaba mi fantasía —es decir, el rostro que esta idea suscitaba— cuando se

produjo el notable acontecimiento. Fue al terminar un largo atardecer de junio y me paró de golpe al salir de un macizo de arbustos y observar la casa. Lo que me clavó en el suelo, trastornándome como ninguna otra visión habría bastado para explicarlo, fue la sensación de que mi fantasía, en un relámpago, había adquirido realidad. ¡Ahí estaba...!, pero a una altura insólita, más allá del césped onduloso, en la punta de la torre adonde la pequeña Flora me condujo la primera mañana que llegué. Esa torre hacía pareja con otra semejante —dos construcciones cuadradas, almenadas, sin ningún parentesco con el resto del edificio—; por una razón desconocida para mí, aunque yo viera entre ellas muy poca diferencia, se las llamaba, respectivamente, la vieja y la nueva; flanqueaban los dos extremos opuestos de la casa y eran, tal vez, dos absurdos arquitectónicos, apenas redimidos por no estar demasiado aisladas ni ser de una altura demasiado presuntuosa, datando, en su falsa antigüedad, de una época romántica que ya se había convertido en venerable pasado. Yo las contemplaba siempre con admiración soñadora, pues no dejaban de impresionarme —sobre todo, al verlas surgir en medio de la oscuridad— por la desmesurada proporción de sus almenas. Sin embargo, a esa altura insólita, la figura que tantas veces invoqué no parecía estar en su sitio adecuado.



Recuerdo que esta figura hizo nacer en mi ánimo, en el claro crepúsculo, dos oleadas de emoción muy distintas, que fueron, en suma, el sobresalto que siguió a mi primera, después a mi segunda sorpresa. La segunda fue la violenta percepción del error de la primera: el hombre que veían mis ojos no era la persona que yo, aturdidamente, había supuesto allí. Tal fue el trastorno de mis facultades visuales que aún ahora, después de muchos años, no puedo encontrar una sorpresa equivalente. Se admitirá que un hombre desconocido, en un lugar apartado, puede amedrentar a una muchacha tímida que hasta entonces no había salido jamás del seno de su hogar, y la figura que se alzaba frente a mí —algunos segundos bastaron para demostrármelo— era tan diferente de cualquier persona conocida como de la imagen que tenía en la cabeza. No la había visto en Harley Street, no la había visto en ninguna parte. Además, el lugar mismo, de la manera más extraña del mundo, había adquirido en un instante, y por el simple hecho de la aparición, una profunda soledad. Y por lo menos para mí —que me aplico a reconstruir las impresiones de entonces con una reflexión deliberada que hasta ahora nunca he puesto—, la sensación de ese día me vuelve por entero. Era como si en tanto que me impregnaba ávidamente de todo aquello que mis sentidos podían retener, el resto de la escena hubiera sido herido de muerte. Mientras escribo, escucho de nuevo el intenso silencio en que se desvanecieron los ruidos de la tarde. Las cornejas dejaron de graznar en el cielo de oro y, durante un indecible minuto, la hora exquisita perdió su voz. Pero no se había producido otro cambio en la naturaleza, a menos que ese cambio no fuera el ver lo que yo veía con extraña nitidez. El oro permanecía en el cielo, la transparencia en la atmósfera, y el hombre que me miraba por encima de las almenas se recortaba con tanta firmeza contra el cielo como un retrato en su marco. Eso me hizo pensar, con rapidez extraordinaria, en cada una de las personas que podía ser y que no era. A través del espacio nos confrontamos el tiempo suficiente para que yo me preguntara con intensa lucidez quién entonces podía ser, y para que sintiera, ante la incapacidad de encontrar una respuesta, un asombro más y más intenso.

El gran problema o, a lo menos, uno de los problemas que hube de plantearme con respecto a ciertos hechos, fue medir el tiempo que duraron. Y bien: el hecho en cuestión —piensen ustedes lo que quieran— duró lo bastante

para que una docena de suposiciones, ninguna de ellas, a mi juicio, más sensata que las otras, se presentaran a mi consideración, tratando de explicar la existencia en esa casa —y, sobre todo, ¿desde cuándo?— de una persona insospechada. Duró lo bastante para estremecerme levemente al pensar que tal ignorancia en mi situación, así como tal presencia, eran inadmisibles. Duró lo bastante, en todo caso, para que esa visita que no llevaba sombrero —extraño signo de familiaridad que no dejó de sorprenderme— pudiera observarme desde su elevado sitio dirigiéndome exactamente la misma pregunta, la misma escrutadora mirada, a través del día moribundo, que provocaba en mí su presencia. Estábamos demasiado alejados el uno del otro para hablarnos, pero llegó un momento en que, de haber sido posible que nos aproximáramos, un apóstrofe cualquiera, al romper el silencio, hubiera sido el resultado lógico de nuestra recíproca manera de contemplarnos sin ambages. Él se mantenía en el ángulo más alejado de la casa, muy erguido, detalle que me sorprendió, con las manos apoyadas en el parapeto. Y así pude verlo, como ahora veo las letras que trazo en esta página. Un minuto después cambió lentamente de lugar y se fue desplazando hasta el rincón opuesto de la plataforma, sin desviar la fija mirada que tenía clavada en mí. Yo tenía la intensa sensación de que, durante su tránsito, no dejó nunca de mirarme; en este momento, mientras escribo, aún veo su mano posarse sucesivamente en las almenas. Al llegar al otro ángulo se detuvo menos tiempo y continuó mirándome con insistencia hasta desaparecer. Y desapareció. Eso fue todo.

Capítulo cuatro



No esperaba ciertamente que las cosas quedasen así, porque estaba tan exaltada como impresionada.

¿Había en Bly un «secreto», un misterio de Udolfo o un loco, un pariente inmencionable mantenido en insospechado confinamiento? No puedo decir cuánto tiempo estuve inmóvil, entre curiosa y horrorizada, en el sitio donde recibí el impacto. Solo recuerdo que ya era de

noche cuando entré en la casa. En el intervalo fui presa de una agitación que me arrastró a mi pesar, pues debí de caminar, dando vueltas por el parque, cerca de tres millas. Más tarde hube de conocer angustias a tal punto peores, que esta simple aurora de inquietud era, comparativamente, un estremecimiento humano. Su parte más extraña —extraña lo era, en realidad— me fue revelada cuando entré en el vestíbulo y encontré a la señora Grose. En el oleaje de mis recuerdos evoco este cuadro: la impresión que tuve ante el amplio recinto, brillantemente iluminado por las lámparas, con sus artesonados blancos, sus retratos, su alfombra roja, y ante la bondadosa y asombrada mirada de mi amiga que inmediatamente me dijo que me había echado de menos. Al oírla quedé íntimamente persuadida de que, en su sencilla cordialidad, la señora Grose había sentido una muy natural inquietud, apaciguada con mi presencia, y que ignoraba por completo el incidente que me preparaba a narrarle. Yo no había supuesto que su bondadoso rostro me confortaría, y, en cierta forma, medí la gravedad de lo que había presenciado por la vacilación que experimenté en contárselo. Pocas cosas, en toda la historia, me parecen tan singulares como la siguiente: el comienzo real de mi temor estuvo indisolublemente unido, si así puede decirse, al instinto de ahorrárselo a mi compañera. E inmediatamente, de acuerdo con ello, en ese amable vestíbulo y bajo la mirada de la señora Grose, se cumplió en mí —por causas que me hubiera visto en apuros para expresar— una revolución interior: expliqué con un vago pretexto mi demora, e invocando la belleza de la noche, el abundante rocío y mis pies empapados, me retiré lo más pronto posible a mi dormitorio.

Allí la cosa cambió de aspecto; allí, hasta muchos días después, ocurrió algo bastante singular. A menudo necesitaba, o por lo menos, durante ciertos momentos del día —y en detrimento de mis deberes más elementales— encerrarme para pensar en lo sucedido. No porque mi excitación fuera superior a mi resistencia, sino porque me asustaba terriblemente llegar a ese estado. La verdad que necesitaba contemplar en todos sus aspectos era, lisa y sencillamente, que en forma alguna podía identificar al visitante con quien había entrado en relación de modo tan inexplicable y sin embargo —según me parecía— tan íntimo. Pronto advertí que no sería difícil descubrir alguna intriga doméstica sin necesidad de hacer una encuesta formal y despertar

sospechas. El choque sufrido debió de aguzar mis facultades: al cabo de tres días, después de observar sencillamente las cosas de cerca, me convencí de que los sirvientes no me habían engañado ni me habían hecho objeto de una «broma». Fuera quien fuese el personaje que yo había conocido, nadie a mi alrededor lo conocía. Solo podía hacer una inferencia razonable: alguien se había tomado una libertad hartamente descortés. Me lo dije repetidas veces después de subir a mi aposento y encerrarme con llave. Todos, en conjunto, habíamos sufrido la invasión de un intruso. Algún viajero inescrupuloso, aficionado a las viejas mansiones, había subido al sitio más cómodo para observar el paisaje y se había marchado tal cual había venido. Parte de su indiscreción era la mirada escrutadora y audaz con que me había contemplado. Lo bueno del asunto era, después de todo, la certeza que teníamos de no verlo más. Pero no lo bastante bueno, sin duda, para impedirme reconocer que, en realidad, lo que quitaba significación a todo era, sencillamente, mi encantadora tarea. Mi encantadora tarea consistía en vivir con Flora y Miles, y nada podía acrecer mi entusiasmo como sentir que, mientras más me dedicaba a ella, más me sustraía a mi preocupación. El atractivo de los niños era un goce constante y suscitaba en mí una sorpresa siempre nueva al recordar los vanos temores del principio, la desgana que me había inspirado mi situación con sus grises y prosaicas posibilidades. Pero no había en ella, al parecer, ni prosa gris ni rutina. ¿Cómo podría no ser encantador un trabajo que se presentaba como una obra de cotidiana belleza? Llevaba implícito todo lo que hay de novelesco en los cuartos donde juegan los niños, todo lo que hay de poético en aquellos donde estudian. No quiero decir, por supuesto, que solo aprendieran ficciones y versos; quiero decir que no encuentro otros términos para expresar el interés que me inspiraban mis compañeros. ¿Cómo describirlo sino diciendo que, en vez de caer junto a ellos en la monotonía de la costumbre, hacía constantes y nuevos descubrimientos? ¡Y qué prodigio es este para una institutriz: invoco el testimonio de mis colegas! En cierta dirección, sin duda, mis descubrimientos se detenían: una profunda oscuridad continuaba envolviendo la conducta del niño en la escuela. Recibí desde el primer momento —como antes dije— la gracia de contemplar sin angustia ese misterio. Tal vez sea más exacto decir que el niño mismo, sin pronunciar una palabra, lo había aclarado todo, había reducido la entera acusación a lo absurdo. Y, sobre ese particular, mi

conclusión florecía con el genuino rubor de su inocencia: era demasiado delicado y leal para el mezquino y turbio mundillo estudiantil, y había pagado su precio por ello. Reflexioné con amargura en que siempre, por parte de la mayoría —que hasta puede incluir a estúpidos y sórdidos directores de colegio—, la percepción de tales diferencias, de tales superioridades de calidad, redundaba infaliblemente en venganza.

Ambos niños poseían una dulzura (era su único defecto, y nunca hizo a Miles apocado) que los volvía —¿cómo podré decirlo?— apenas personales y, ciertamente, imposibles de reprender. Como los querubines de la anécdota, no ofrecían —moralmente, al menos— sitio donde pegar. Recuerdo que Miles, sobre todo, me daba la impresión de no haber tenido historia. Muy pocos antecedentes pueden esperarse de un niño, pero en este muchacho encantador había algo extraordinariamente sensible, y a la vez extraordinariamente feliz, que me asombraba —más que en ninguna criatura de su edad que haya visto— como si renaciera todos los días. Nunca había sufrido ni un segundo. Esto era para mí la prueba flagrante de que nunca había sido realmente castigado. De haberse conducido mal, lo habrían «pescado» y —de contragolpe— yo hubiera descubierto el rastro, pero no había descubierto absolutamente nada: por lo tanto, era un ángel. No hablaba nunca de su colegio, no mencionaba nunca a su profesor o a un compañero, y yo, por mi parte, estaba demasiado asqueada de lo sucedido para aludir a ellos. Me encontraba bajo su hechizo, claro está, y lo maravilloso de todo es que, aun entonces, reconocía este hechizo. Pero me abandonaba a él. Era un antídoto para el sufrimiento, y tenía más de un sufrimiento. Por aquellos días recibía cartas inquietantes de mi familia, cuyos asuntos no andaban bien. Sin embargo, al lado de los niños, ¿qué importancia podía tener lo que ocurría en el mundo? Así solía plantearme la cuestión en mis apresurados recreos. Estaba embriagada por su belleza.



Un domingo —debo seguir adelante— llovió con tanta fuerza y tan continuamente que no pudimos ir a la iglesia. Como el día avanzaba, convine con la señora Grose en que, de mejorar el tiempo, iríamos juntas al oficio de la tarde. Felizmente dejó de llover y me preparaba para nuestra caminata, que a través del parque, y tomando después el seguro camino hasta el pueblo, sería cuestión de veinte minutos. Al bajar las escaleras para reunirme con mi amiga en el vestíbulo, recordé un par de guantes que tuvieron necesidad de algunas puntadas y que las habían recibido —dándoles una publicidad poco edificante, tal vez— mientras acompañaba a los niños a tomar el té, servido los domingos, por excepción, en ese frío y nítido templo de caoba y bronces: el comedor de «los mayores». Allí había dejado mis guantes, y allí bajé a recogerlos. El día estaba bastante gris pero aún no había cesado la luz de la tarde, lo cual me permitió, al franquear la puerta, no solo reconocer mis guantes, que estaban encima de una silla, junto a la gran ventana cerrada, sino también a una persona, del otro lado de la ventana, que miraba hacia dentro. Un solo paso en ese cuarto me bastó: fue una visión instantánea, que incluía todo. La persona que miraba hacia dentro, fijamente, era la persona que ya otra vez se me había aparecido. Y de nuevo apareció, no diré con gran nitidez, porque eso era imposible, pero sí con una proximidad que denotaba un progreso en nuestras relaciones y que me hizo perder el aliento y sentirme entumecida de la cabeza a los pies. Era el mismo, era el mismo, y ahora —como antes— podía verlo de la cintura para arriba, porque si bien el comedor estaba situado en la planta baja, la ventana no descendía hasta la terraza donde permanecía el insólito visitante. Tenía el rostro pegado al vidrio, y esta segunda y más próxima visión tuvo sobre mí el único efecto —cosa extraña— de hacerme comprender cuán intensa había sido la primera. Permaneció unos segundos —el tiempo suficiente para convencerme de que él también me había visto y reconocido—, pero, en lo que a mí respecta, era como si lo hubiera estado mirando durante años y lo hubiera conocido desde siempre. Sin embargo, algo sucedió esta vez que no había sucedido la primera. Su mirada, fija en mí a través del vidrio y a lo largo del aposento, era tan profunda y obstinada como siempre, pero me abandonó un instante durante el cual pude seguirla y verla posarse en distintos objetos. Tuve un choque doble e

instantáneo: la certidumbre de que no había venido por mí; había venido en busca de otra persona.

El relámpago de tal certidumbre —porque era una certidumbre en medio de la angustia— produjo en mí un singular efecto; despertó, mientras continuaba de pie, una súbita vibración de intrepidez y deber. Digo intrepidez porque estaba, sin duda alguna, fuera de mí. Salí precipitadamente del comedor, gané la puerta de entrada a la casa, corrí por la terraza con la mayor velocidad posible y, dando la vuelta, observé el lugar: mi visitante había desaparecido. Me detuve y, en mi alivio, estuve a punto de caer redonda. Sin embargo, le di tiempo a reaparecer. Digo tiempo, pero ¿cuánto tiempo? Ahora no puedo hablar exactamente de lo que duraron esos hechos. Sin duda, había perdido la noción de su medida: no pudieron durar lo que me pareció. La terraza, el espacio en torno, el césped, más allá el jardín que lo circundaba y la porción del parque que se ofrecía a mi vista estaban vacíos de un inmenso vacío. Había arbustos y grandes árboles, pero recuerdo mi nítida seguridad interior de que no se había ocultado tras ellos. Estaba o no estaba ahí: y no lo estaba, si yo no podía verlo. Me aferré a esta idea; después, instintivamente, en vez de volver como había llegado, caminé hasta la ventana, con el oscuro sentimiento de que debía ponerme en su lugar. Apoyé mi rostro en el vidrio y, como él, observé la habitación. En ese instante, como para demostrarme exactamente el alcance de su mirada, la señora Grose entró en el comedor. Se detuvo de golpe, como yo había hecho; yo le transmití algo del sobresalto que había recibido. Empalideció, y esto me hizo preguntarme si yo había palidecido tanto como ella. En resumen: me contempló fijamente, después se retiró, como yo momentos antes, y comprendí que salía de la casa para reunirse conmigo. Permanecí en mi sitio, y al esperarla, más de un pensamiento pasó por mi cabeza. Pero quiero citar solo uno. Me pregunté por qué, también *ella*, estaba trastornada.

Capítulo cinco



¡Oh, me lo hizo saber enseguida! –En nombre del cielo, ¿qué ha sucedido? Estaba encendida, sofocada. No le contesté hasta no tenerla a mi lado: –¿Qué me ha sucedido? Yo debía de tener una cara extraordinaria. Le pregunté: –¿Lo demuestró? –Está usted blanca como una sábana. Da miedo verla. Reflexioné; con tal pretexto podía hacer frente, sin escrúpulos, a la

inocencia más absoluta; mi necesidad de respetar la inocencia en flor de la señora Grose se había deslizado como un manto de mis hombros, sin que crujiera uno solo de sus pliegues: si vacilé por un instante no fue con la intención de ocultar lo que sabía. Le tendí la mano, la señora Grose me la tomó. Se la oprimí con fuerza, gustosa de sentirla junto a mí. Encontraba una especie de apoyo en el tímido suspiro de su sorpresa.

—¿Algo ha sucedido?

—Sí. Usted debe saberlo ahora. ¿Tenía yo un aire muy extraño?

—¿A través de la ventana? ¡Terrible!

—Y bien —dije—, estaba asustada.

Inequívocamente, los ojos de la señora Grose expresaron que ella no deseaba asustarse, pero que conocía demasiado bien sus obligaciones para sustraerse a compartir conmigo un disgusto de cualquier naturaleza que fuese: ¡sí, ahora yo estaba decidida a que lo compartiera!

—Lo que usted vio por la ventana, hace un minuto, fue la consecuencia de mi sobresalto. Lo que yo vi, poco antes, era mucho peor.

Aumentó la presión de su mano.

—¿Qué era?

—Un hombre extraordinario. Miraba hacia dentro.

—¿Qué hombre extraordinario?

—No tengo la menor idea.

Paseó los ojos a nuestro alrededor, vanamente.

—Entonces ¿adónde se ha ido?

—Lo sé menos aún.

—¿Lo vio usted antes?

—Sí... una vez. Sobre la vieja torre.

Ella solo podía mirarme más y más.

—¿Quiere usted decir que era un desconocido?

—Totalmente.

—Y, sin embargo, ¿no me lo dijo?

—No, tenía mis razones. Pero ahora que usted ha podido adivinarlo...

Los ojos redondos de la señora Grose afrontaron esta conclusión.

—Ah, yo no he podido adivinarlo —exclamó sencillamente—. ¿Cómo podía adivinarlo si *usted* misma no imagina...?

—Es verdad. No imagino nada.

—¿Y no lo ha visto usted sino en la torre?

—Y aquí, hace un momento.

Miró de nuevo a su alrededor.

—¿Qué hacía en la torre?

—Quedarse allí y observarme desde arriba.

Pensó un momento.

—¿Era un caballero?

Creí que no necesitaba reflexionar. Contesté:

—No.

Me miró con más asombro. Repetí:

—No.

—¿No era alguna persona de la casa... o del pueblo?

—Nadie, nadie. No se lo dije a usted, pero me he cerciorado de ello.

Respiró con vago consuelo: ¿era mejor que así fuese, entonces? Apenas mejor.

—Pero si no es un caballero...

—¿Qué es? ¡Un horror!

—¿Un horror?

—Es... ¡Dios me ayude si sé lo que *es*!

La señora Grose miró en torno de nosotras una vez más; fijó sus ojos en la oscura lejanía y después, volviendo en sí, exclamó con abrupta inconsecuencia:

—¡Ya es hora de que estemos en la iglesia!

—¡Oh, no estoy para iglesia!

—¿No le hará a usted bien?

—No les hará a *ellos* —e indiqué la casa, haciendo una seña con la cabeza.

—¿A los niños?

—Ahora no puedo dejarlos.

—¿Usted teme...?

Respondí con audacia:

—*Le* temo.

Sobre el ancho rostro de la señora Grose surgió, por vez primera, el débil

y lejano fulgor de una inteligencia más despierta. Me pareció descubrir en su expresión el alba retrasada de una idea que no procedía de mí y que para mí era todavía completamente oscura. Pensé en ello —recuerdo— como en algo que podía averiguar, y lo sentí relacionado con su creciente deseo —lo demostraba ahora— de continuar enterándose.

—¿Cuándo lo vio... sobre la torre?

—A mediados de este mes. A esta misma hora.

—¿En la oscuridad?

—De ninguna manera. Lo vi como la veo a usted.

—Entonces ¿cómo pudo entrar?

—¿Y cómo pudo salir? —contesté riendo—. No he tenido ocasión de preguntárselo. Esta tarde, ya lo ve usted, no ha podido entrar.

—¿Tan solo espía?

—¡Espero que se limite a eso!

Me soltó la mano y se alejó unos pasos. Aguardé un instante, luego exclamé:

—Váyase a la iglesia. Adiós. Yo debo vigilar.

Se volvió hacia mí, lentamente.

—¿Teme usted por ellos?

Nos encontramos en una larga mirada.

—¿Y usted no?

En vez de contestarme se acercó a la ventana y, por un momento, aplicó su rostro al vidrio.

—Ya ve usted cómo él podía ver —agregué. Continuó inmóvil.

—¿Durante cuánto tiempo estuvo mirando? —me preguntó.

—Hasta que yo llegué. Salí para encontrarlo.

Por fin se volvió hacia mí. En su rostro aumentaba el interés.

—Yo no hubiera podido.

Reí nuevamente.

—Yo tampoco, pero lo hice. Tengo un deber que...

—Yo también tengo mi deber —replicó; después de lo cual añadió—:
¿Cómo es el hombre?

—Muero de ganas de contestarle, pero no se parece a nadie.

—¿A nadie? —repitió.

—No usa sombrero.

Luego, al ver que este rasgo le permitía, con espanto más profundo, reconocer a alguien, completé rápidamente el retrato agregando toque tras toque:

—Tiene cabellos rojos, muy rojos, y muy crespos, y una cara pálida, de óvalo alargado, con facciones regulares, y cortas patillas bastante extrañas, también rojas como el pelo. Sus cejas, sin embargo, son un poco más oscuras, especialmente arqueadas, como si hubieran de moverse a cada gesto que hiciera. Sus ojos son penetrantes, curiosos..., ¡horribles! Pero solo puedo decir exactamente que son bastante pequeños y muy obstinados. Su boca es grande, de labios finos, y, con excepción de las pequeñas patillas, está completamente afeitado. Me parecía estar mirando a un actor.

—¡A un actor!

En todo caso, era imposible parecerse menos a un actor que la señora Grose en ese momento.

—Nunca he visto a ninguno, pero supongo que son así. Es alto, flexible, erguido —agregué—, pero un caballero, ¡nunca, nunca!

El rostro de mi compañera había empalidecido mientras yo hablaba. Pestañearon sus redondos ojos y abrió la boca.

—¿Un caballero? —balbució confusa, estupefacta—. ¿Un caballero, *él*?

—¿Lo conoce usted, entonces?

Visiblemente, trató de contenerse.

—Pero ¿es guapo?

Adiviné el modo de alentarla.

—Muy guapo.

—¿Y se viste...?

—Con las ropas de otro. Son elegantes, pero no son las suyas.

Sin aliento, dejó escapar un gemido afirmativo:

—¡Son del patrón!

Tomé su frase al vuelo:

—Entonces, usted lo conoce.

Desfalleció, por un segundo solamente:

—¡Quint! —gritó.

—¿Quint?

—Peter Quint. ¡Su propio criado, su ayuda de cámara, cuando él estaba aquí!

—¿Cuando el patrón estaba aquí?

Todavía sin aliento, pero deseosa de esclarecerme, la señora Grose acumulaba detalles:

—Nunca usó su sombrero, pero usaba... bueno, muchos chalecos han desaparecido. Ambos estuvieron aquí, el año pasado. Después el patrón se fue, y Quint quedó solo.

Yo seguía sus palabras, un poco anhelosa.

—¿Solo?

—Solo con *nosotros*. —Luego agregó estas palabras, como sacándolas de mayor profundidad—: Para el servicio.

—¿Y qué se hizo de él?

Vacilaba tanto, que yo me sentía cada vez más intrigada.

—También se fue —acabó por decir.

—¿Adónde?

Su expresión se había vuelto extraordinaria.

—¡Dios sabe dónde! Murió.

Por poco lancé un chillido.

—¿Murió?

Ella pareció cuadrarse en su resolución, plantarse con mayor firmeza, para revelar el hecho inexplicable:

—Sí. El señor Quint ha muerto.

Capítulo seis



Necesitamos, claro está, más de una entrevista como esa para hacernos a la idea de aquello que tendríamos que sobrellevar en adelante: mi espantosa receptividad para las impresiones de un género que me fuera tan vívidamente ejemplificado, y el conocimiento que ahora había adquirido mi compañera —un conocimiento entre consternado y compasivo— de semejante re-

ceptividad. Esa tarde, después de la revelación que durante una hora me dejó postrada, no comparecimos a otro oficio que a uno pequeño de lágrimas y votos, de plegarias y promesas, culminación de una serie de juramentos y compromisos recíprocos que pronunciamos en el cuarto de estudio, donde nos habíamos encerrado para explicarnos a fondo. El resultado de ello fue sencillamente reducir nuestra situación a sus elementos más escuetos. La señora Grose no había visto nada, ni siquiera la sombra de una sombra, y nadie en la casa, exceptuando la institutriz, estaba en ese mismo apuro. No obstante, aceptó la verdad de mis afirmaciones sin impugnar directamente mi sano juicio, y en esa circunstancia terminó por demostrarme una ternura mezclada de temor, una deferencia —hacia mi más que dudoso privilegio— cuyo perfume aún retengo como la más dulce de las caridades humanas.

Esa noche admitimos definitivamente el pensamiento de que podíamos soportar las cosas en común, y no estoy segura de que ella, pese a encontrarse exenta de mi aciaga disposición, llevase la mejor parte. Supe entonces, como creo que también lo supe más tarde, lo que yo era capaz de arrostrar para proteger a mis discípulos, pero me tomó algún tiempo estar completamente segura de que mi honesta aliada poseía el suficiente valor para guardar estrictamente los términos de compromiso tan arriesgado. Para la señora Grose yo era una compañera bastante extraña, tan extraña como la compañera que yo, a mi vez, había recibido, pero al recordar esos momentos veo cuánto nos confortaba sentirnos unidas en la idea que, por fortuna, *podía* tranquilizarnos. Esta idea, este segundo movimiento, me arrojó, por así decirlo, del aposento secreto de mi angustia. Podía, al menos, salir a tomar aire a la terraza, y la señora Grose podía reunirse conmigo. Recuerdo perfectamente la singular manera en que recobré un poco de energía antes de separarnos para dormir: habíamos vuelto una y otra vez sobre cada detalle de mi visión.

—¿Dice usted que buscaba a alguien, a alguien que no era usted?

—Buscaba al pequeño Miles. —Una portentosa clarividencia me poseía —. *Eso* buscaba.

—Pero ¿cómo puede usted saberlo?

—¡Lo sé, lo sé, lo sé! —creció mi exaltación—. ¡Y usted también lo sabe, querida!

No lo negó, pero sentí que yo ni siquiera necesitaba que apoyara mi certeza. La señora Grose reflexionó un momento.

—Y ¿qué sucedería si él lo viese? —preguntó.

—¿El pequeño Miles? ¡Eso quiere!

De nuevo pareció inmensamente asustada.

—¿El niño?

—¡Dios no lo permita! El hombre. Quiere aparecerse a *ellos*.

Concebirlo era atroz y sin embargo yo, en cierta forma, podía impedir que ocurriese, eso fue precisamente lo que conseguí demostrar en el tiempo que pasamos hablando. Tenía la certeza absoluta de que vería de nuevo a quien había visto ya, pero algo en mi fuero interno me decía que ofreciéndome valerosamente como único sujeto de tal experiencia, aceptándola, provocándola, sobrellevándola yo sola, serviría como víctima expiatoria y preservaría la tranquilidad de mis compañeros. A los niños, sobre todo, sabría defenderlos, bajo mi custodia estarían completamente a salvo. Recuerdo una de las últimas frases que dije a la señora Grose esa noche:

—Me sorprende que mis discípulos no hayan mencionado nunca...

—¿... que haya vivido aquí y el tiempo que pasaron con él?

—El tiempo que pasaron con él, y su nombre, y su presencia, y su historia.

De ninguna manera.

—Oh, la niñita no recuerda. Nunca oyó ni supo...

—¿Las circunstancias de su muerte?

Reflexioné con alguna intensidad.

—Tal vez. Pero Miles debería acordarse..., debería saber.

—¡Ah, no lo interrogué! —dejó escapar la señora Grose.

Le devolví su mirada.

—No tema. —Y continué pensando—. Pero es bastante raro.

—¿Que no haya hablado nunca de él?

—Nunca. Ni la menor alusión. Y usted me dice que eran «grandes amigos».

—¡Oh, no era culpa suya! —recalcó la señora Grose—. Era el estilo de Quint. Jugar con él, quiero decir, mimarlo. —Hizo una pausa; después agregó —: Quint se tomaba demasiadas libertades.

Estas palabras, al traerme súbitamente una visión de su rostro —¡y de qué

rostro!—, me dieron náuseas:

—¡Demasiadas libertades con *mi* niño!

—¡Demasiadas libertades con todos!

Por el momento no quise analizar sus palabras, limitándome a la reflexión de que en parte podían aplicarse a esa media docena de criadas y sirvientes que aún pertenecía a nuestra pequeña colonia. Pero había hasta un motivo de temor en el hecho, en sí mismo feliz, de que ninguna leyenda desagradable, ningún razonamiento entre la gente de servicio estuviera unido, en la memoria de nadie, a la tranquila y vieja mansión. No tenía mal nombre ni fama escabrosa, y la señora Grose, sin duda alguna, solo deseaba refugiarse en mí y estremecerse en silencio. Hasta la puse a prueba a último momento. Fue a medianoche, cuando se disponía a irse del cuarto de estudio.

—Entonces ¿me asegura usted, y esto es de gran importancia, que era indiscutiblemente malo y que todos admitían su conducta?

—¡Oh! No la admitían. Yo lo sabía pero el patrón, no.

—Y usted ¿nunca se lo dijo?

—Bueno, no le gustaban los chismes y odiaba las quejas. Era terriblemente seco cuando se trataba de asuntos de esa clase, y si las personas se comportaban bien con *él*...

—¿No se molestaba por los demás?

Eso cuadraba bastante con la impresión que me había dejado: no era un caballero que buscara molestias, ni demasiado exigente, tal vez, con respecto a las personas que vivían en su casa. A pesar de todo, apremié a mi interlocutora.

—Le aseguro a usted que yo se lo habría dicho.

Advirtió mi distingo.

—Hice mal, no lo niego. Pero, realmente, tenía miedo.

—Miedo ¿de qué?

—De las cosas que podía hacer ese hombre. Quint era tan hábil... tan tenebroso.

Tal vez sus palabras me causaron mayor sorpresa de lo que demostré.

—¿Y no tenía usted miedo de otra cosa? ¿De su influencia...?

—¿De su influencia? —repetía con angustia y expectativa en el rostro, mientras yo balbucía:

—De su influencia sobre esas inocentes y preciosas vidas. Estaban a cargo de usted.

—¡No, no estaban a mi cargo! —respondió franca y dolorosamente—. El patrón confiaba en él; lo colocó aquí porque era una persona de mala salud y creyó que el aire de campo le sentaría bien. Y Quint, de esa forma, le hablaba de todos. Sí —confesó—, hasta de *ellos*.

—¿De ellos? ¡Semejante individuo! —Tuve que sofocar una especie de aullido—. ¿Y podía usted soportarlo?

—No, no podía... y no lo puedo ahora. —La pobre mujer rompió a llorar.

A partir del día siguiente —como he dicho— debía establecerse una rígida vigilancia sobre ellos; sin embargo, durante una semana, ¡cuán a menudo y con cuánta pasión volvimos sobre el tema! Por mucho que lo hubiéramos tratado aquella noche del domingo, yo estuve aún, especialmente en las primeras horas —¡porque podrá imaginarse si dormí!—, obsesionada por la sombra de algo que la señora Grose callaba. Yo le había contado todo, pero ella me ocultaba algo. Por la mañana, además, estaba segura de que su disimulo no provenía de falta de franqueza sino de los muchos peligros que nos rodeaban. De hecho, retrospectivamente, incluso creo que para cuando el sol de la mañana estaba en lo alto, yo había interpretado sin descanso los hechos que teníamos por delante y había podido desentrañar casi todo el significado que muy pronto adquirirían a resultas de posteriores y más crueles circunstancias. Evocaba, ante todo, la siniestra cara del hombre vivo —¡el muerto podía esperar!— y los meses que había pasado constantemente en Bly; sumados, representaban un total formidable. Ese tiempo maligno solo llegó a su término en el alba de una mañana invernal, cuando Peter Quint fue encontrado frío como piedra, en el camino del pueblo, por un labrador que iba a su trabajo. Una herida visible que tenía en la cabeza explicó la catástrofe, superficialmente al menos; esta herida pudo haber sido causada —y lo *fue* en realidad, según las constancias finales— por haber equivocado el camino de regreso en plena noche, al salir de la taberna, resbalando fatalmente sobre la pendiente cubierta de hielo al pie de la cual yacía. La pendiente cubierta de hielo, el camino equivocado, las libaciones en la taberna explicaban muchas cosas... Prácticamente, después de la investigación y de los interminables comentarios, explicaban todo. Pero había otras cosas en su vida —extrañas

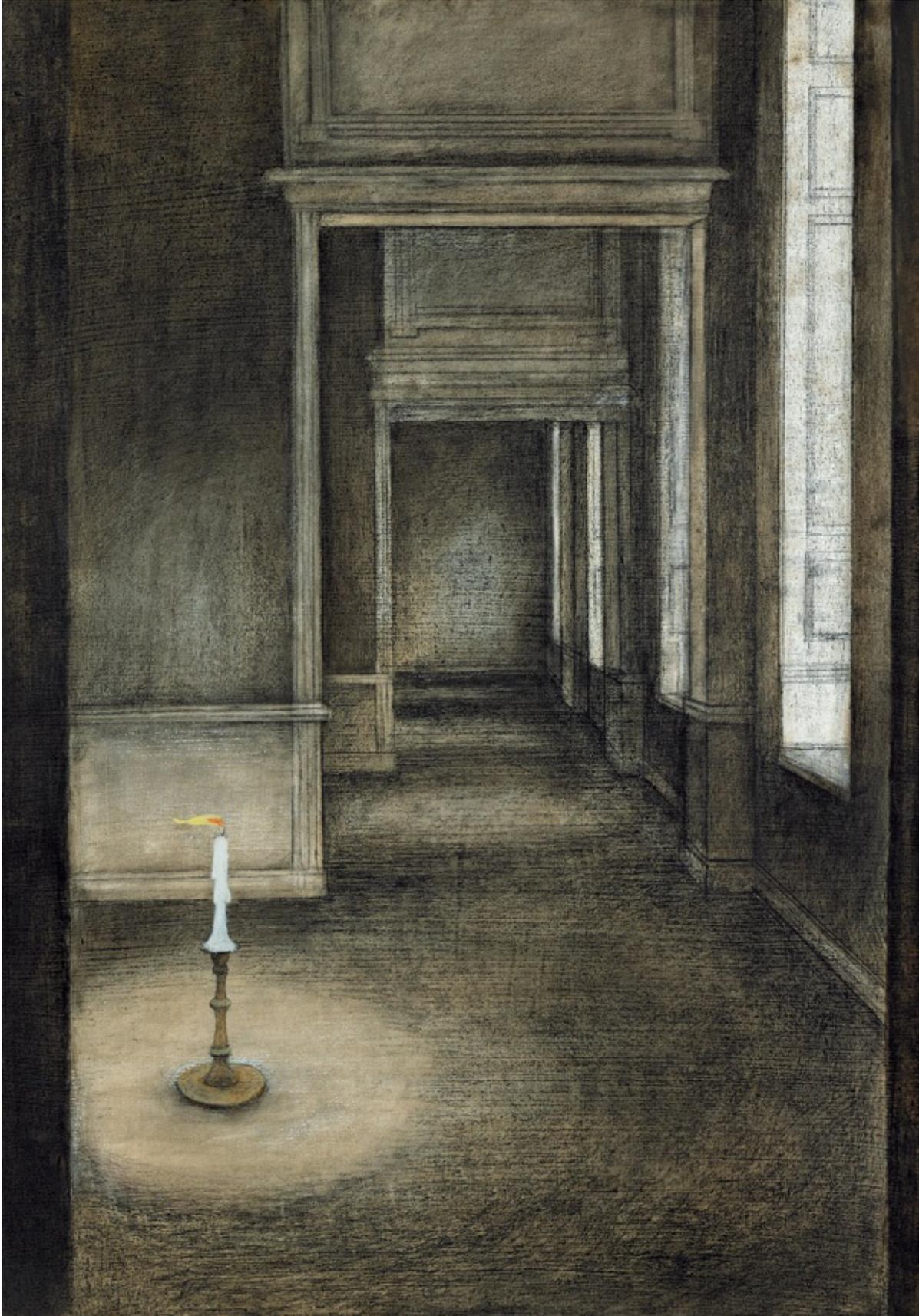
circunstancias y peligros, secretos desórdenes, vicios más que barruntados— que hubieran podido explicar infinitamente más.

Apenas sé cómo redactar esta historia con palabras que hagan verosímil mi estado de ánimo. Pero en esos días era, literalmente, capaz de encontrar un goce en el extraordinario ímpetu de heroísmo que la situación exigía de mí. Estaba allí destinada a cumplir un servicio admirable y difícil, y había cierta grandeza en demostrar —¡oh, a quien correspondiera!— que podía salir vencedora donde más de otra muchacha habría fracasado. Me fue de un socorro inmenso —confieso que me aplaudo cuando pienso en esa época— considerar mi deber con tanta calma y energía. Estaba allí para proteger y defender a las dos criaturas más desamparadas y adorables del mundo: el súbito y harto explícito llamado de su debilidad, implorando ayuda, resonaba en mi corazón, causándome un sufrimiento hondo, constante. Los tres nos encontrábamos aislados, y los tres unidos por nuestro común peligro. Ellos no tenían a nadie sino a mí, y yo... pues bien, yo los tenía a ellos. En resumen: era una magnífica oportunidad. Esta oportunidad se me presentaba bajo una imagen esencialmente concreta. Yo era una pantalla... y debía alzarme ante los niños. Mientras más viera yo, menos verían ellos.

Empecé a observarlos con una sofocada exaltación, con una disfrazada ansiedad que hubiese podido, de continuar mucho tiempo, convertirse en algo parecido a la locura. Me salvó de ello —lo comprendo ahora— que las circunstancias tomaran por otro camino. No duró mi ansiedad: fue reemplazada por pruebas horribles. Pruebas, sí, digo pruebas... y surgieron en el momento en que pude percatarme realmente de la situación.

Ese momento data de una hora de la tarde en que yo acostumbraba a pasear por el jardín con mi pequeña discípula. Habíamos dejado a Miles en la casa, sobre el rojo acolchado de una banqueta apoyada en una profunda ventana; quería terminar un libro, y yo alenté con regocijo disposición tan laudable en un jovencito cuyo único defecto era, en ocasiones, cierta excesiva inquietud. Su hermana, por el contrario, parecía deseosa de salir; caminamos media hora, buscando los lugares sombreados, porque el sol estaba muy alto todavía y la tarde era excepcionalmente calurosa. Una vez más, mientras caminábamos, observé hasta qué punto Flora sabía —al igual que Miles: en ambos era un don encantador— dejarme sola sin que pareciera abandonarme y hacerme

compañía sin que pareciera estar constantemente a mi lado. Los niños no eran nunca inoportunos y, sin embargo, no eran nunca indiferentes. Toda mi vigilancia se limitaba a verlos divertirse sin mí: era este un espectáculo que preparaban activamente y en que me tocaba el papel de admirador entusiasta. Vivía yo en un mundo de su invención, y ellos no necesitaban jamás recurrir a la mía, de modo que solo me tomaban en cuenta para representar alguna cosa o persona notable que el juego del momento requería y que siempre era, gracias a mi rango superior y venerado, alguna sinecura feliz y extremadamente distinguida. He olvidado lo que representaba en esa ocasión: solo recuerdo que yo era algo muy importante y muy quieto y que Flora jugaba intensamente. Estábamos en la orilla del lago y, como en los últimos tiempos habíamos empezado a estudiar geografía, el lago era el mar de Azof.

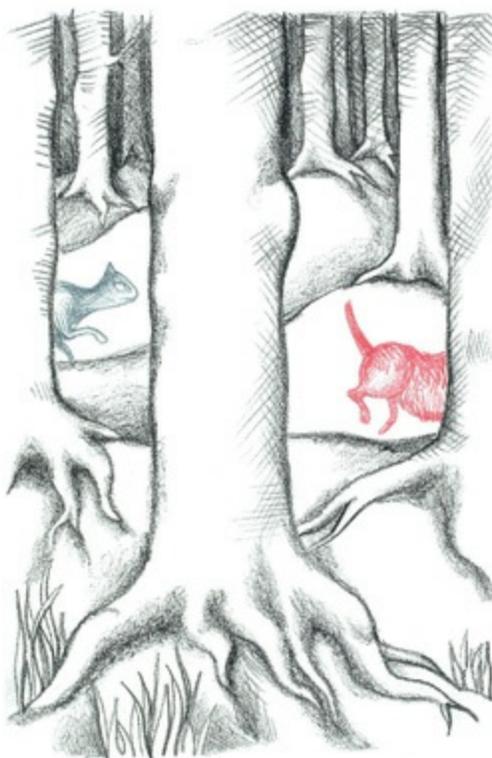


De pronto, en esas circunstancias, advertí que desde la orilla opuesta al mar de Azof nos observaba un espectador muy interesado. Cómo esta certidumbre se fue arraigando en mí es lo más extraño del mundo, con excepción de algo mucho más extraño en que rápidamente se convirtió mi certidumbre. Yo estaba sentada con una labor —porque yo era algo o alguien que podía sentarse— en un banco de piedra frente al estanque; en esta actitud, y sin tener todavía una visión directa, empecé a sentir la presencia, a la distancia, de una tercera persona. Los viejos árboles, los espesos arbustos, daban una vasta y grata sombra, pero todo estaba sumergido en el cálido y quieto resplandor de la hora. No había ambigüedad en nada; al menos, no había ambigüedad en la convicción que de un momento a otro fui adquiriendo con respecto a lo que vería directamente, a través del lago, cuando levantara los ojos. Mis ojos estaban fijos en la costura que tenía entre manos, y todavía siento el espasmo de mi esfuerzo para no levantarlos hasta que me tranquilizara lo bastante para saber en qué forma debía conducirme. A la vista había un extraño, una figura cuyo derecho a mostrarse rebatí instantáneamente, apasionadamente. Me recuerdo enumerando todas las hipótesis que podían explicar su presencia, diciéndome, por ejemplo, que nada era tan natural como la aparición en ese sitio de alguno de los hombres que trabajaban en la casa de campo, o hasta de un mensajero, de un cartero, de un proveedor del pueblo. Este pensamiento tuvo tan escaso efecto sobre mi real convicción cuando más consciente estaba yo —aun sin levantar los ojos— del carácter y de la actitud de nuestro visitante. Nada era tan natural como que fuese justamente aquello que de ningún modo era.

De la positiva identidad de la aparición me cercioraría tan pronto como el pequeño reloj de mi coraje diera el minuto exacto. Entre tanto, haciendo un violento esfuerzo, dirigí mis ojos hacia la pequeña Flora, que en ese momento jugaba a unos diez metros de distancia. Durante un segundo mi corazón cesó de latir al preguntarme, con ansiedad y terror, si también ella vería, y contuve el aliento esperando que un grito o una señal inocente y súbita, ya fuese de interés, ya de alarma, me lo revelara. En vano esperé, después —y hay en esto, creo, algo más siniestro aún que en todo lo que tengo que relatar— me invadió la sensación de que Flora, desde hacía un minuto, había cesado de hacer el

menor ruido y también de que, durante ese minuto, y sin dejar su juego, había vuelto la espalda al estanque. Cuando por fin decidí fijar los ojos en ella, con la seguridad absoluta de que ambas continuábamos siempre sometidas a una observación directa y personal, había recogido del suelo un pedazo de madera chata, que tenía un pequeño orificio, lo cual la indujo, evidentemente, a introducir en él otro fragmento que podía figurar como mástil y hacer del todo una especie de barco. Mientras la observaba, ella intentaba ajustar este segundo trozo de madera, poniendo en su labor un cuidado y una atención extraordinarios. Comprender lo que hacía me sostuvo de tal modo que unos segundos más tarde me sentí con ánimo de proseguir. Desvié los ojos nuevamente... Y afronté lo que debía afrontar.

Capítulo siete



Tan pronto como pude, después de lo sucedido, me precipité sobre la señora Grose. Ahora no puedo referir de un modo inteligible la angustia con que luché en el intervalo. Sin embargo, todavía ahora me oigo gritar mientras me arrojaba literalmente en sus brazos: —*¡Saben!* ¡Es demasiado monstruoso! ¡Saben, saben! —Pero ¿qué saben, bendito sea Dios?

Mientras me abrazaba, sentí su incredulidad.

—Y bien: lo que sabemos *nosotras*, ¡y Dios sabe qué otras cosas!

Después, cuando ella aflojó su abrazo, expliqué lo sucedido y solo entonces, quizá, me lo expliqué a mí misma con absoluta coherencia.

—Hace dos horas, en el parque —apenas podía articular— Flora ha *visto*.

La señora Grose recibió estas palabras como un golpe en el pecho.

—¿Se lo ha dicho a usted? —exclamó palpitante.

—No me ha dicho una palabra. ¡Eso es lo horrible: que lo haya callado!
¡Una niña de ocho años, y esa niña!

Mi estupefacción era inexpresable. La señora Grose, por supuesto, abría la boca de asombro, cada vez más.

—Entonces ¿cómo pudo usted saberlo?

—Yo estaba allí. Lo he visto con mis propios ojos: he visto que se daba perfectamente cuenta.

—¿De la presencia de *él*, quiere usted decir?

—No, de *ella*.

Al hablar, no ignoraba que estaba expresando hechos prodigiosos, porque observaba su lento reflejo en el rostro de mi compañera.

—Esta vez era otra persona, pero también una figura inequívocamente consagrada al horror y al mal: una mujer de negro, pálida y terrible, ¡y también con una expresión, con un rostro!, en la orilla opuesta del lago. Yo estaba con la niñita, que jugaba muy tranquila, y de pronto llegó la mujer.

—¿Llegó? ¿Cómo? ¿De dónde?

—¿De donde ellos llegan! Apareció, sencillamente, y se mantuvo allí, pero no tan cerca.

—¿Sin aproximarse?

—¡Oh, por la sensación y el efecto que producía era como si la tuviera tan cerca como a usted!

Mi amiga, cediendo a un raro impulso, retrocedió un paso.

—¿Era alguien que usted no había visto nunca?

—Nunca. Pero la niña sí y también *usted*. —Después, para demostrarle que había reflexionado sobre ello y sabía a qué atenerme—: Es mi antecesora, la que murió —continué.

—¿La señorita Jessel?

—La señorita Jessel. ¿No me cree usted? —insistí.

La señora Grose, en su angustia, se volvía a derecha e izquierda.

—Pero ¿cómo puede usted estar segura?

Dada la nerviosidad en que me hallaba, esta pregunta provocó en mí un acceso de impaciencia:

—Entonces ¡pregúnteselo a Flora! Ella está segura —y no bien pronuncié estas palabras, me arrepentí—. ¡No, por el amor de Dios! Le diría a usted que no ha visto nada, ¡mentiría!

La señora Grose no estaba bastante sorprendida para no protestar instintivamente:

—Oh, ¿cómo *puede* usted...?

—Porque soy franca. Flora no quiere que yo lo sepa.

—Lo hace, entonces, para ahorrarle esa visión.

—No, no. ¡Hay abismos, abismos! Mientras más me hundo en ellos, más veo en ellos, y mientras más veo en ellos, más me aterrorizan. ¡No sé qué es lo que *no veo*, qué lo que *no temo*!

La señora Grose trató de seguir mis ideas.

—¿Quiere usted decir que teme verla de nuevo?

—¡Oh, eso no es nada... ahora! —Y expliqué—: Temo *no* verla.

Pero mi compañera parecía únicamente pálida.

—No la comprendo.

—Y bien; temo que la niña la vea sin decírmelo, y que quiera verla, seguramente en secreto. —La señora Grose pareció desfallecer por un momento ante la imagen de semejante posibilidad, pero recobró el ánimo y avanzó hacia mí como impulsada por la fuerza positiva de que, si retrocedíamos una pulgada, iríamos a parar quién sabe adónde.

—¡Querida, querida, no debemos perder la cabeza! Y después de todo, ¡si a ella no le importa! —Hasta intentó una broma siniestra—: ¡Quizá le guste!

—¡Gustar de *semejantes* cosas... una niña que apenas se alza del suelo!

—¿Y no es esto una prueba de su bendita inocencia? —preguntó valientemente mi compañera.

Me convenció por un instante.

—Sí —dije—, debemos admitirlo, debemos aferrarnos a *eso*. Si no es una prueba de lo que usted dice, es una prueba de... ¡Dios lo sabe! Porque esa

mujer es el horror de los horrores.

La señora Grose, al escucharme, bajó los ojos. Por fin, mirándome de nuevo, dijo:

—Dígame usted cómo lo sabe.

—¿Cómo lo sé? ¡Basta verla! Por la manera de mirar.

—¿Por la manera de mirarla? ¿A usted...? ¿Con perversidad?

—¡Dios mío, no lo habría podido soportar! Miraba únicamente a la niña. Ella trataba de representarse la escena.

—¿Le clavaba los ojos?

—¡Ah, y qué ojos atroces!

Me observó como si los míos pudiesen parecerse a ellos.

—¿De aversión, quiere usted decir?

—No, Dios nos asista. De algo mucho peor.

Estaba completamente aturdida.

—¿Peor que la aversión? —preguntó.

—Con una intención determinada, indescriptible. Con una suerte de intención furiosa. —La hice palidecer.

—¿Intención?

—De apoderarse de ella.

La señora Grose —sus ojos se encontraron por un instante con los míos— se estremeció y caminó hasta la ventana. Mientras estaba allí, mirando hacia fuera, completé mi relato:

—Es lo que Flora sabe.

Después de un momento se volvió hacia mí.

—¿Me dijo usted que era una persona vestida de negro?

—De luto. Un luto bastante pobre, casi raído. Pero... sí, era de una belleza extraordinaria.

Ahora reconocía adónde había conducido por fin, golpe tras golpe, a la víctima de mi confianza, pues mis palabras la agobiaron visiblemente. Insistí:

—Realmente bella, asombrosamente bella. Pero infame.

Se volvió lentamente hacia mí.

—La señorita Jessel... era infame.

De nuevo tomó mi mano entre las suyas y me la apretó como deseosa de

fortificarme ante la súbita alarma que podía causarme su revelación:

—Ambos eran infames —dijo finalmente.

Entonces, por un instante, nos encaramos de nuevo, y yo sentí cierto alivio en mirar los hechos de frente.

—Aprecio —dije— su gran decencia por no haber hablado hasta ahora. Pero ha llegado el momento en que usted debe contármelo todo.

Parecía asentir, pero todavía en silencio; visto lo cual proseguí:

—Ahora debo saber. ¿De qué murió? Vamos, había algo entre ellos.

—Había todo.

—¿A pesar de la diferencia...?

—Sí, de un rango, de una condición —la señora Grose lo confesó tristemente—: Ella era una dama.

Reflexioné, evoqué su imagen.

—Sí, era una dama.

—Y él, tan atrocemente inferior a ella —dijo la señora Grose.

Comprendí que en su compañía no era necesario incidir demasiado en el lugar que ocupa un sirviente en la escala social, pero nada me impedía que aceptara la vara con que la señora Grose valoraba la degradación de mi antecesora. Había un recurso a mi alcance para tratar ese asunto, y lo utilicé con tanta mayor facilidad cuanto que persistía nítidamente ante mis ojos la visión —harto manifiesta— del difunto criado: inteligente, arrogante, impúdico, seguro de sí mismo, echado a perder, depravado.

—Ese individuo era una bestia —dije.

La señora Grose consideró el caso como si fuera un poco, tal vez, cuestión de matices.

—Nunca he visto a nadie que se le pareciera. Hacía lo que quería.

—¿Con ella?

—Con todos.

Fue como si la señorita Jessel hubiera surgido en los propios ojos de mi compañera. De todos modos, por un instante me pareció que la evocaban con igual nitidez que cuando la vi desde el lago, y declaré:

—¡Debió de ser, también, lo que *ella* deseaba!

El rostro de la señora Grose significó que tal había sido, indudablemente, pero al mismo tiempo dijo:

—¡Pobre mujer! ¡Pagó por ello!

—Entonces, usted sabe de qué murió...

—No sé nada, no quise saber nada. Estuve bastante contenta de no saberlo y agradezco al cielo que muriera lejos de aquí.

—Sin embargo, por entonces usted tenía su idea...

—¿De la verdadera causa de su partida? Oh, de eso sí. No podía quedarse. Piense usted... aquí mismo, una institutriz. Y después imaginé... y todavía imagino. Y lo que imagino es horrible.

—No tan horrible como lo que yo imagino —respondí. Y debía de mostrarle, porque mi convicción era bastante profunda, un aspecto de amarga derrota que hizo brotar nuevamente toda su compasión hacia mí, y ante su renovada bondad se fundió mi poder de resistencia.

Me eché a llorar como ella; por mi culpa, estalló en sollozos otra vez. Ella me cobijó en su pecho maternal y mis lamentaciones se desbordaron.

—¡No puedo! ¡Es mucho peor de todo lo que había soñado! ¡Están perdidos!

en verdad, pues parecía lo menos discutible de la prodigiosa experiencia. Esa noche, más tarde, mientras la casa dormía, conversamos otra vez en mi aposento, hasta que llegó a reconocer sin lugar a dudas que yo había visto lo que realmente había visto. Para ello solo tuve que preguntarle cómo, si hubiese «inventado» la historia, pude hacer de cada una de las personas que se me aparecieron un retrato que descubría hasta en el menor detalle sus rasgos particulares, un retrato ante cuya exhibición ella los había inmediatamente reconocido y nombrado. La señora Grose quería sofocar todo el asunto —y era injusto reprochárselo—, pero yo le aseguré que mi propio interés en la cuestión había tomado ahora, violentamente, la forma de indagar el camino por donde escaparnos de él. Coincidimos en opinar que me habituaría al peligro si llegaban a repetirse las visiones —y era verosímil que se repitieran— y yo declaré abiertamente que mi riesgo personal había pasado a ser la menor de mis inquietudes. Lo intolerable era mi nueva sospecha. Y, sin embargo, a esta complicación misma las últimas horas del día habían aportado cierto consuelo.

Al dejarla, después de mi primer acceso de congoja, había vuelto a mis discípulos, claro está, asociando el remedio adecuado para curar mi desesperación con el encanto que de ellos emanaba y que había reconocido desde el primer momento como algo susceptible de cultivar positivamente y que, hasta entonces, nunca me había fallado. En otras palabras, nuevamente me sumergí en el mundo de Flora y entonces pude advertir —¡fue casi embriagador!— que sabía posar su pequeña mano, delicada y consciente, en el punto doloroso. Me había observado con tierna curiosidad; después, sus ojos posados en los míos, me acusó de haber «llorado». Yo pensaba que se habrían borrado de mi cara las feas huellas del llanto, pero la efusión de su penetrante caridad hizo que me regocijara —por el momento, en todo caso— de que no hubieran desaparecido. Contemplar los abismos azules de sus ojos de niña y declarar que su belleza era una celada de astucia precoz, significaba pecar de un cinismo que yo prefería, naturalmente, a renunciar a mi juicio y, en tanto que pudiese, a mi tormento. No podía renunciar por así quererlo, sencillamente, pero podía decir a la señora Grose —como yo misma me lo dije hasta el alba, una y otra vez— que con las voces de los niños resonando en el aire, sus cuerpos apretados contra mi pecho y sus rostros fragantes contra

mis mejillas, todo se desvanecía menos su inocencia y su belleza. Lástima era que de un modo u otro, y lo digo de una vez por todas, me viese obligada a tomar en cuenta, nuevamente, los signos de astucia que esa tarde, junto al lago, convirtieron en algo milagroso la calma que aparenté. Lástima era que me viese obligada a recordar mi certidumbre de aquel momento; en aquel momento —sí, mi certidumbre era absoluta— la inconcebible comunión que sorprendí me pareció, para ambas partes, un simple hábito. Lástima era verme obligada a balbucear, nuevamente, las razones que no me permitieron dudar un momento de que la niña había visto a nuestra visitante como yo realmente veía a la señora Grose, y que deseaba, por lo mismo que su visión era innegable, hacerme creer que nada veía y al mismo tiempo, sin demostrarlo por la menor señal, adivinar hasta qué punto yo había participado de esa visión. Lástima era que me viese obligada a recordar, nuevamente, la portentosa y pequeña actividad con que Flora había intentado distraer mi atención: el perceptible aumento de su inquietud, la mayor intensidad de su juego, su canto, su charla pueril, su invitación a travesear.

Con todo, si no me hubiese permitido este examen de los hechos —con el fin de probarme que eran puramente inexistentes—, se me hubieran pasado por alto los dos o tres oscuros motivos de consuelo que aún me quedaban. Por ejemplo: no hubiese podido reiterar a la señora Grose la certeza de no haberme equivocado —lo que tanto importaba para el bien de todos—; no hubiera implorado de nuevo, por la fuerza de la necesidad, por la angustia de mi espíritu —apenas sé cómo llamarlo—, que esclareciera mi inteligencia, lo que solo podía lograr poniendo a mi amiga entre la espada y la pared. Poco a poco, urgida por mí, me había contado buena parte de lo sucedido; pero, en el lado sombrío de todo el asunto, una pequeña mancha movediza y maligna me rozaba de vez en cuando las sienas como el ala de un murciélago, y recuerdo cómo esa noche —porque la casa estaba dormida y la favorable conjunción de nuestro peligro y de nuestra vigilancia parecía ayudarnos— sentí la importancia de descorrer el último pliegue de la cortina. Me oigo decir: «No imagino nada más abominable, pero no creo en ello, no —y que esto se aclare definitivamente entre nosotras—, de ningún modo. Con todo, si lo creyera, hay algo que exigiría de usted, que averiguaría de usted ahora mismo, sin el menor miramiento. Le preguntaría: ¿en qué estaba usted pensando cuando, en medio

de nuestra angustia, antes de que Miles regresara, al leerle yo la carta que llegó del colegio, me respondió que no pretendía decir que el niño no se hubiera conducido *nunca* “mal”? *Nunca* se ha conducido “mal” durante estas semanas que ha vivido conmigo y en que lo he vigilado tan de cerca; ha sido un pequeño e imperturbable prodigio de adorable y encantadora circunspección. Por lo tanto, usted pudo haberlo afirmado, de no conocer, como usted conoce, efectivamente, una excepción a la buena conducta de Miles en que fundar sus palabras. ¿En qué excepción pensaba y a qué circunstancia de su experiencia personal se refería?».».

Pregunta horriblemente austera, pero la ligereza no era nuestro tono habitual y, en todo caso, antes de que el alba gris nos amonestara a separarnos, obtuve mi respuesta. Lo que había pensado mi compañera encuadraba perfectamente en mi conjetura. Era, ni más ni menos, que durante un período de muchos meses Quint y el niño habían estado perpetuamente juntos. Ella se había aventurado a criticar la conveniencia, a señalar la incongruencia de una amistad tan íntima, hasta llegar al extremo de hablar francamente sobre ello a la señorita Jessel. La señorita Jessel le había rogado, del modo más extraño, que se ocupara de sus propios asuntos, y la buena mujer, entonces, aconsejó directamente al pequeño Miles. Le dijo —estas fueron sus palabras— que le gustaba que un joven caballero nunca olvidara su rango.

Yo insistí, por supuesto, al oír sus palabras:

—¿Le recordó que Quint era, tan solo, un vulgar criado?

—¡Tal como usted dice! Y su respuesta, por un lado, estuvo mal.

—¿Y por el otro?

Esperé.

—¿Repitió sus palabras a Quint?

—No. Eso era, justamente, lo que *no* hubiese hecho. —Quería hacérmelo notar. Agregó—: De cualquier modo, estaba segura de que no habría de repetírselas. Pero negó ciertas circunstancias.

—¿Qué circunstancias?

—Aquellas en que se conducían como si Quint fuese su preceptor, un ilustre preceptor, y la señorita Jessel debiera ocuparse exclusivamente de la niña. Que hubiera salido con ese individuo, quiero decir, y pasara con él largas horas.

—Entonces ¿contestó que no era cierto?

Asintió con bastante claridad para que yo agregara enseguida:

—Ya veo. Mintió.

—¡Oh! —balbució la señora Grose como sugiriendo que el hecho en sí carecía de importancia, y todavía subrayó su pensamiento con esta observación—: Vea usted: después de todo, a la señorita Jessel le tenía sin cuidado. No se lo prohibía.

Reflexioné.

—¿Así le respondió Miles para justificarse?

Se detuvo nuevamente.

—No, nunca me habló de ello.

—¿Nunca habló de ella con relación a Quint?

Advirtió, ruborizándose visiblemente, adónde iba yo a parar.

—Bueno, nunca demostró saber nada de todo eso. Negaba —repitió—, negaba.

¡Dios mío, qué manera la mía de acosarla!

—¿De modo que usted podía advertir que Miles no ignoraba lo que sucedía entre esos dos miserables?

—No lo sé, no lo sé —gemía la pobre mujer.

—Usted lo sabe, querida amiga. Solo que no tiene usted mi terrible audacia de imaginación, y por timidez, por decencia, por delicadeza, escondió hasta esa impresión que en el pasado, cuando tuvo que soportar los hechos sin desfallecer y sin mi ayuda, debió de hacerla por encima de todo. Pero yo se la arrancaré. ¿Algo en el niño, por lo tanto, le hizo pensar que protegía y encubría esas relaciones?

—Oh, no podía impedir...

—¿Que supiera usted la verdad? Lo imagino. —Y la emoción me hizo pensar en voz alta con vehemencia—: ¡Pero eso demuestra lo que consiguieron hacer de él, santo cielo!

—Ah, nada que le impida ser bueno *hoy* —abogó lúgubrementemente la señora Grose.

—No me asombra su extraño aspecto —insistí— cuando le hablé de la carta que llegó del colegio.

—Dudo que mi aspecto fuera más extraño que el suyo —replicó con su

familiar energía—. Y si el niño era entonces tan malo, ¿cómo *ahora* es un ángel?

—Es verdad. Si era un malvado en el colegio... ¿cómo, cómo, cómo? Bueno —contesté en mi tormento—, usted tendrá que preguntármelo otra vez, pero de aquí a unos días. Eso sí: ¡pregúntemelo nuevamente! —grité de un modo tal que mi compañera me miró estupefacta—. Hay direcciones en las cuales no quiero aventurarme... por el momento... —y volví al ejemplo reciente por ella citado, al que acababa de hacer alusión: la feliz hipótesis de que el niño hubiese cometido un desliz ocasional—. Si Quint, como usted se lo dijo al reprenderlo, era un vulgar criado, adivino que Miles, a bote pronto, le contestó que usted era otro tanto. —Como ella asintiera, proseguí—: Y usted ¿lo perdonó por ello?

—¿No lo habría usted perdonado?

—¡Oh, sí! —e intercambiamos en la quietud una risa extrañamente cómica. Después continué—: En todo caso, mientras él estaba con el hombre...

—La niñita estaba con la mujer. Eso les convenía a todos.

Y a mí, también, me convenía demasiado, pensé. Con lo cual quiero decir que convenía exactamente a la mortal sospecha que trataba de refrenar en ese instante. Pero conseguí retener a tal punto la expresión de mi pensamiento que, por ahora, no haré otra aclaración que la que pueda colegirse de mi última observación a la señora Grose:

—La mentira y la insolencia de Miles me parecen, lo confieso, los síntomas menos alentadores que podía usted darme de cómo la naturaleza humana se ha revelado en él. Sin embargo —ponderé—, he de tomarlos en cuenta porque ahora, más que nunca, siento que debo vigilar.

Un instante después habría de ruborizarme al advertir, por el rostro de mi compañera, hasta qué punto lo había perdonado, tanto más cuanto que su anécdota estimulaba mi propia ternura para que me condujera de igual modo. Fue cuando me dijo, antes de abandonarme, junto a la puerta del cuarto de estudio:

—Por supuesto, usted no lo acusa...

—¿De mantener una relación que me oculta? Ah, recuerde usted que hasta nueva prueba no acuso a nadie.

Después, antes de abrirle la puerta para que se retirara a sus habitaciones,

agregué:

—Solo tengo que esperar.

Capítulo nueve



Esperé, esperé, y los días se
llevaron algo de mi consterna-
ción. Bastaron en verdad muy pocos
días —que transcurrieron sin ningún inci-
dente y durante los cuales vigilé de manera cons-
tante a mis discípulos— para pasar sobre mis crueles
imaginaciones, y hasta sobre mis odiosos recuerdos, una espe-
cie de esponja. He hablado de mi abandono a su extraordinaria gracia

infantil como de un sentimiento que yo era capaz de estimular ¡y puede suponerse si desdeñé acudir a esta fuente en busca de consuelo! Muy extraños eran mis esfuerzos para luchar contra las nuevas luces que se hacían en mí; no obstante, la tensión habría sido más violenta si el éxito no la hubiera coronado a menudo. A veces llegué a preguntarme cómo los niños no adivinaban la extraña conducta que les atribuía, y la circunstancia de que tal conducta los hiciera más interesantes aún no era una ayuda directa para mantenerlos en la ignorancia. Temblaba por temor a que descubriesen cuánto más interesantes eran. Había momentos en que los estrechaba contra mi corazón, llevada por un impulso irresistible, e inmediatamente me decía: «¿Qué pensarán de ese ademán? ¿No me traiciona demasiado?». Hubiera sido fácil caer en tristes y enloquecidas suposiciones sobre lo mucho que podía traicionarme mi actitud, pero el verdadero quid —yo lo sentía— de las horas de paz que aún podía gozar estaba en que el inmediato encanto de los niños continuaba seduciéndome aun bajo la sospecha de que fuera fingido. Pues si a veces pensaba que yo podía ocasionalmente excitar su desconfianza con los breves estallidos de mi aguda pasión, otras veces me recuerdo pensando si no había algo singular en el aumento innegable de sus propias efusiones.

Durante ese período me demostraban una ternura absurda, extravagante: graciosa réplica —me decía— de dos niños perpetuamente admirados y adorados. Este homenaje del cual eran tan pródigos tuvo tan excelente efecto sobre mis nervios que nunca, por así decirlo, me detuve a buscar en él una segunda intención. Nunca, es verdad, hicieron tantas cosas por su infeliz protectora. Quiero decir —fuera de estudiar cada vez mejor sus lecciones: lo que más podía agradarla, naturalmente— en el sentido de distraerla, divertirla, sorprenderla, leyéndole páginas y páginas, contándole historias, proponiéndole charadas, saltando sobre ella disfrazados de animales o personajes históricos, y, sobre todo, dejándola atónita por los «pasajes» que habían aprendido de memoria y en secreto y que podían recitar interminablemente. Nunca llegaré —aunque me deje arrebatado por mis recuerdos— a reproducir el íntimo y prodigioso comentario con que yo acompañaba, hasta hacerlas desbordar, las horas ya tan plenas de nuestra vida en común. Desde el principio habían demostrado una facilidad para todo, una disposición general que daba frutos notables a cada nuevo impulso. Hacían sus

pequeños deberes como si los amaran y se permitían, por el mero placer de ejercitar sus dotes, pequeños milagros de memoria que yo no les había impuesto. No solo tigres y romanos surgían ante mí, sino personajes de Shakespeare, astrónomos, navegantes. El caso era tan singular que motivó en gran parte, sin duda, un estado de ánimo que todavía ahora no puedo explicar de otra manera: aludo a mi anormal despreocupación respecto al futuro colegio de Miles. Recuerdo que por el momento me contenté en dejar a un lado ese asunto, y a ello debió de contribuir la impresión que me daban sus muestras perpetuas y asombrosas de inteligencia. Era demasiado inteligente para que pudiese perjudicarlo una mediocre institutriz, la modesta hija de un pastor, y el más extraño, si no el más brillante, de los hilos de la tapicería mental a que me refiero era la impresión que habría tenido, si hubiera osado recapacitar en ello, de que Miles estaba bajo alguna influencia que operaba como un tremendo estimulante de su joven vida intelectual.

Con todo, si era fácil admitir que un niño como ese podía demorar impunemente su regreso al colegio, era evidente, asimismo, que «echar» del colegio a un niño como ese constituía un misterio insondable. Agrego que yo, en su compañía —y tenía el cuidado de no dejarlo nunca solo—, no podía seguir ninguna pista por mucho tiempo. Vivíamos en un torbellino de música y ternura y éxitos y representaciones teatrales. Era notable la musicalidad de ambos niños, pero el mayor, sobre todo, tenía el don maravilloso de recordar y repetir lo que había escuchado. El piano de la sala de estudio irrumpía en fantásticas rapsodias y, cuando cesaba la música, se confabulaban en los rincones y uno de ellos desaparecía de la sala, en el colmo de la animación, para hacer una «entrada» representando algo nuevo. Yo había tenido hermanos y no me asombraba que las niñas fueran esclavas idólatras de los varones. Lo que estaba más allá de todo lo imaginable era que un niño demostrara tan fina consideración por una edad, un sexo y una inteligencia inferiores. Estaban extraordinariamente unidos, y decir que jamás se discutían ni se quejaban el uno del otro es hacer una bien grosera alabanza de su dulzura. A veces, sin embargo, cuando me dejaba arrastrar a cierta vulgar suspicacia, creía descubrir entre ellos pequeños entendimientos después de los cuales uno me tenía ocupada mientras el otro conseguía escaparse. Hay un lado *naïf*, supongo, en toda relación diplomática; pero si mis discípulos se permitían

jugar conmigo era, seguramente, con el mínimo de violencia. Por otro lado, la violencia surgió, súbitamente, después de la calma.

Vacilo, realmente, en seguir adelante, pero necesito sumergirme en el horror. Al continuar el relato de lo que en Bly era odioso, no solo pongo a prueba la más generosa de las confianzas —eso poco importa—, sino que también —y esta es otra cuestión— revivo mi antiguo sufrimiento, emprendo de nuevo mi angustiosa ruta hasta su término. Bruscamente llegó una hora después de la cual, al volver la cabeza, la historia entera me parece no ser sino sufrimiento, pero al fin he alcanzado el fondo del asunto, y continuar avanzando es, sin duda alguna, el camino más corto para dejarla atrás. Una noche —sin que nada me condujera o preparara a ello— sentí pasar por mi rostro el frío aliento de la impresión que tuve la noche de mi llegada y que —mucho más leve entonces, como dije— no me habría dejado ningún recuerdo si hubiera sido menos agitada mi subsecuente estancia. No me había acostado aún y estaba sentada, leyendo a la luz de dos candeleros. En Bly había un cuarto lleno de viejos libros; entre ellos, algunas novelas del siglo XVIII, harto célebres para que fuese imposible poner en duda su mala reputación, pero no lo bastante para impedir que algún ejemplar desaparejo hubiese alcanzado mi lejano retiro, suscitando la inconfesada curiosidad de mi juventud. El libro que tenía entre manos era *Amelia*, de Fielding, y yo estaba —recuerdo— completamente despierta. Recuerdo, además, haber tenido la vaga noción de que era horriblemente tarde y al mismo tiempo haberme resistido a mirar el reloj. Evoco, finalmente, las blancas cortinas que envolvían, a la moda de entonces, la cabecera del pequeño lecho de Flora, destinadas a proteger —como ya había podido cerciorarme— la perfecta tranquilidad de su sueño infantil. En suma, recuerdo que, pese a encontrarme profundamente interesada en mi novela, me sorprendí en un momento dado, al dar vuelta a una página y habiendo perdido el hilo de la historia, levantando los ojos del libro y fijándolos intensamente en la puerta del dormitorio. Escuché un momento con la débil sensación que tuve, la primera noche, de que había algo indefinidamente activo en la casa, percibiendo, a través de la ventana abierta, la suave brisa que agitaba el cortinaje a medio correr. Después, dando muestras de una fría deliberación que habría parecido magnífica si alguien hubiese podido admirarla, dejé el libro, me levanté, tomé una de las velas, salí

resueltamente del dormitorio y desde el pasillo, apenas iluminado por mi vela, cerré con llave, muy despacio, la puerta tras de mí.

Ahora no puedo decir a qué móvil obedecía ni cuál era el objeto que pretendía alcanzar, pero avancé resueltamente por el corredor, con la vela en alto, hasta llegar a la gran ventana que presidía la imponente curva de la escalera. Entonces, de improviso, percibí tres circunstancias. Fueron prácticamente simultáneas, aunque sus destellos se sucedieran. A consecuencia de un brusco movimiento, la vela se apagó, y advertí, por la ventana desprovista de visillos, que la grisácea claridad del día naciente la había hecho innecesaria. Sin ella, un instante después, pude ver una forma humana en la escalera. Hablo de instantes sucesivos, pero no fue menester un lapso de segundos para que yo me irguiera, dispuesta a un tercer encuentro con Quint. La aparición había alcanzado el rellano que dividía en dos la escalera, y estaba, por lo tanto, en el lugar más próximo a la ventana, cuando al verme se detuvo y me observó exactamente como me había observado desde la torre y desde el jardín. Me conocía tan bien como yo lo conocía. Y allí, en el frío y desfalleciente crepúsculo matinal, entre dos resplandores, el alto resplandor de la ventana y el reflejado más abajo, sobre el suelo de la lustrosa escalera de roble, nos encaramos con mutua intensidad. En esta ocasión era, por completo, una viva, detestable, peligrosa presencia. Pero no era ese el asombro de los asombros; este rango eminente lo reservo a una muy otra circunstancia: la circunstancia de que el espanto me había abandonado y de que nada había en mí que no afrontara y midiera al enemigo.



Muchas angustias he padecido después de ese momento extraordinario, pero —¡gracias a Dios!— nunca más tuve miedo. Y él lo supo. Al cabo de un instante poseí la magnífica certidumbre de mi falta de terror. Comprendí con impetuosa e indestructible confianza que si pudiese mantenerme un minuto en mi sitio Quint cesaría de infundirme espanto, por un tiempo: y, de hecho, durante ese minuto nuestro encuentro fue tan humano y odioso como un encuentro real; odioso, justamente, porque era humano, tan humano como encontrarse a solas, a esa hora del amanecer, en una casa dormida, con un enemigo, o un aventurero, o un malhechor. El mortal silencio de nuestra prolongada y cercana contemplación daba al horror entero, monstruoso como era, su única nota sobrenatural. Si hubiese encontrado a un asesino en semejante sitio y a semejante hora, habría hablado con él, al menos. En la vida, algo habría sucedido entre nosotros. Si nada hubiese sucedido, alguno de nosotros habría hecho un movimiento. El instante se prolongó hasta tal punto que poco faltó para que yo empezara a dudar si estaba viva. Solo puedo expresar lo que siguió, diciendo que el silencio mismo —que atestiguaba en cierta forma mi energía— se convirtió en el elemento dentro del cual vi a la figura desaparecer; allí la vi definitivamente volverse, como hubiera visto al miserable, a quien había pertenecido, volverse al recibir una orden, y después —con mis ojos fijos en la villana espalda, que ninguna giba hubiese podido desfigurar más aún— lo vi descender los peldaños y hundirse en la sombra en que se perdía la curva de la escalera.

Capítulo diez



Permanecí algún tiempo en lo alto de la escalera y, poco a poco, empecé a comprender que mi visitante había desaparecido definitivamente. Después volví a mi dormitorio. Lo primero que vieron mis ojos, a la luz de la vela que continuaba ardiendo, fue que el pequeño lecho de Flora estaba vacío. Entonces perdí la respiración con todo el espanto que había logrado contener

cinco minutos antes. Me abalancé sobre el lecho, en torno del cual habían corrido engañadoramente las cortinas blancas —el pequeño cubrepiés de seda y las sábanas estaban en desorden—; luego, mis pasos —¡qué inexplicable alivio!— produjeron un rumor de respuesta: se agitaba el cortinaje de la ventana, y la niña, asomándose por debajo, emergió del otro lado, con mucho candor y poca ropa, los rosados pies desnudos y el áureo brillo de sus rizos, y se detuvo un instante a mirarme. Parecía intensamente grave y nunca he sentido la impresión de haber perdido una ventaja recién adquirida (cuyo estremecimiento había sido tan prodigioso) como al comprender que me hacía un reproche: «Mala: ¿*dónde* ha estado usted?». En vez de censurar su indisciplina, me encontré en el banquillo de los acusados, dando explicaciones. Ella, por su parte, explicaba el hecho con la más deliciosa y ardiente simplicidad. Había advertido mi ausencia, mientras estaba acostada; por eso salió a la terraza. Yo, con el goce de verla reaparecer, me dejé caer en una silla, sintiéndome entonces —solo entonces— un poco desvanecida, y ella corrió hacia mí y me saltó a las rodillas, entregando al resplandor de la vela su maravillosa carita todavía abotargada por el sueño. Me veo cerrando los ojos dócilmente, intencionadamente, para no afrontar la excesiva belleza que irradiaban sus pupilas azules.

—¿Tratabas de verme por la ventana? ¿Pensabas que había salido al jardín?

—Pensé que había alguien —me contestó sonriendo, sin vacilar. ¡Oh, cómo la miré entonces!

—¿Y viste a alguien?

—*¡No!* —respondió casi ofendida, con el privilegio de la inconsecuencia infantil, si bien a la ligera acentuación de su «no» se mezclaba una prolongada dulzura.

En ese momento, a pesar de mis nervios, tuve la certeza de que mentía, pero cerré los ojos una vez más, turbada ante las dos o tres posibles contestaciones que podía elegir. Una de ellas me tentó con tan singular intensidad durante un instante que, para resistirla, debí de abrazar demasiado estrechamente a la niña, quien soportó esta furiosa presión de mis nervios sin un grito ni una señal de susto. ¿Por qué no explicarme de una vez con ella?, pensé. ¿Decirle la verdad en plena cara, en esa carita adorable y luminosa?

Esta inspiración, ¡ay!, se desvaneció inmediatamente: si hubiera sucumbido en el momento a ella, tal vez me habría ahorrado a mí misma... bueno, ya sabrán ustedes qué. En vez de sucumbir me puse en pie, miré hacia el lecho y adopté un inútil justo medio:

—¿Por qué corraste las cortinas para hacerme creer que aún estabas acostada?

Flora reflexionó luminosamente; después, con su divina y suave sonrisa dijo:

—¡Porque no me gusta asustarla!

—Pero si yo hubiera salido, como pensaste...

No se dejó turbar en modo alguno y volvió los ojos hacia la llama de la vela como si la cuestión no viniera al caso o fuera, a lo menos, tan impersonal como Mrs. Marcet o cuánto son nueve por diez. Respondió con todo buen sentido:

—¡Oh, pero usted sabe que podía volver, querida, y es lo que usted *ha hecho!*

Y poco después, cuando se hubo acostado nuevamente, tuve que sentarme largo rato junto a ella, tomándole la mano, para de este modo probarle la utilidad de mi vuelta.

Podrán ustedes imaginar, después de esa noche, lo que fueron todas mis noches. Me sucedía con frecuencia permanecer levantada hasta Dios sabe qué horas: elegía los momentos en que mi compañera de cuarto dormía inequívocamente para deslizarme fuera y recorrer muy despacio el corredor. Hasta llegaba al sitio en que encontré a Quint la última vez. Pero nunca lo encontré de nuevo allí y desde ya puedo decir que en ninguna ocasión lo vi dentro de la casa. Estuve a punto, sin embargo, de tener en la escalera una aventura diferente. Una vez, mirando hacia abajo desde lo alto, advertí la presencia de una mujer, que me daba la espalda, sentada en el último peldaño; estaba en una actitud dolorosa, con el cuerpo encorvado y la cabeza entre las manos. Apenas permanecí un momento, cuando la mujer desapareció sin volverse hacia mí. No obstante, yo sabía exactamente qué rostro atroz hubiese podido enseñarme, y me preguntaba si de haber estado yo debajo de la escalera, en lugar de arriba, hubiese salido a su encuentro con el mismo arrojo con que salí al encuentro de Quint. Ah, no faltaban ocasiones para demostrar

arrojo. La undécima noche después de mi aventura con ese caballero —ahora contaba las noches— tuve un sobresalto que puso a prueba peligrosamente mis nervios y que además, por su particular calidad de inesperado, provocó en mí el impacto más violento que había sentido hasta entonces. Fue, precisamente, la primera noche de ese período durante el cual, cansada de mis repetidas vigili­as, creí posible acostarme a mi antigua hora sin ser tachada de negligente. Me dormí alrededor de la una, como supe más tarde, pero fue para despertar súbitamente e incorporarme, en la cama, tan erguida como si alguien me hubiese sacudido. La vela que había dejado encendida estaba ahora apagada; durante un momento tuve la certeza de que Flora la había apagado. Salté de la cama, y caminando, en la oscuridad, me dirigí a la suya, que encontré vacía. Una mirada hacia la ventana me explicó más aún y el fósforo que encendí completó la escena.

La niña se había levantado de nuevo, esta vez apagando la vela, y de nuevo, con el propósito de mirar algo o de responder a alguien, estaba acurrucada detrás del cortinaje y espiaba en la noche. Que ahora viera —como no vio la vez anterior, de eso estaba segura— lo probaba el que no la perturbase la luz que yo había encendido ni el ruido que hice para entrar en mis pantuflas y ponerme una bata. Escondida, protegida, absorta, se apoyaba en el alféizar de la ventana, que se abría hacia fuera, librándose por entero a su contemplación. Una gran luna apacible venía en su ayuda, y esto influyó en el rápido partido que tomé. Mi discípula estaba frente a frente con la aparición que habíamos encontrado en el lago, sin poder comunicarse con ella, como tampoco pudo hacerlo entonces. Yo necesitaba atravesar el corredor, sin que la niña oyera mis pasos, y llegar a otra ventana paralela a la suya. Abrí muy despacio la puerta, la cerré tras de mí y me detuve un instante en acecho de algún ruido que proviniera del dormitorio. Mientras estaba en el corredor, fijé los ojos en la puerta de su hermano, a diez pasos de la suya, y que, indescriptiblemente, renovó en mi ánimo ese extraño impulso que he llamado mi tentación. ¿Qué sucedería si entrase directamente al cuarto de Miles y me asomase a *su* ventana? ¿Qué, si arriesgándome a desvelar el motivo de mi conducta ante su asombro infantil, lanzara en torno al resto del misterio el largo lazo de mi audacia?

Este pensamiento se apoderó de mí hasta el extremo de hacerme llegar al

umbral de su cuarto y detenerme. Escuché, con el oído anormalmente en acecho. Me figuraba las cosas más prodigiosas. Me preguntaba si su cama también estaría vacía, si él, secretamente, también estaría en acecho. Fue un profundo, silencioso minuto, al cabo del cual desistí de mi tentación. Miles no hacía ningún ruido, quizá fuera inocente; el riesgo era odioso; me volví. En el jardín, sin duda, había una presencia, una presencia que rondaba en busca de una mirada, un visitante al cual Flora respondía. Pero ese visitante no concernía al niño. De nuevo vacilé, mas por otras razones, y solo por pocos minutos. Después tomé una decisión. En Bly había cuartos vacíos, y solo se trataba de buscar el adecuado. Súbitamente comprendí que el más adecuado era un dormitorio de la planta baja —aunque muy por encima del jardín— situado en el ángulo de la casa que llamábamos la vieja torre. Era una habitación amplia, cuadrada, arreglada con alguna pompa para dormitorio, pero tan incómoda, por su extravagante tamaño, que no había sido ocupada desde hacía mucho tiempo, pese a lo cual la señora Grose la mantenía en un orden ejemplar. Yo la había admirado con frecuencia y conocía su disposición. Luego de vencer el primer estremecimiento que me produjo la fría lóbreguez de su abandono, atravesé el cuarto y abrí lo más silenciosamente que pude uno de los postigos. Después levanté la cortina y pude ver, aplicando mi rostro al vidrio, que había elegido el sitio adecuado, pues la oscuridad de fuera era mucho menos profunda que la de dentro. Luego vi algo más. La luna, que aclaraba extraordinariamente la noche, me mostró que en el jardín había una persona empequeñecida por la distancia, inmóvil y como fascinada, mirando hacia el sitio en que yo había aparecido, es decir, mirando no tanto a ese sitio como a algo que estaba evidentemente por encima de mí. Había, sin duda, otra persona más arriba, había otra persona en la torre. Pero la silueta del jardín no era en modo alguno quien yo sospechaba y a cuyo encuentro iba a salir con tal certidumbre. La silueta del jardín —me sentí desmayar al comprobarlo— era el pequeño e infortunado Miles.



Capítulo once



No hablé con la señora Grose
hasta una hora avanzada del día
siguiente, pues el cuidado que yo pro-
digaba en no perder de vista a mis discípu-
los dificultaba nuestras entrevistas privadas, tan-
to más cuanto que ambas sentíamos la necesidad de no
provocar —ni en los sirvientes ni en los niños— la menor sos-
pecha de una secreta agitación o de la indagación de un misterio.

A este respecto, la suave apariencia de la señora Grose me daba una gran seguridad; nada había en su tranquilo rostro que revelara a los demás mis horribles confidencias. Me creía enteramente, de eso estaba yo segura; ignoro qué habría sido de mí si no me hubiera creído, pues yo sola no hubiera podido soportar semejante prueba. Pero ella era un magnífico monumento de esa gracia del cielo que es la falta de imaginación; como solo veía el encanto y la belleza de los niños, su felicidad y su inteligencia, no se comunicaba directamente con las fuentes de mi malestar. Si los niños hubiesen mostrado la más leve señal de abatimiento y marchitez, la señora Grose, indagando el motivo, se habría trastornado. Pero en el actual estado de las cosas, yo podía advertir —mientras ella los vigilaba con los brazos cruzados y el hábito de la serenidad resplandeciendo en toda su persona— que daba gracias al Señor de que, aun cuando los niños no estuvieran indemnes, los pedazos aún sirvieran. En la señora Grose la llama de la fantasía se transformaba en un apacible fuego hogareño, y yo empezaba a comprender cómo —a medida que el tiempo transcurría sin nuevos incidentes— aumentaba su convicción de que nuestros pupilos eran capaces de arreglárselas por sí solos, y que su mayor solicitud debía aplicarse al triste caso de la institutriz. Esto, en lo que a mí respecta, simplificaba grandemente las cosas. Podía comprometerme a suprimir de mi rostro toda señal de triste elocuencia, pero preocuparme del rostro de la señora Grose, dadas las condiciones de mi vida, hubiera significado un nuevo y abrumador esfuerzo.

A esa hora conversábamos en la terraza, donde ella había acudido cediendo a mis instancias y desde la cual, en la estación avanzada, el sol de la tarde era muy agradable. Allí nos sentamos, mientras los niños —a cierta distancia, pero al alcance de nuestra voz— jugaban de la manera más sumisa. Iban y venían lentamente por el césped. Miles, que había pasado un brazo alrededor de su hermana, como para sentirla junto a sí, leía en voz alta un libro de cuentos. La señora Grose los miraba con sincera placidez, pero al poco advertí en ella esa sofocada curiosidad intelectual con que se volvía intencionadamente hacia mí como si observase el revés de la tapicería. Yo había hecho de la señora Grose un receptáculo de cosas espeluznantes, pero su extraño reconocimiento de mi superioridad por mis méritos y mis funciones se revelaba en su paciencia ante mi dolor. Ofrecía su espíritu a mis confidencias

como si me alcanzara, deseando yo preparar un caldo de bruja para proponérselo con audacia, una grande e inmaculada sopera. Tal fue su actitud de la tarde, mientras yo le refería lo acontecido durante la noche anterior y llegaba a la respuesta que me dio Miles cuando bajé a buscarlo al jardín, luego de verlo desde la ventana, a esa hora verdaderamente insólita, casi en el mismo lugar en que paseaba frente a nosotras en compañía de su hermana. Había resuelto bajar a buscarlo ante la necesidad de escoger el medio menos ruidoso para no alarmar la casa entera. Di a entender a la señora Grose que no esperaba hacerla compartir —a despecho de su real simpatía— mi deslumbramiento ante la magnífica decisión con que el niño, después de que lo hice entrar en la casa, recogió mi por fin articulado desafío. No bien aparecí en la terraza, iluminada por la luna, salió directamente a mi encuentro. Yo lo tomé de la mano sin decir una palabra; en medio de la oscuridad subimos la escalera donde Quint lo había rondado famélicamente; después, atravesando el corredor donde yo había escuchado y temblado, llegamos a su dormitorio desierto.

En el trayecto no intercambiamos ni una sílaba y yo me preguntaba —¡oh, con qué devoradora curiosidad!— si buscaba en su pequeño cerebro alguna explicación plausible y no demasiado grotesca. Le costaría trabajo, ciertamente, justificar su conducta; entonces, al pensar en su real embarazo, sentí un curioso estremecimiento de triunfo. ¡Había caído en una buena celada, este pequeño ser inescrutable! Ya no podía representar el papel de la inocencia. Entonces, ¿cómo diablos saldría del paso? Y esta pregunta apasionada hacía vibrar en mi corazón otra pregunta igualmente muda y apasionada: ¿cómo diablos saldría *yo* misma del paso? Por fin, con todo el peligro que comportaba, mi voz haría escuchar su auténtica y horrible nota. Al entrar en su dormitorio, donde la ventana abierta a la luz de la luna aclaraba el ambiente sin que hubiera necesidad de encender un fósforo, recuerdo que me sentí desfallecer y me dejé caer sobre el borde de su cama intacta, abrumada por la idea de que Miles debía de saber, necesariamente, cómo vencerme. Ayudado por su viva inteligencia, podía hacer de mí lo que quisiera en tanto que yo continuara encarnando esa antigua tradición de los maestros culpables que fomentan las supersticiones y los temores infantiles. Sí, me tenía completamente en su poder, pues ¿quién habría de absolverme, quién me

salvaría de la horca si por la más leve alusión yo era la primera en introducir un elemento de tal modo equívoco en nuestras relaciones perfectamente normales? No, era inútil tratar que la señora Grose comprendiera —casi tan inútil como tratar de sugerirlo aquí— cómo despertó mi admiración en el breve y amargo duelo que sostuvimos en la oscuridad. Yo estuve, claro está, profundamente bondadosa y compasiva. Nunca, hasta entonces, apoyé mis manos en sus hombros con tanta ternura, mientras permanecía sentada en el borde de la cama. Pero no tenía otra alternativa que plantearle la cuestión; al menos, para salir del paso.

—Ahora debes decirme la verdad, toda la verdad. ¿Por qué estabas levantado? ¿Qué hacías en el jardín?

Aún veo su maravillosa sonrisa, el blanco de sus ojos admirables y el centelleo de sus dientecitos que brillaban en la penumbra.

—Si se lo digo, ¿me comprenderá usted?

El corazón me latió con más fuerza que nunca. ¿Llegaría a decirme la verdad? Me faltó la voz para mentir y solo tuve conciencia de haber replicado con una vaga, insistente, gesticulante inclinación de cabeza. Entre tanto, Miles era la dulzura misma y, mientras yo continuaba balanceando la cabeza, se parecía más que nunca a un pequeño príncipe de cuento de hadas. Su brillante serenidad me causó una especie de alivio. ¿Hubiera sido tan absoluta si estaba dispuesto realmente a confesarse?

—Y bien —dijo por fin—: para que usted hiciera exactamente lo que hizo.

—¿Hiciera qué?

—Creerme *malo*, para variar.

Nunca olvidaré la dulce alegría con que pronunció la palabra, ni cómo, para coronar su actitud, se inclinó hacia mí y me besó. Era el fin de todo. Le devolví el beso y, mientras lo estrechaba entre mis brazos, tuve que hacer un esfuerzo prodigioso para no llorar. Me había rendido cuentas de su conducta de la manera que menos me permitía continuar pidiéndoselas, y ya no hice otra cosa que confirmar mi aquiescencia a sus palabras cuando, al pasear los ojos por el cuarto, le pregunté:

—Entonces ¿no te habías desvestido?

Me atrevo a decir que resplandeció en la penumbra.

—De ningún modo. Me senté y leí.

—¿Y a qué hora bajaste al jardín?

—A medianoche. ¡Cuando soy malo, lo soy de veras!

—Ya veo, ya veo... Es encantador. Pero ¿cómo podías estar seguro de que yo lo sabría?

—¡Oh, arreglé las cosas con Flora!

Sus respuestas brotaban rápidamente:

—Ella debía levantarse y mirar por la ventana.

—Fue lo que hizo.

¡Y yo había caído en la trampa!

—Eso la intrigó a usted y, para ver lo que ella miraba, usted también miró. Usted vio.

—Mientras tú atrapabas la muerte en el aire frío de la noche.

Su proeza lo hacía florecer con tal orgullo, que se permitió asentir radiantemente:

—Y de otro modo, ¿cómo habría podido ser bastante malo?

Entonces nos besamos de nuevo y concluyó el incidente y nuestro diálogo, después de que yo hube admitido todas las reservas de bondad que había necesitado acumular para dedicarme esa broma.

Capítulo doce



La impresión que había recibido me pareció al día siguiente —lo repito— difícil de compartir con la señora Grose, pese a que yo la reforzara mencionando otra observación que Miles me hizo antes de separarnos: —Todo cabe en media docena de palabras —le dije—, media docena de palabras que planteaban la cuestión: «¡Piense usted en lo que *podría* hacer!». Me lo dijo para demostrarme

cuán bueno es. Sabe a fondo lo que *podría* hacer. De eso les ha dado una muestra en el colegio.

—¡Dios mío, cómo ha cambiado usted! —exclamó mi amiga.

—No he cambiado. Explico sencillamente las cosas. Los cuatro, puede estar segura, se reúnen a cada momento. Si usted, en cualquiera de estas últimas noches, hubiera estado con cualquiera de los niños, lo habría comprendido fácilmente. Mientras más he vigilado y aguardado, más he sentido que, a falta de otra prueba, el sistemático silencio de ambos es una prueba suficiente. Jamás han mencionado a sus antiguos amigos, así como Miles no se ha permitido aludir jamás a su expulsión del colegio. Oh, podemos sentarnos tranquilamente a contemplarlos, y ellos pueden hacernos creer a voluntad lo que les plazca, pero aun en el preciso instante en que fingen estar absortos en su cuento de hadas, se hunden en la visión de los muertos que reaparecen. Ahora Miles no lee un cuento a su hermana —agregué—; hablan de *ellos*, ¡hablan de horrores! Me cree usted loca, lo sé, y si no lo estoy es por un milagro. A usted, lo que yo he visto la habría enloquecido; a mí me ha vuelto más lúcida y me ha permitido comprender muchas otras cosas.

Mi lucidez debía de parecer atroz, pero las víctimas de mi lucidez —esas dos exquisitas criaturas que iban y venían frente a nosotras, dulcemente enlazadas— ofrecían un sólido apoyo a la incredulidad de mi amiga. Y sentí la fuerza de su incredulidad cuando ella, sin atizar el fuego de mi pasión, continuó acariciándolas con los ojos.

—¿Qué otras cosas ha comprendido usted?

—Pues bien..., todas esas cosas que me habían encantado, fascinado y, en el fondo, como ahora lo veo tan extrañamente, intrigado y perturbado. Su belleza sobrehumana, su mansedumbre absolutamente anormal. ¡Todo es un juego, un procedimiento y un fraude!

—¿Por parte de los pobres queridos...?

—¿Que son, apenas, unos niñitos adorables? ¡Sí, por insensato que parezca!

El hecho mismo de expresar esta opinión me ayudó a examinarla, a remontarme hasta su origen, a reconstruirla paso a paso.

—No son buenos: están ausentes, eso es todo. Es fácil vivir con ellos porque viven una vida propia, ajena a la nuestra. No son míos, no son suyos.

¡Son de él, de ella!

—¿De Quint y de esa mujer?

—De Quint y de esa mujer. Quieren llegar a ellos.

¡Ah, cómo los miró entonces la señora Grose!

—Pero ¿por qué? —balbució.

—Por el amor al mal que la pareja les ha inculcado en esos días atroces. Y continuar insuflando el mal en ellos, continuar la obra del demonio, los lleva a reaparecer.

—¡Dios nos asista! —dijo la señora Grose casi para sí misma, y esta familiar e involuntaria exclamación fue otra prueba de aquello que en los malos tiempos —¡porque hubo tiempos peores que este!— debió de haber ocurrido en la casa.

Nada justificaba mejor más aprensiones que su absoluto reconocimiento fundado en la experiencia de la profunda vileza que yo sospechaba en ese par de canallas. La obvia sumisión de su memoria le hizo exclamar momentos después:

—¡Eran bribones! Pero ¿qué pueden hacer ahora?

—¿Hacer? —repetí como un eco y en voz tan alta que Miles y Flora, que paseaban a lo lejos, se detuvieron un momento a mirarnos—. ¿No hacen bastante? —pregunté en tono más bajo mientras los niños, después de sonreírme y hacernos gestos ansiosos y tirarnos besos con la mano, continuaban su comedia. Esta comedia nos fascinó por un instante; luego proseguí—: ¡Pueden destruirlos!

La señora Grose se volvió hacia mí; su callada pregunta me indujo a ser más explícita:

—Aún no saben exactamente cómo, pero tratan de hacerlo con todas sus fuerzas. Hasta ahora solo se muestran detrás de una u otra cosa, y un poco lejos, en sitios extraños y lugares elevados, en lo alto de las torres, sobre los techos de las casas, asomados a las ventanas, del otro lado de los estanques. Pero existe por ambas partes el profundo designio de acortar la distancia y superar el obstáculo, y el éxito de los tentadores es cuestión de tiempo. Solo necesitan continuar con sus peligrosas sugerencias.



—¿Para que vayan los niños?

—¡Y perezcan en su intento!

La señora Grose se puso en pie muy despacio; yo agregué escrupulosamente:

—¡A menos, claro está, que nosotras podamos impedirlo!

Mientras yo continuaba sentada, ella trató de analizar la situación.

—Su tío debe impedirlo. Es necesario que los lleve consigo.

—¿Y quién lo persuadirá?

Parecía escrutar el horizonte, después, inclinando hacia mí un rostro ingenuo dijo:

—Usted, señorita.

—¿Escribiéndole que su casa está corrompida y sus sobrinos locos?

—¿Y si lo *están*, señorita?

—¿Y si lo estoy yo misma, quiere usted decir? Encantadoras noticias para que yo envíe, una institutriz cuyo primer compromiso fue no incomodarlo.

La señora Grose reflexionaba, siguiendo a los niños con los ojos.

—Sí, no le gustan las preocupaciones. Esa fue la principal razón...

—¿Por la cual esos perversos pudieron engañarlo durante tanto tiempo? Sin duda, aunque ha demostrado una atroz indiferencia. En todo caso, como yo no soy perversa, no lo engañaré.

Al cabo de un momento mi compañera volvió a sentarse y, por toda respuesta, me tomó del brazo.

—En todo caso, pídale que venga.

La miré estupefacta.

—¿Yo?

Tuve un miedo súbito de lo que ella podría hacer.

—¿Pedirle que venga? ¿A él?

—Debería estar aquí, debería ayudar.

Me puse en pie de un salto, y creo haberle mostrado un rostro más extraño que nunca.

—¿Me ve usted invitándole a que me haga una visita?

No, con los ojos fijos en mi rostro, ella no me veía, indudablemente. Y en cambio podía ver —como una mujer lee en otra— lo que veía yo misma: su

irrisión, su diversión, su desprecio por no haberme resignado a la soledad y por la absurda maquinaria que había montado con el objeto de atraer su atención sobre mis desdeñados encantos. La señora Grose no sabía —nadie lo sabía— hasta qué punto yo estaba orgullosa de haberlo servido y de haber observado fielmente los términos de nuestro compromiso. Pienso, sin embargo, que no dejó de tomar en cuenta la advertencia que le hice:

—Si usted pierde la cabeza al extremo de llamarlo en su ayuda...

Estaba realmente asustada. Balbució:

—¿Entonces, señorita?

—Los dejaré a los dos, inmediatamente. A él y a usted.

Capítulo trece



Estar con ellos era fácil, pero
hablar con ellos llegó a ser algo
superior a mis fuerzas. Entre nosotros
la situación no llevaba camino de mejorar,
sus dificultades –insuperables como al princi-
pio– parecían agravarse de día en día. Ese mes ofreció
para mí nuevos motivos de inquietud, nuevas notas singula-
res: la más singular estaba dada por la leve y consciente ironía de mis

discípulos. No era —mientras escribo estas páginas estoy tan segura de ello como entonces— el mero efecto de mi diabólica imaginación: los niños *conocían* el motivo de mis tribulaciones, lo cual contribuyó a crear, durante mucho tiempo, la extraña atmósfera en que vivíamos. No quiero decir que se hicieran guiños u otras vulgaridades: quiero decir, tan solo, que el elemento innominado e inabordable se agrandaba entre nosotros a expensas de todo el resto, y que para evitarlo con tanta felicidad nos era necesario un gran consentimiento tácito. Por momentos parecíamos a punto de tratar ciertos temas ante los cuales debíamos callar, volviendo bruscamente la espalda a callejones que percibíamos sin salida, cerrando, con un pequeño ruido que nos hacía mirarnos unos a otros —porque, como todos los ruidos, era más fuerte de lo que hubiéramos deseado—, las puertas que habíamos indiscretamente abierto. Todos los caminos conducen a Roma, y en ciertos momentos se hubiera dicho que no había materia de estudio o tema de conversación que no condujera al terreno vedado. El terreno vedado era el regreso de los muertos en general y en particular cualquier detalle que pudiese traer a la memoria de los niños el recuerdo de los amigos que habían perdido. Hubo días en que yo hubiera jurado que uno de ellos le decía al otro, tocándolo invisiblemente con el codo: «Esta vez piensa hacerlo, ¡pero *no lo hará!*!». Hacerlo hubiese significado, por ejemplo, permitirme una fugaz alusión a la dama que me precedió en el cargo de institutriz. Tenían un encantador e insaciable apetito por algunas anécdotas de mi vida que ya les había contado innumerables veces; estaban en posesión de todo aquello que me había sucedido; conocían, hasta en sus menores circunstancias, la historia de mis pequeñas aventuras, las de mis hermanos y hermanas, las del perro y el gato de mi casa, así como muchos pormenores del carácter excéntrico de mi padre, del moblaje y arreglo de nuestro hogar y de la conversación de las viejas de mi pueblo. En suma, había cosas de sobra para charlar, siempre que uno fuera rápido y supiera por instinto dónde convenía o no extenderse. Tenían un arte propio para tirar de los hilos de mi memoria o invención, y quizá —al recordar más tarde algunas conversaciones— nada me daba tanto como eso la sospecha de ser observada desde un sitio oculto. En todo caso, solamente nos sentíamos cómodos cuando se trataba de *mi* vida, de *mi* pasado, de *mis* amigos; estado de cosas que a veces los conducía a despertar gratuitamente, por mera sociabilidad, mis

pueriles recuerdos. Sin conexión visible me invitaban a repetir la célebre frase de Goody Gosling o a confirmar detalles ya suministrados sobre la inteligencia del poni del presbiterio.

En parte por estas circunstancias, en parte por otras muy diversas, mis tribulaciones —como las he llamado— se hacían más sensibles con el curso que iban tomando las cosas. Que los días transcurrieran sin aportarme un nuevo encuentro hubiera debido —me parece— apaciguar un poco mis nervios. Desde el leve sobresalto de la noche en que reconocí, estando yo en el rellano de la escalera, la presencia de una mujer sentada en el primer peldaño, nada había visto, dentro o fuera de la casa, que hubiera preferido no ver. Esperé en más de un rincón encontrarme con Quint, y pensé que muchas ocasiones —por parecerme, en cierto sentido, meramente siniestras— debían favorecer la aparición de la señorita Jessel. El verano había avanzado, el verano había pasado, cayó el otoño sobre Bly y apagó a medias la claridad de los días. El lugar, con su cielo gris y sus guirnaldas mustias, sus espacios desnudos y sus marchitas hojas dispersas, era como un teatro después de la función, con el suelo cubierto de programas ajados. Había condiciones exactas en la atmósfera, matices de sonido y de quietud, impresiones indecibles de la especie de aquellas que anuncian *el momento*, que me retrotraían a ese estado de médium durante el cual vi a Quint por primera vez, mientras yo paseaba por el jardín en una tarde de junio, y también a los instantes en que lo busqué vanamente, entre un círculo de arbustos, después de observarlo escudriñar por la ventana. Reconocía los signos, los presagios, reconocía el momento, el lugar. Pero unos y otros continuaban vacíos, inanimados, y yo continuaba indemne, si puede considerarse indemne una muchacha cuya sensibilidad ha sido aguzada del modo más extraordinario. Cuando conté a la señora Grose la horrible escena de Flora y la señorita Jessel junto al estanque, la dejé perpleja al decirle que, desde ese momento, lamentaría mucho más perder mi don que conservarlo. Hube de explicarle, entonces, la idea que vívidamente me dominaba: vieran o no los niños —puesto que aún no estaba probado que vieran—, prefería, para su salvaguardia, correr el riesgo yo sola. Estaba dispuesta a lo peor. Me estremecía de espanto al pensar que mis ojos pudieran cerrarse, mientras los de ellos permanecieran abiertos. Y bien: ahora mis ojos *estaban* cerrados, por lo cual parecía una blasfemia no dar gracias a Dios.

¡Ay, una dificultad se oponía a ello! Le hubiera expresado con todo el alma mi gratitud, de no tener la convicción —igual a mi gratitud— del secreto que guardaban mis discípulos.

¿Cómo describir, ahora, las extrañas etapas de mi obsesión? En ciertos momentos, cuando estábamos juntos, hubiera jurado que literalmente en mi presencia, pero sin que yo tuviera una visión directa, recibían a visitantes conocidos y bienvenidos. En esos momentos, de no contenerme el temor de que el remedio fuese peor que la dolencia que intentaba combatir, habría dado libre curso a mi exaltación: habría gritado: «¡Están aquí, están aquí, pequeños desdichados, y vosotros no podéis negarlo ahora!». Pero los pequeños desdichados continuaban negando con la doble fuerza de su diplomacia y de su ternura, en los abismos cristalinos desde los cuales —como el destello de un pez en el torrente— fulguraba irónicamente la ventaja que tenían sobre mí. En verdad, mi turbación fue más profunda de lo que creía la noche que descubrí, mientras buscaba bajo las estrellas a Peter Quint o a la señorita Jessel, al niño cuyo sueño estaba yo encargada de velar, y que inmediatamente había bajado —y detenido resueltamente en mi rostro— esa dulce mirada hacia lo alto con la cual jugaba, desde la torre situada sobre nosotros, la odiosa aparición de Quint. Si era cuestión de espanto, el descubrimiento que hice me espantó más que ningún otro; mis actuales inducciones provenían del terrible estado de mis nervios. Esas inducciones me abrumaban al extremo de que a veces tenía que encerrarme para ensayar en voz alta —era, al mismo tiempo, un alivio inexplicable y una desesperación renovada— la manera de tratar con ellos el asunto. Lo abordaba en una u otra forma, mientras caminaban nerviosamente por mi cuarto, pero siempre desfallecía al llegar a la monstruosa articulación de los nombres propios. En tanto que las sílabas morían sobre mis labios, me decía que tal vez los ayudase a representarse algo infame si yo, al pronunciar esos nombres odiosos, violaba el caso más raro de pequeña e instintiva delicadeza que probablemente había conocido hasta entonces un cuarto de estudio. Al decirme: «¡Ellos tienen el tacto de callarse, y tú, en quien confían, la bajeza de hablar!», me sentía enrojecer y me cubría la cara con las manos. Después de estas secretas escenas charlaba con mayor volubilidad que de costumbre, hasta que sobrevenía alguno de nuestros prodigiosos, palpables silencios —no puedo llamarlos de otro modo— y la extraña, vertiginosa

sensación (en vano busco los términos exactos) de irnos deslizando dentro de una quietud, de una suspensión absoluta de toda vida —pese al mayor o menor estruendo que estuviéramos haciendo en ese instante— y que yo podía percibir a través de cualquier estallido de júbilo o arrebatada tirada de versos o acorde ruidoso del piano. Allí estaban los otros, los intrusos. Aunque no fueran ángeles, «pasaban» —como se dice en francés— y, mientras duraba su presencia, me estremecía al pensar que quizá dirigieran a sus jóvenes víctimas algún mensaje aún más infernal o alguna imagen aún más vívida que los que habían juzgado suficientes para mí.

Lo más difícil de olvidar era la cruel idea de que, cualquier cosa que hubiera visto yo, Miles y Flora vieron más: terribles e impenetrables escenas que surgían de los atroces momentos de su antigua vida en común con ellos. Tales escenas dejaban naturalmente en la atmósfera, durante algunos instantes, corrientes heladas que nosotros, vociferando al unísono, negábamos sentir, y los tres, a medida que se fueron repitiendo, adquirimos una técnica tan perfecta que cada vez, para señalar el fin del incidente, ejecutábamos como autómatas los mismos movimientos. En todo caso, era asombroso que los niños acudieran inveteradamente a besarme con una especie de salvaje gratuidad y que en esos momentos uno u otro no dejara nunca de hacerme la preciosa pregunta que nos había ayudado a sortear más de un peligro: «¿Cuándo cree que *vendrá*? ¿No cree usted que *debemos* escribirle?». Para disipar cualquier situación embarazosa —la experiencia nos lo había enseñado— nada igual a esta pregunta. Su tácito sujeto era el tío de Harley Street, y vivíamos expresando profusamente la teoría de que podía llegar en cualquier momento a mezclarse a nuestro grupo. Imposible alentar menos esta hipótesis de lo que él había hecho hasta entonces, pero si no hubiéramos dispuesto de ella, como de un sostén, no habríamos podido representar ninguna de nuestras más astutas comedias. Su tutor no les escribía nunca, tal vez por egoísmo, pero eso formaba parte de la halagadora confianza que había depositado en mí, porque la manera que tiene un hombre de pagar su más alto tributo a una mujer puede o no ser otra cosa que el festivo cumplimiento de una de las leyes sagradas de su comodidad: por eso, cuando yo daba a entender a mis discípulos que sus cartas a Londres no eran sino encantadores ejercicios literarios, demasiado hermosos para ser enviados por correo,

estaba persuadida de continuar siendo fiel a mi promesa de no molestarlo. Guardaba las cartas; aún las conservo. Era una regla que hasta servía para aumentar el efecto satírico de haberme plegado a la suposición de que en cualquier momento podía reunirse con nosotros. Y era, al mismo tiempo, como si mis discípulos percibieran que nada me sería más embarazoso que semejante visita. Por lo demás, cuando pienso en esa época, encuentro pocas cosas tan extraordinarias como el simple hecho de que yo no hubiera perdido nunca la paciencia con ellos, a pesar de mis nervios tensos y de su triunfo. ¡Debieron de ser adorables —pienso ahora— para que en esos días no llegara a odiarlos! No obstante, si el alivio hubiera tardado mucho, ¿no me habría finalmente traicionado la exasperación? Poco importa, de todos modos, porque el alivio llegó. Lo llamo alivio, aunque solo fue el alivio que la ruptura aporta a una cuerda tirante o el trueno de la tormenta a un día bochornoso. Fue un cambio, al menos, y llegó como el rayo.

Capítulo catorce



Un domingo por la mañana nos dirigíamos a la iglesia. Miles caminaba a mi lado, su hermana y la señora Grose delante. Era un día claro, seco, el primero que tuvo esas características desde hacía algún tiempo. Había helado la noche anterior, y el aire otoñal, refulgente y vivo, tornaba casi alegres las campanadas de la iglesia. Por una extraña sucesión de ideas pensé que debía

sentirme gratamente conmovida ante la obediencia que me testimoniaban mis discípulos. ¿Por qué no se rebelaban nunca contra mi perpetua e inexorable compañía? Una cosa u otra me dio la sensación de que el niño estaba, por así decirlo, pegado a mis faldas, y que yo (por la manera disciplinada que tenían ambos de marchar junto a mí) parecía precaverme contra algún peligro de rebelión. Yo era como un carcelero que aguardaba posibles sorpresas y evasiones. Pero todo esto pertenecía —quiero decir: la magnífica condescendencia de los niños— a ese conjunto de hechos particularmente misteriosos que referí en el capítulo anterior. Miles, ataviado con su traje de los domingos —obra maestra del sastre de su tío, a quien dieron carta blanca, y que supo comprender hasta qué punto un elegante chaleco podía realzar la aristocrática apostura de su pequeño cliente—, llevaba impresos en toda su persona títulos tan inalienables a su independencia, a los derechos que exigían su sexo y su situación, que yo nada habría podido responder si en ese instante me hubiera reclamado bruscamente su libertad. Y —por la más extraña coincidencia— yo estaba en vía de preguntarme cómo podría resistirle cuando la ineluctable revolución se produjo. Digo «revolución» porque ahora veo cómo, junto con sus palabras, se corrieron las cortinas sobre el tercer acto de mi terrible drama. Desde ese preciso momento se precipitó la catástrofe.

—Oiga usted, querida —empezó con su habitual gentileza—, ¿cuándo volveré al colegio?

La frase, aquí transcrita, parece bastante inofensiva, tanto más cuanto que fue pronunciada con ese timbre dulce, alto, despreocupado, que usaba para ofrecer a todas las personas —y especialmente a su eterna institutriz— las modulaciones de su voz como si estuviera echando rosas. En las modulaciones de su voz siempre había algo que se debía de «captar» y yo debí de captarlo, ya que me detuve súbitamente como si uno de los árboles del parque se hubiera desplomado sobre el camino. Algo nuevo surgía entre nosotros, y él se daba perfecta cuenta de que yo lo comprendía, aunque —para obligarme a comprender— no fue preciso que perdiera ápice de su candor y encanto habituales. También sentí que por el solo hecho de no encontrar yo nada que replicarle inmediatamente, él percibía la ventaja ganada sobre mí. Estuve tan lenta en responder que Miles tuvo tiempo de sobra, después de un minuto de silencio, para continuar con su indecisa y sugestiva sonrisa.

—Usted sabe, querida, que para un muchacho... ¡estar siempre con una dama...!

Al conversar conmigo, «querida» no se apartaba de sus labios: nada mejor que la tierna familiaridad de ese término para expresar el matiz exacto del sentimiento que yo deseaba inspirar a mis discípulos. ¡Era tan libremente respetuoso!

Pero ¡cómo sentía que necesitaba escoger mis palabras! Para ganar tiempo recuerdo que traté de reír, y me pareció verme horrible y extraña en el hermoso rostro que me observaba.

—¿Y siempre con la misma dama? —dije.

No palideció ni pestañeó. Todo estaba perfectamente claro entre nosotros.

—Es una encantadora, una «perfecta» dama. Pero yo, después de todo, soy un muchacho, ¿no ve usted?, que... Bueno, un muchacho que está creciendo.

—Sí, estás creciendo...

Me sentí atrozmente desamparada. Hasta hoy conservo la cruel idea de que Miles advertía mi desamparo y jugaba con él.

—Y no podrá usted negar que me he conducido perfectamente.

Puse mi mano en su hombro. Comprendía que hubiera sido mucho mejor continuar caminando, pero aún no tenía fuerzas para ello.

—Sí, Miles. No puedo negarlo.

—Salvo esa única noche, que usted conoce...

—¿Esa única noche?

No podía afrontar las cosas con su tranquilidad.

—Cuando bajé al jardín.

—Es verdad, pero he olvidado por qué razón lo hiciste.

—¿Ha olvidado? —Hablaba con la dulce extravagancia de los reproches infantiles—. ¡Pero era para demostrarle que podía conducirme mal!

—¡Oh, sí! Podías.

—Y puedo hacerlo de nuevo.

Comprendí que tal vez lograra disimular mi turbación.

—Ciertamente. Pero no lo harás.

—No; no haré *eso* de nuevo. Eso no era nada.

—No era nada —repetí—. Pero debemos seguir caminando.

Miles pasó su mano por debajo de mi brazo.

—Entonces ¿cuándo volveré?

Para reflexionar en su pregunta adopté una expresión de gran responsabilidad.

—¿Eras muy feliz en el colegio?

Meditó un instante.

—Oh, soy bastante feliz en cualquier lado.

—Entonces —respondí con voz trémula—, si eras tan feliz como en Bly...

—Ah, pero eso no es todo... Usted sabe muchas cosas, sin duda...

—Pero ¿quieres decir que tú sabes casi tanto como yo? —aventuré mientras Miles se detenía.

—No sé la mitad de lo que quisiera —confesó honestamente—. Pero no es tanto eso como...

—¿Como?

—Y bien, quisiera ver más mundo.

—Comprendo, comprendo...

Habíamos llegado a la iglesia y muchas personas, entre ellas parte de la servidumbre de Bly, se agrupaban cerca de la puerta para vernos entrar. Apresuré el paso: quería entrar antes de que la cuestión que había surgido entre nosotros se aguzara. Reflexioné ansiosamente en que allí, durante más de una hora, tendría que callarme: anhelaba la relativa oscuridad de nuestro banco y el casi espiritual socorro que me aportaría el escabel sobre el cual iban a descansar mis rodillas. Me parecía disputar, literalmente, una desesperada carrera en que Miles estaba a punto de ganarme, y comprendí, en efecto, que él había llegado primero cuando exclamó, antes de que atravesáramos el cementerio que precedía la iglesia:

—¡Quiero estar con gente como yo!

Sus palabras me sobresaltaron.

—No hay muchos como tú —contesté riendo—. Salvo, quizá, la pequeña y adorable Flora.

—Realmente, ¿me compara usted con una nenita?

Me sentí desarmada.

—Entonces *¿no quieres* a nuestra pequeña Flora?

—Si no la quisiera... y a usted también.

—Si no las quisiera... —insistía como retrocediendo para dar un salto y,

no obstante, dejando su pensamiento tan inconcluso que después de pasar el pórtico se hizo inevitable otra detención que me impuso por una presión de su brazo.

La señora Grose y Flora habían entrado en la iglesia, y ahí estábamos nosotros, en el cementerio, entre las vetustas y toscas lápidas. Nos detuvimos en el camino que partía del pórtico, junto a una tumba baja y oblonga como una mesa.

—Y bien, ¿si no nos quisieras?

Él miraba las tumbas, mientras yo aguardaba su respuesta.

—¿Usted sabe!

Continué inmóvil hasta decirme algo que me hizo sentar bruscamente sobre la piedra, como si necesitara un súbito descanso.

—Mi tío ¿piensa lo mismo que *usted*?

Demoré ostensiblemente mis palabras:

—¿Cómo sabes lo que pienso?

—No lo sé, claro está, y me sorprende que usted nunca me lo diga. Pero ¿lo sabe *él*?

—¿Saber *qué*, Miles?

—Cómo andan mis cosas.

Rápidamente advertí que a esta pregunta no podía dar ninguna respuesta que de algún modo no implicara sacrificar a mi patrón. Sin embargo, me pareció que en Bly estábamos todos lo bastante sacrificados como para que ese pecado fuera apenas venial.

—No creo que a tu tío le preocupe mucho.

—¿Y no cree usted que se le podría inducir a preocuparse?

—¿Cómo?

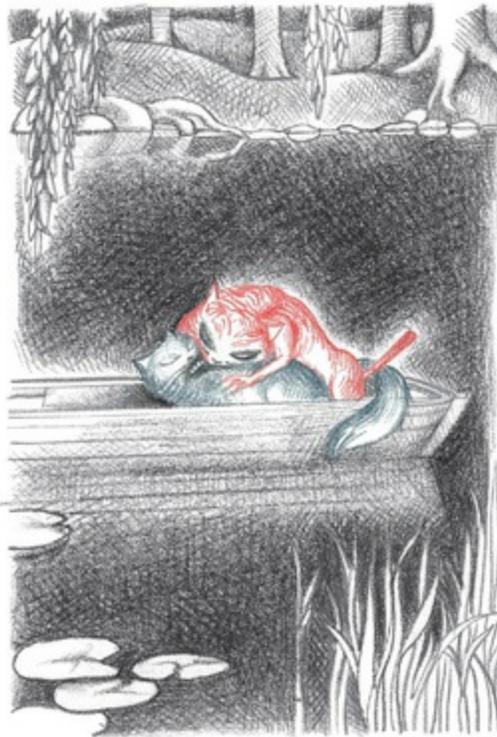
—Haciéndolo venir.

—Pero ¿quién lo haría venir?

—¡Yo! —exclamó categóricamente, con los ojos brillantes.

Me lanzó otra mirada cargada con la misma expresión, y después, adelantándose, entró solo en la iglesia.

Capítulo quince



La escena terminó en ese momento porque no me atreví a seguirlo. Era una deplorable concesión a mi nerviosismo, pero advertirlo no me ayudaba a recobrar la calma. Ahí quedé, sentada sobre la tumba, reflexionando en las palabras de mi amiguito y tratando de adivinar su completo significado. Cuando lo hube comprendido decidí marcharme, pretextando la confusión

que me causaba dar un ejemplo de tal retardo a mis discípulos y a los demás congregantes. Me decía una y otra vez que Miles había logrado arrancarme una ventaja, y la prueba de ello estaba, desde su punto de vista, en mi torpe postración. Había logrado descubrir que algo me infundía miedo; probablemente, exploraría mi temor para obtener una mayor libertad. Mi temor consistía en verme obligada a discutir un asunto intolerable: su expulsión del colegio, tras de la cual se ocultaban tantas cosas horribles. Estrictamente hablando, yo hubiese debido anhelar que su tío aclarara conmigo el asunto, pero me faltaba coraje para afrontar la fealdad y la tristeza del hecho; por eso había preferido eludir toda explicación y continuar viviendo sin preocuparme del futuro. El niño, con gran pesar de mi parte, estaba perfectamente en lo justo; estaba en condiciones de decirme: «O bien aclara usted con mi tutor esta misteriosa interrupción de mis estudios, o bien deja de esperar que yo lleve junto a usted una vida tan poco natural en un niño». Lo poco natural en un niño era tener conciencia de la gravedad de su caso y, al mismo tiempo, un plan para resolverlo.

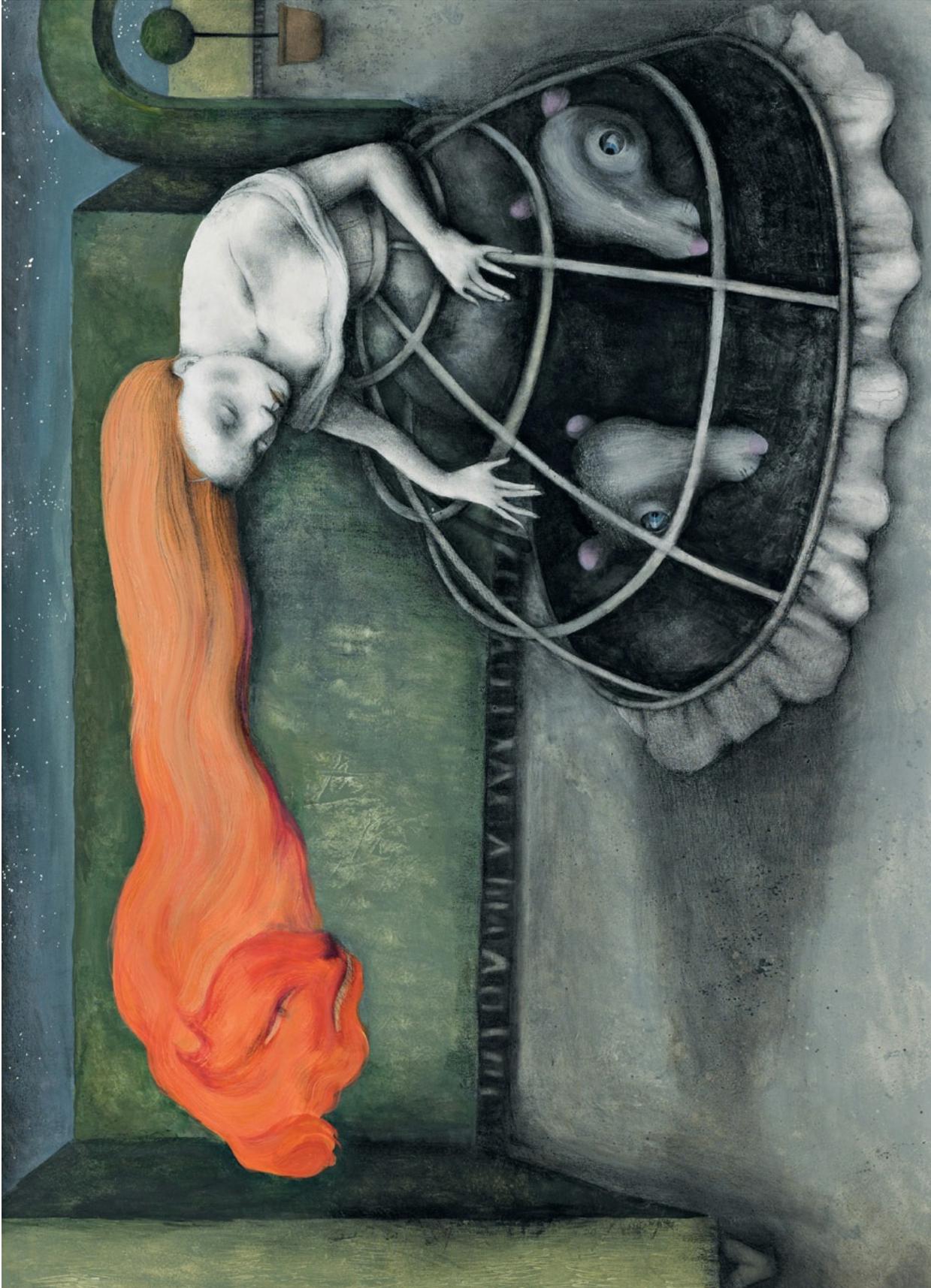
Eso me trastornó, impidiéndome seguirlo. Vacilante, llena de inquietudes, di una vuelta alrededor de la iglesia. Había cometido una falta irreparable, y ocupar un sitio a su lado, en el banco de la iglesia, era un esfuerzo demasiado penoso. ¡Con qué seguridad habría deslizado su brazo bajo el mío, obligándome a permanecer sentada durante una hora en estrecho y silencioso contacto con sus triunfantes deducciones sobre nuestra conversación! Cuando me detuve junto a la gran ventana lateral y escuché los himnos religiosos que salían del interior del templo, se apoderó de mi ánimo un impulso que al menor estímulo lograría dominarme por completo: terminar de una vez por todas con la causa de mi sufrimiento. Había llegado la oportunidad. Podía volver rápidamente a la casa —vacía, por así decirlo, gracias a la presencia en la iglesia de casi toda la servidumbre— para hacer mis preparativos de viaje. Nadie, en suma, tenía derecho a culparme si desertaba de Bly perseguida por la desesperación. ¿Para qué separarme de los niños en ese momento si había de encontrarlos nuevamente a la hora de comer? Mis discípulos —tenía de su actitud, por anticipado, una aguda percepción— representarían entonces la comedia de su inocente asombro. Me parecía oírlos: «¿Qué ha hecho usted hasta ahora? ¿Por qué ha sido tan mala con

nosotros? ¿Nos abandonó en la puerta de la iglesia para preocuparnos e impedir que rezáramos tranquilos?». No podía soportar esas preguntas; no podía soportar los falsos ojos adorables de los niños que las formulaban. Por eso, a medida que la futura imagen se iba diseñando netamente en mi espíritu, cedí por fin a la idea de irme.

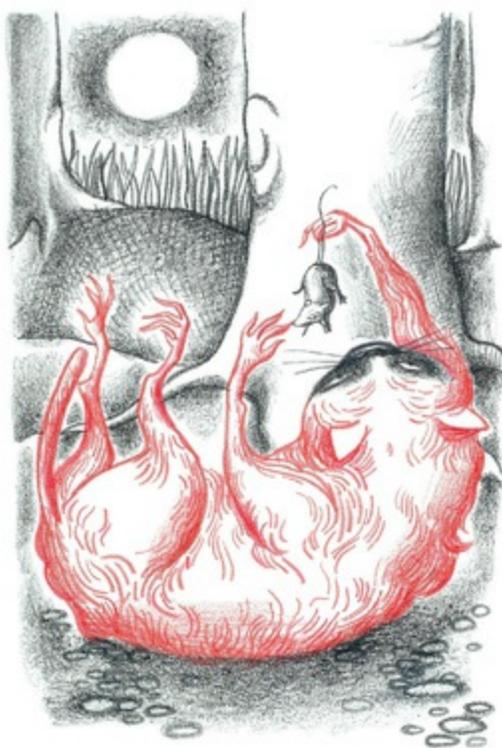
De irme, por el momento. Reflexionaba profundamente mientras cruzaba el cementerio y tomaba de vuelta el mismo camino a través del parque. Al llegar a la casa, creí estar completamente decidida. La dominical quietud que reinaba fuera y dentro de ella, y el no haber encontrado a nadie en mi camino, parecía tentarme como ofreciéndome una magnífica oportunidad. Podía desaparecer sin una escena, sin una palabra. Necesitaba, eso sí, desplegar una rapidez extraordinaria, y el problema del vehículo era el más difícil de resolver. En el vestíbulo, atormentada por las dificultades y los obstáculos, me dejé caer sobre el primer peldaño de la escalera, y entonces, reaccionando súbitamente, recordé que un mes antes en la oscuridad de la noche, e igualmente doblegada por el peso de malignos presentimientos, había visto —en ese mismo sitio— el espectro de la mujer más horrible del mundo. Me incorporé, subí al primer piso y me dirigí tristemente al cuarto de estudio con el propósito de recoger algunos objetos que me pertenecían. Pero abrí la puerta para que otra vez, súbitamente, la venda cayera de mis ojos. Lo que vieron me hizo tambalear y aferrarme, vacilando, a la resistencia.

Sentada a mi propia mesa, en la clara luz del mediodía, había una persona que yo —sin mi experiencia anterior— hubiera tomado en el primer momento por una doncella a quien hubiesen confiado la tarea de vigilar la casa, y que aprovechando de la inusitada soledad, y de las plumas, la tinta y el papel de mi escritorio, se aplicara al esfuerzo considerable de escribir una carta a su enamorado. Denotaba esfuerzo la postura de sus manos que con evidente cansancio soportaban su cabeza inclinada, en tanto que sus brazos se apoyaban en la mesa. Sin embargo, mientras hacía esta observación, advertí que su actitud persistía extrañamente a despecho de mi entrada. Después cambió de actitud, y en ese instante, surgiendo del movimiento mismo, su identidad pareció brotar como una llama. No se levantó como si oyera mis pasos, sino con una grande e indescriptible melancolía, llena de indiferencia y desapego. Entonces, a pocos metros de distancia, pude contemplar a mi vil antecesora.

Ahí estaba, frente a mí, deshonrada, trágica. Sin embargo, aunque clavé en ella los ojos para retener su imagen en la memoria, la horrible aparición se desvaneció. Sombría como la noche, con su vestido negro, su belleza hosca, su dolor indecible, me había mirado lo bastante para darme a entender que su derecho de sentarse a mi mesa era tan válido como el mío de sentarme a la suya. Durante esos instantes me estremecí de angustia, súbitamente invadida por el sentimiento de que yo era la intrusa en la casa. Como una salvaje protesta ante su aserto, lanzada directamente contra ella, me sorprendí gritando: «¡Ah, terrible, miserable mujer!», y el estallido de mi voz, por la puerta abierta, resonó en el largo corredor y en la casa vacía. Me miró como si oyera, pero yo había recobrado el dominio de mí misma, y a nuestro alrededor se había purificado la atmósfera. Nada subsistía en el aposento un minuto después, salvo los rayos del sol y la certeza de que yo debía quedarme.



Capítulo dieciséis



Descontaba que mis discípulos señalarían su regreso pidiéndome explicaciones: por eso sentí una nueva turbación ante el mutismo que demostraron con respecto a mi ausencia. En vez de halagarme y acusarme alegremente, no aludieron para nada a mi deserción, y yo, por el momento, no hice otra cosa que analizar el singular rostro de la señora Grose, advirtiéndole que

tampoco ella decía una palabra. Este análisis me persuadió de que, en una forma u otra, habían sobornado su silencio; silencio que sin embargo me comprometí a romper en la primera oportunidad que se nos presentara de hablar a solas. La oportunidad llegó antes del té: estuve cinco minutos con ella a la hora del crepúsculo, en la cómoda habitación reservada al ama de llaves, en medio del olor a pan recién horneado, donde la encontré, melancólica y apacible, sentada junto a la chimenea. Es así como aún la veo, es así como mejor la veo: erguida en su silla, mirando la llama, en la penumbra resplandeciente de su cuarto —gruesa y nítida imagen de cosas puestas en orden, de armarios cerrados con llave, de reposo ineluctable y obligatorio.

—Sí. Me pidieron que no dijera nada y para complacerlos, mientras estuvieran delante, claro está, lo prometí. Pero ¿qué le sucedió a usted?

—Solo podía acompañarlos en la caminata. Tenía que volver a encontrarme con una amiga.

Se sorprendió.

—¿Con una amiga... de *usted*?

—Sí; tengo una pareja de amigos. —Me eché a reír—. Pero ¿le dieron los niños alguna razón?

—¿Para que no aludiera a su escapada? Sí, dijeron que usted lo prefería. ¿Lo *prefería* usted?

La expresión de mi rostro la desconsoló.

—¡No, lo lamento mucho! —Después de un instante agregué—: ¿Dijeron por qué lo prefería?

—No; el señorito Miles dijo únicamente: «Solo debemos hacer lo que a ella le gusta».

—¡Mucho desearía que pusiera en práctica ese propósito! Y ¿qué dijo Flora?

—La niña Flora es un ángel. Dijo: «Por supuesto, por supuesto», y yo dije lo mismo.

Pensé un momento.

—Usted también es un ángel. Me parece oír a los tres. De cualquier manera, todo se ha puesto en claro entre Miles y yo.

Mi compañera abrió tamaños ojos.

—¿Todo? ¿Pero qué, señorita?

—Todo. Pero poco importa. He determinado lo que debo hacer. Volví a casa, querida, para conversar con la señorita Jessel.

Había tomado la costumbre de no pronunciar ese nombre delante de la señora Grose sin tenerla bajo mi completo dominio, de modo que aun ahora, mientras ella parpadeaba valientemente ante el presagio de mis palabras, pude obligarla a conservarse relativamente tranquila.

—¡Conversar! ¿Quiere decir que ella habló?

—Eso mismo. A mi vuelta, la encontré en el cuarto de estudio.

—Y ¿qué le dijo a usted?

Aún me parece oír el acento de su candorosa estupefacción.

—¡Que sufre los tormentos...!

Estas palabras le permitieron reconstruir el cuadro entero. Palideció.

—¿... de las almas perdidas, quiere usted decir?

—De las almas perdidas. Condenadas. Y por eso, para hacerlos compartir...

A mi vez, me faltó el habla de horror. Pero mi compañera, con menos imaginación, me sostuvo:

—¿... para hacerlos compartir...?

—Busca a Flora.

Ante mis palabras, la señora Grose se hubiera escapado de la pieza de no estar yo prevenida, pero la retuve en su sitio.

—De cualquier manera, como se lo he dicho, poco importa.

—Porque usted ha determinado lo que debe hacer. Pero ¿sobre qué?

—Sobre todo.

—¿Y a qué llama usted «todo»?

—Hacer venir al tío de los niños.

—¡Por piedad, señorita, hágalo venir! —exclamó mi amiga.

—Lo haré, lo *haré*. Es el único remedio. Lo que se ha puesto «en claro» con Miles, como le digo, es que si él piensa que temo hacerlo, y cree que puede aprovecharse de ello, verá que se ha equivocado. Sí, sí; le diré a su tío aquí mismo, y en presencia de Miles si es necesario, que si merezco un reproche por no haberme ocupado en buscar otro colegio...

—Sí, señorita... —me urgía la señora Grose.

—Había de por medio ese motivo atroz.

Para mi pobre compañera había actualmente tantos motivos atroces que su incomprensión era excusable.

—Pero ¿cuál?

—Pues bien: la carta de su antiguo colegio.

—¿Se la mostrará usted al patrón?

—Debí hacerlo enseguida.

—¡Oh, no! —dijo resueltamente la señora Grose.

—Le explicaré —proseguí, inexorable— que no puedo ocuparme de ese asunto cuando se trata de un niño que ha sido expulsado...

—¿Por razones que no conocemos! —declaró la señora Grose.

—Por maldad. ¿Por qué otra cosa, entonces, cuando es tan inteligente y hermoso y perfecto? ¿Es, acaso, estúpido, o torpe, o inválido, o rebelde? Es encantador. Por lo tanto, solo puede ser por *eso*. Y eso aclara todo. De cualquier manera, su tío tiene la culpa. Si lo dejaba con semejante gente...

La señora Grose palideció.

—En realidad, él no los conocía en lo más mínimo. La culpa es mía.

—Usted no sufrirá por ello —contesté.

—Y los niños tampoco —replicó solemnemente.

Guardé silencio. Nos miramos.

—Entonces ¿qué debo decirle? —pregunté.

—Usted no necesita decirle nada —contestó—. Yo se lo diré.

Medí el alcance de su respuesta.

—¿Quiere decir que usted le escribirá? —Después, al recordar que no sabía escribir, me corregí—: ¿De qué manera se comunicará usted?

—Se lo diré al mayordomo. Él escribe.

—¿Y le gustaría a usted que escribiera nuestra historia?

Mi pregunta era más sarcástica de lo que yo esperaba e hizo que la señora Grose, después de un momento, estallara inconsecuentemente en sollozos. Exclamó con los ojos llenos de lágrimas:

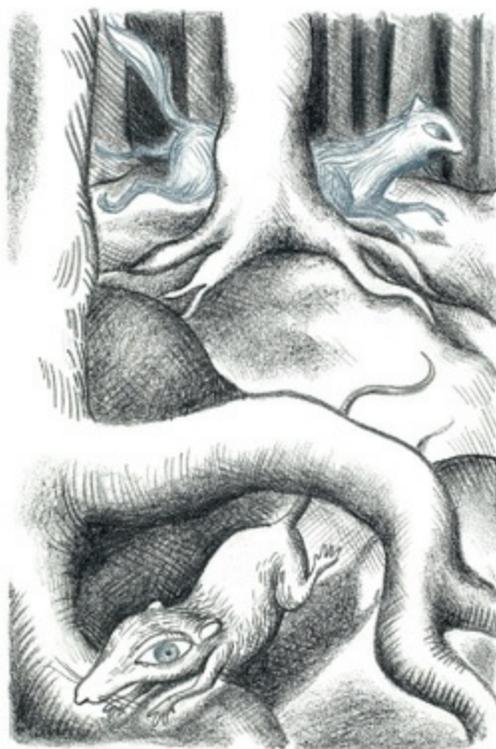
—¡Ah, señorita, escríbale *usted*!

Al fin contesté:

—Sí, lo haré esta noche.

Con esas palabras nos separamos.

Capítulo diecisiete



Por la noche llegué a redactar
el comienzo de mi carta. El tiempo
había cambiado, soplaba un fuerte vien-
to; en mi cuarto, bajo la luz de la lámpara, con
Flora apaciblemente dormida a mi lado, me senté
durante largo rato ante una página en blanco oyendo el
chasquido de la lluvia y el lamento de la borrasca. Finalmente
salí, llevando una palmtoria: atravesé el corredor, me detuve a escuchar

junto a la puerta de Miles. Inducida por mi eterna obsesión, intentaba distinguir una señal cualquiera de que estuviese despierto. Y la señal llegó, pero no bajo la forma esperada. Su clara voz repicó en mis oídos:

—Vamos; está ahí, ¡entre!

¡Qué alegría en medio de tanta penumbra!

Entré con mi luz y lo encontré en la cama, completamente despierto y tranquilo.

—Y bien: ¿qué hace *usted* levantada? —preguntó con graciosa familiaridad; pensé que la señora Grose, de hallarse presente, habría buscado inútilmente una prueba de que todo se había puesto «en claro» entre nosotros.

Yo estaba de pie junto a él, con mi vela en la mano.

—¿Cómo sabías que estaba ahí?

—Porque he oído sus pasos. ¿Se figura usted que no hace ruido? ¡Es como un escuadrón de caballería! —y se echó a reír encantadoramente.

—¿No dormías, entonces?

—En absoluto. Me quedo despierto y pienso.

Yo me había alejado intencionadamente con el pretexto de colocar mi palmatoria sobre una mesa. Después, como él me tendiera su amistosa y querida mano, me senté en el borde de la cama.

—¿En qué pensabas?

—¿Y en qué otra cosa podía pensar, querida, sino en usted?

—¡Ah, no necesito tanto para sentirme orgullosa! Preferiría saberlo dormido.

—Bueno, también pienso, sabe usted, en este raro asunto nuestro.

Percibí la frescura de su enérgica mano.

—¿En qué raro asunto, Miles?

—En su manera de educarme. ¡Y en todo lo demás!

Por un minuto me faltó el aliento; sin embargo, al tembloroso resplandor de la vela podía verlo sonreír desde su almohada.

—¿Qué entiendes por todo lo demás?

—¡Oh, usted sabe, usted sabe!

Nada pude decir durante un minuto, aunque sintiera, mientras estrechaba su mano y continuábamos mirándonos a los ojos, que mi silencio tenía toda la apariencia de admitir su imputación y que nada en ese instante, en el mundo

entero de la realidad, era posiblemente tan fabuloso como nuestras actuales relaciones.

—Volverás al colegio, ciertamente, si eso te desvela. Pero no al antiguo. Debemos encontrar otro colegio, uno mejor. ¿Cómo podía adivinar que este asunto te preocupaba cuando nunca me lo confiaste, cuando nunca me hablaste de ello?

Su claro y atento rostro, entre tanta suave blancura, lo hacía parecerse a un anhelante enfermito en un hospital de niños; y pensé, cuando esta semejanza me vino al espíritu, que yo hubiese dado todo cuanto poseía en el mundo para ser realmente la enfermera o la hermana de la caridad que lo ayudara a curarse. Y bien, aún ahora, tal vez podría serle útil.

—¿No sabes que nunca me dijiste una palabra sobre tu colegio, quiero decir, sobre tu antiguo colegio, que nunca lo mencionaste ante mí de ninguna manera?

Pareció extrañarse; sonrió con el mismo encanto. Pero, evidentemente, ganaba tiempo, esperaba, buscaba el modo de salir del paso.

—¿De verdad? —preguntó.

Al oírlo, algo en el tono de su voz y en la expresión de su rostro me oprimió el corazón con una angustia que aún no había sentido, tan indeciblemente conmovedor era advertir su pequeña inteligencia atormentada, desplegando todos sus pequeños recursos, para desempeñar, bajo el maligno hechizo que pesaba sobre él, un papel inocente y lógico.

—Nunca —proseguí—, nunca desde el preciso momento de tu llegada. Nunca has pronunciado el nombre de uno de tus maestros, de uno de tus compañeros, nunca te has referido al menor incidente que te hubiera ocurrido en el colegio. No, querido Miles; nunca, nunca has hecho la más mínima alusión a nada que *hubiera podido* ocurrir allí. Por lo tanto, puedes imaginar que ignoro todo lo que a ello concierne. Desde la primera hora en que te vi hasta que has hablado del asunto, esta mañana, no habías aludido jamás a ningún acontecimiento de tu vida escolar. ¡Parecías tan conforme con el presente estado de las cosas!

Era extraordinario que mi absoluta convicción de su secreta precocidad (o sea cual fuere el nombre de la envenenada influencia que solo me atrevía a mencionar con medias palabras) lo hacía parecer, a pesar del leve hálito que

revelaba su íntima turbación, tan accesible como una persona mayor, y me obligaba a tratarlo como si fuéramos intelectualmente iguales.

—Pensaba —continué— que deseabas seguir con este género de vida.

Me pareció que se ruborizaba. En todo caso, a la manera de un convaleciente un poco fatigado, negó lánguidamente con la cabeza.

—No, no. Quiero irme.

—¿Te has cansado de Bly?

—Oh, no. Me gusta Bly.

—¿Entonces...?

—¡Oh, *usted* bien sabe lo que quiere un muchacho!

No lo sabía tan bien como Miles, y me refugié temporalmente en su respuesta.

—¿Quieres ir a casa de tu tío?

De nuevo me miró con su dulce rostro irónico, y movió negativamente la cabeza sobre la almohada.

—¡Ah, usted no puede salir del paso con eso!

Callé un momento, y ahora fui yo —creo— quien mudó de color.

—Querido, ¡no deseo salir del paso!

—No puede, aunque lo deseara. ¡No puede, no puede! —Siempre acostado lánguidamente, fijaba en mí sus ojos soñadores—. Mi tío debe venir y es necesario que ustedes arreglen enteramente las cosas.

—Si lo hacemos —repliqué con cierta audacia—, puedes estar seguro de que será para alejarte de aquí.

—Y bien, ¿no comprende usted que es exactamente eso lo que pretendo? Usted tendrá que explicarle de qué manera ha sucedido todo... ¡Tendrá mucho que explicar!

Su acento de triunfo, al pronunciar estas palabras, me decidió a seguir adelante:

—Y *tú*, Miles, ¿qué no tendrás que explicar? Existen cosas sobre las cuales te harán preguntas.

Reflexionó.

—Es muy posible. Pero ¿qué cosas?

—Las cosas que nunca me dijiste. A fin de que tu tío sepa lo que debe hacer contigo. No puede hacerte volver...

Me interrumpió:

—Oh, no quiero volver. Quiero un ambiente nuevo.

Hablaba con perfecta serenidad, con intachable y sincera alegría. Y esa nota, sin duda, evocaba en mí la punzante y anormal tragedia infantil de su probable regreso al colegio, al cabo de tres meses de ausencia, trayendo consigo su gran arrogancia y su deshonra aún mayor. Me abrumó la certeza de que nunca podría soportarlo, y ya no pude contenerme. Lanzándome sobre él con toda la ternura de mi piedad, lo estreché en los brazos:

—¡Querido pequeño Miles, querido pequeño Miles!

Aproximé mi rostro al suyo, él me permitió besarlo, tomando este raptó de afecto con indulgente buen humor.

—¿Entonces, mi buena señora?

—¿No hay nada en el mundo, nada, que tengas deseos de contarme?

Se volvió hacia la pared, levantando una mano para mirársela, como suelen hacer los niños enfermos.

—Ya se lo dije... Ya se lo dije esta mañana.

¡Oh, cómo sufría por él!

—Lo único que deseas es... que no te moleste.

Me miró a la cara, como alguien que por fin se siente comprendido; después, con la mayor gentileza:

—Que me deje solo —contestó.

Imprimió a sus palabras una extraña pequeña dignidad, algo que me obligó a ceder y que al mismo tiempo, cuando estuve de pie, me retuvo a su lado. Dios sabe que nunca quise perseguirlo, pero sentía que volverle la espalda, después de su frase, era abandonarlo, o, más exactamente, perderlo.

—Acabo de comenzar una carta para tu tío —dije.

—Y bien: ¡termínala!

Esperé un minuto.

—¿Qué sucedió antes?

Me clavó los ojos.

—¿Antes de qué?

—Antes de que regresaras. Y antes de que te fueras.

Durante un momento continuó callado, pero mirándome a los ojos.

—¿Qué sucedió?

En la entonación de sus palabras me pareció advertir, por primera vez, la pequeña, la débil palpitación de una conciencia aquiescente. Entonces me prosterné junto a la cama de nuevo sobrecogida por la ocasión de recobrarlo.

—Querido pequeño Miles, querido pequeño Miles, ¡si *supieras* cuánto deseo ayudarte! Es eso, únicamente, no es nada sino eso; preferiría morir antes que tocar uno solo de tus cabellos. Querido Miles —sí, *llegué* a decírselo, a riesgo de ir demasiado lejos—, ¡solo quiero que me ayudes a salvarte!

Pero supe, enseguida de hablar, que había ido demasiado lejos. La respuesta a mi llamado fue inmediata y llegó bajo la forma de una ráfaga extraordinaria, de una bocanada de aire gélido y de una sacudida del cuarto entero, como si las paredes, impotentes para contener el salvaje vendaval, hubieran estallado. El niño lanzó un grito agudo que, perdido en medio del estrépito, aunque yo estuviera junto a él, podía pasar indistintamente por una exclamación de júbilo o de terror. Salté de nuevo sobre mis pies y tuve conciencia de la oscuridad. Así permanecimos un momento mientras yo, escrutando a mi alrededor, vi que las cortinas extendidas continuaban inmóviles y la ventana cerrada. Entonces grité:

—Pero ¡han apagado la vela!

—¡Fui yo quien sopló, querida! —dijo Miles.

Capítulo dieciocho



Al día siguiente, después de las lecciones, la señora Grose encontró un momento para decirme suavemente: —¿Ha escrito usted, señorita? —Sí, he escrito. Pero no agregué —por el momento— que aún guardaba mi carta, dirigida y sellada, en el bolsillo. Tenía tiempo bastante para mandarla antes de que el mensajero fuese al pueblo. Entre tanto, gracias a mis discípulos, no hubo

mañana más brillante, más ejemplar. Era, exactamente, como si ambos hubieran tomado a pecho borrar las huellas de una leve y reciente querella. Hicieron vertiginosas proezas en aritmética, planeando muy por encima de mi débil rango, y perpetraron, con mayor brío que nunca, sus farsas históricas y geográficas. Miles, sobre todo, parecía dejarme atrás. En mis recuerdos, este niño vive en una atmósfera de belleza y angustia verdaderamente intraducibles: cada uno de sus gestos revelaba una sin par distinción; nunca hubo en tan pequeña criatura —toda franqueza y natural despreocupación a los ojos de los no iniciados— un pequeño hombre de mundo tan ingenioso y extraordinario; pero mi visión estaba iniciada, y era preciso que, para no traicionarme, me mantuviera perpetuamente en guardia contra el deslumbramiento que me producía contemplarlo; necesitaba llamarme al orden, controlar las miradas gratuitas y los suspiros de abatimiento con que una y otra vez atacaba y abandonaba el enigma de saber por qué un pequeño caballero tan perfecto había merecido tan humillante condena. Era inútil decirme que, por el sombrío prodigio que yo conocía, la imaginación de todo lo malo le había sido revelada: un sentimiento de justicia me llevaba a buscar dolorosamente la prueba de que todo ese mal había florecido en un acto.

De cualquier modo, nunca se mostró tan caballeresco como esa tarde, cuando me preguntó —después de nuestra temprana cena— si me gustaría que tocara un poco de música para mí durante media hora. David, tocando para Saúl, no hubiera demostrado un sentido más adecuado a la ocasión; parecía decirme: «Los verdaderos caballeros, cuya historia nos encanta leer, nunca llevan demasiado lejos una ventaja adquirida. Sé lo que usted quiere decirme. Usted quiere decirme que, por su propia paz y conveniencia, cesará de preocuparse por mí y de vigilarme, de tenerme siempre junto a usted; que me dejará ir y venir. Pues bien: “vengo”, ya lo ve usted, pero no me voy. Habrá tiempo de sobra para ello. Me deleito realmente en su compañía, y solo quería demostrarle que luchaba por un principio». Puede imaginarse si yo me resistía a su llamado o dejaba de acompañarlo, mi mano en la suya, al cuarto de estudio. Sentado al viejo piano, tocaba mejor que nunca, y si no falta quien piense que mejor hubiese hecho en dejarme sola e irse a dar patadas a un balón, debo responder que estoy completamente de acuerdo, pues al cabo de cierto tiempo, cuya duración no puedo precisar porque estaba rendida a su

influencia, me sobresalté con la extraña sensación de haberme quedado literalmente dormida en mi puesto. Sucedió después del almuerzo, junto a la chimenea del cuarto de estudio, y yo no había dormido en modo alguno. Había hecho algo peor: había olvidado. ¿Dónde estaba Flora durante todo ese tiempo? Cuando se lo pregunté a Miles, continuó tocando un momento más antes de contestar, luego dijo:

—Querida, ¿cómo puedo saberlo?

Y lanzó una jovial carcajada que prolongó durante algunos instantes, como si fuera un acompañamiento vocal en una canción extravagante e incoherente.

Subí a mi dormitorio: allí no estaba su hermana; después la busqué en los otros cuartos del primer piso. Puesto que no estaba en ninguna parte debía de estar, necesariamente, con la señora Grose, a cuya busca procedí de acuerdo con esta tranquilizadora teoría. Encontré al ama de llaves donde la había encontrado la tarde anterior, pero ofreció a mi rápida investigación una total y medrosa ignorancia. Pensaba que yo, después del almuerzo, había llevado a los dos niños conmigo, suposición muy razonable pues yo había permitido, por primera vez, que la niña se alejara de mi vista sin un motivo particular. Flora debía de estar con alguna de las criadas y era preciso buscarla sin aparentar inquietud. Lo decidimos al momento, pero cuando nos encontramos en el vestíbulo diez minutos más tarde, tal cual habíamos convenido, fue para informarnos recíprocamente que habíamos fracasado en nuestra cuidadosa investigación. Allí, durante un minuto, confrontamos nuestras mudas alarmas, y pude advertir el considerable interés con que la señora Grose me devolvía la inquietud que yo le había transmitido.

—Ha de estar en el primer piso —dijo después de un momento—, en alguno de los cuartos en que usted no buscó.

—No, está lejos. —Ahora comprendía—. Ha salido.

La señora Grose me miró sorprendida.

—¿Sin sombrero?

La miré intencionadamente.

—¿Acaso esa mujer no anda siempre sin sombrero?

—¿Está con *ella*?

—¡Está con *ella*! —declaré—. Debemos encontrarlas.

La tomé del brazo, pero durante un momento, al verme encarar de tal modo

el asunto, no respondió a la presión de mi mano. Estaba entregada por completo a su propio malestar.

—¿Y dónde está el señorito Miles?

—¡Oh, *él* está con Quint! En el cuarto de estudio.

—¡Dios mío, señorita!

Comprendí que mi visión y por consecuencia —supongo— el tono de mi voz no habían alcanzado nunca una calma y certeza semejantes.

—Se representó la comedia —proseguí—; han urdido con éxito su plan. Él encontró la manera más celestial de tenerme tranquila mientras ella se escapaba.

—¿Celestial? —repitió como un eco la señora Grose, azorada.

—Infernal, entonces —respondí casi alegremente—. Él pudo escapar del mismo modo. Pero ¡venga usted!

Sin poder remediarlo, la señora Grose alzó desesperadamente los ojos hacía el piso alto.

—¿Lo deja usted...?

—¿... tanto tiempo con Quint? Sí, eso no importa ahora.

Siempre, en semejantes momentos, terminaba por tomarme de la mano, y esta vez aún pudo retenerme junto a ella de la misma manera. Pero después de abrir la boca unos segundos ante mi súbita resignación, me preguntó ardientemente:

—¿... porque usted escribió la carta?

Por toda respuesta palpé rápidamente mi carta, que guardaba en el bolsillo, la saqué, se la mostré y después, librándome de su mano, fui a colocarla sobre la gran mesa del vestíbulo.

—Luke la llevará —dije.

Fui hasta la puerta de entrada, abrí la puerta, empecé a descender la escalinata.

Mi compañera vacilaba todavía. Había cesado la tempestad de la noche y de la madrugada, pero la tarde era húmeda y gris. Mientras la señora Grose permanecía inmóvil en la puerta, yo había llegado a la avenida. Me preguntó:

—¿Sale usted sin arreglarse?

—¿Qué importa, si la niña ha salido de igual manera? No puedo perder tiempo en vestirme —grité— y, si usted necesita hacerlo, la dejo. Entre tanto,

tendrá usted de qué ocuparse, *arriba*.

—¿Con *ellos*?

¡Oh, al oírme, la pobre mujer me alcanzó rápidamente!

Capítulo diecinueve



Nos dirigimos resueltamente
al lago, como era llamado en Bly,
y me atrevo a decir que con justicia,
aunque tal vez esa masa de agua fuera menos
notable de lo que suponían mis ojos provincianos.
Sobre lagos tenía poca experiencia, y el estanque de Bly,
en todo caso, me impresionó por lo extenso y agitado las pocas
veces que consentí en afrontar su superficie, bajo la protección

de mis discípulos, en el viejo bote de fondo chato amarrado a la orilla para nuestro uso. El lugar en que habitualmente nos embarcábamos quedaba a media milla de la casa, pero yo tenía la íntima convicción de que Flora, dondequiera que estuviese, no estaba cerca de la casa. No se había zafado de mí para emprender una insignificante aventura, y desde el día en que participamos juntas de una tan considerable, en la orilla del lago, yo había advertido, durante nuestras caminatas, hacia qué dirección prefería dirigirse. Por esta razón podía guiar los pasos de la señora Grose en un sentido preciso; la resistencia que opuso al advertirlo me demostró su nuevo desconcierto.

—¿Va usted hacia el estanque, señorita? ¿Cree usted que ella estará *dentro*?

—Quizá, aunque no es muy profundo. Pero lo más probable es que esté en el sitio desde donde vimos juntas, el otro día, lo que le conté.

—¿Cuando ella pretendió no ver...?

—¡Con ese asombroso dominio de sí misma! Siempre pensé que deseaba volver sola al mismo sitio. Y su hermano, ahora, se ocupó de que así fuera.

La señora Grose continuaba en el lugar donde se había detenido.

—¿Supone usted, realmente, que los dos hablan de *ellos*?

Pude contestar con certeza:

—Dicen cosas que, si las oyéramos, nos harían, sencillamente, estremecer.

—¿Y si ella *está* allí?

—¿Y bien?

—Entonces..., ¿también está la señorita Jessel?

—Sin duda alguna. Ya lo verá usted.

—¡Oh, muchas gracias! —exclamó mi amiga, plantándose con tanta firmeza que yo, al advertir su actitud, continué mi camino sin esperarla.

Sin embargo, cuando llegué al estanque la tuve a mi lado y comprendí que, cualquiera que fuese la aprensión del peligro que yo podía correr, el riesgo de exponerse en mi compañía le parecía un peligro menor.

Cuando por fin contemplamos gran parte del lago sin ver a la niña, la señora Grose lanzó un suspiro de alivio. No había rastro de Flora en la orilla más próxima —desde donde pude observarla tan asombrosamente ese día— ni tampoco en la orilla opuesta, que —exceptuando una extensión de veinte yardas aproximadamente— estaba cubierta por una espesa maleza que

descendía hasta el agua. El estanque, de forma oblonga, tenía tan poca anchura, en comparación con su longitud, que desde ese sitio, en el cual desaparecían sus extremos, se lo hubiera podido tomar por un riacho. Miramos el espacio vacío, y yo recibí la sugestión que emanaba de los ojos de mi amiga. Comprendí su pensamiento, pero repliqué moviendo negativamente la cabeza:

—¡No, no, espere usted! Ha tomado el bote.

Mi compañera observó el embarcadero, y de nuevo recorrió el lago con la mirada.

—¿Dónde está el bote, entonces?

—Que no lo veamos es la mayor de las pruebas. Lo ha usado para cruzar y luego se las ha arreglado para esconderlo.

—¿Ella sola? ¿Esa niñita?

—No está sola, y en estos momentos no es una niñita. Es una mujer vieja, vieja.

Inspeccioné toda la orilla visible mientras la señora Grose, cautivada por el extraño hecho que le planteaba, se sometía de nuevo a mi voluntad. Después sugerí que el bote podría estar en un pequeño refugio formado por una de las depresiones del lago, una entrada oculta, desde nuestra orilla, por la saliente de la ribera y un grupo de arbustos que crecían junto al agua.

—Pero si el bote está allí, ¿dónde diablos puede estar ella? —me preguntó ansiosamente la señora Grose.

—Eso tenemos que descubrir.

Y empecé a caminar apresuradamente.

—¿Dando toda la vuelta al lago?



—Sí, nos tomará diez minutos. No es muy lejos. Pero es lo bastante lejos para que la niña haya preferido no caminar. Atravesó directamente.

—¡Dios nos asista! —exclamó la señora Grose.

La cadena de mi lógica era demasiado fuerte para ella: aún ahora la mantenía pegada a mis talones, y yo continué llevándola a remolque; cuando estuvimos a mitad del camino —expedición tortuosa, fatigosa, sobre un terreno desigual y por una senda obstruida con malezas— me detuve para que tomase aliento. La sostuve con un brazo agradecido, asegurándole que me sería de gran ayuda, y luego partimos nuevamente; al cabo de cinco minutos llegamos a un punto desde el cual descubrimos el bote en el mismo lugar en que yo había supuesto que estaba. Lo habían colocado, intencionadamente, lo más escondido posible, atándolo a uno de los troncos de la empalizada que llegaba al borde del lago y que había permitido desembarcar a su ocupante. Al observar el par de remos, gruesos y cortos, sacados cuidadosamente del agua, aprecié el prodigioso esfuerzo de la pequeña Flora; pero en aquella época hacía demasiado tiempo que yo vivía entre maravillas, y se me ofrecían no pocos motivos de asombro. La empalizada tenía un portón, por el cual pasamos, e inmediatamente después nos encontramos en campo abierto. Las dos, entonces, exclamamos a la vez: «¡Ahí está!».

Flora estaba en el pasto, de pie, a poca distancia de nosotras, y sonreía como si hubiera terminado su hazaña. Su primer movimiento fue agacharse y recoger —como si estuviera ahí con ese único propósito— una larga y fea rama de helecho. Instantáneamente tuve la certeza de que acababa de salir de la espesura. Nos esperó sin avanzar un paso, y yo me di cuenta de la rara solemnidad con que nos acercábamos. Flora sonreía y sonreía hasta que nos unimos a ella, y todo esto sucedió en medio de un silencio notoriamente ominoso. La señora Grose fue la primera en romper el hechizo: se echó de rodillas y, atrayendo a la niña, apretó en un largo abrazo el tierno y débil cuerpecito. Mientras duró esta muda convulsión yo solo podía observar, y observaba tanto más cuanto que veía el rostro de Flora vuelto hacia mí por encima del hombro de la señora Grose. Ahora estaba grave —la sonrisa la había abandonado— y ello aumentaba la angustia con que en ese momento envidié a la señora Grose la simplicidad de sus relaciones con la pequeña. Y

no sucedió nada más, salvo que Flora dejó caer la tonta rama de helecho que había recogido del suelo. Ella y yo nos habíamos virtualmente dicho que todo pretexto, de ahora en adelante, era inútil entre nosotras. Al fin la señora Grose se levantó tomando a la niña de la mano, de modo que ambas quedaron frente a mí, y la singular reticencia de nuestra comunicación pareció acentuarse por la franca mirada que me dirigió: «Que me ahorquen —decía esa mirada— si consiguen que *hable*».

Flora rompió el silencio, observándome de arriba abajo con ingenuo asombro. Pareció extrañada de verme sin sombrero. Preguntó:

—Pero ¿dónde están sus cosas?

—Donde están las tuyas, querida —contesté rápidamente.

Había recobrado su alegría, y mi respuesta le pareció suficiente.

—¿Dónde está Miles? —prosiguió.

Había algo en su infantil coraje que no pude soportar: esas tres palabras sacudieron en un segundo, comparable al centelleo de una espada que se desnuda, la copa llena hasta los bordes que mi mano sostenía en lo alto desde hacía semanas y semanas, y que ahora, aun antes de haber hablado, sentía desbordar como un diluvio.

—Te lo diré, si tú me dices...

Me oí pronunciar estas palabras; después oí el temblor de mi voz que se rompía.

—¿Y bien?

La ansiedad de la señora Grose me fulminó. Pero era demasiado tarde: yo había planteado temerariamente la cuestión.

—¿Dónde, querida, está la señorita Jessel?

Capítulo veinte



Tal como sucedió con Miles, en el cementerio, la situación no tenía escapatoria. Aunque yo esperaba el efecto que habría de causar ese nombre, nunca pronunciado entre nosotros, el súbito y feroz resplandor que al escucharlo iluminó el rostro de la niña confirió a mi brusca interrupción del silencio un estrépito como de vidrios rotos. A eso vino a sumarse el grito que la señora

Grose, aterrada por mi violencia, interpuso para atenuar el golpe, un chillido de criatura trastornada, o más bien herida, que a la vez, al cabo de pocos segundos, fue completado por el sordo gemido que salió de mi garganta.

—¡Ahí está ella, ahí está ella!

La señorita Jessel estaba frente a nosotras, en la orilla opuesta. La primera sensación que despertó en mí su presencia —lo recuerdo extrañamente— fue un estremecimiento de júbilo por la prueba que había logrado obtener. Ahí estaba ella, y yo tenía razón. Ahí estaba ella, y yo no estaba loca ni pervertida. Ahí estaba ella, para lección de la pobre y temblorosa señora Grose, y, sobre todo, ahí estaba ella ¡para Flora! Ningún momento de ese monstruoso período de mi vida fue, quizá, tan extraordinario como aquel en que le dirigí conscientemente —con la certeza de que, aun siendo un pálido y venenoso demonio, lo recibiría y comprendería— un mensaje inarticulado de gratitud. La señorita Jessel se erguía en el mismo sitio en que mi compañera y yo estuvimos minutos antes, y no había, en todo el largo alcance de su deseo, un átomo de malignidad que no diera en el blanco. Esta primera agudeza de visión y de emoción fue de pocos segundos, durante los cuales el ofuscado parpadeo de la señora Grose, cuyos ojos miraban en la dirección señalada por mí, me pareció la señal innegable de que por fin también ella veía, hasta que desvié precipitadamente la vista hacia el rostro de Flora y quedé atónita; más atónita, en verdad, que si la hubiera encontrado simplemente agitada, puesto que no iba a esperar de su parte una turbación reveladora: nuestra busca la había preparado y puesto en guardia; como era lógico, iba a reprimir todo sentimiento que la traicionara. Por eso quedé atónita cuando advertí en ella una actitud que yo no había previsto. Que Flora, con su inasible carita rosada, ni siquiera fingiese mirar en dirección al prodigio que yo estaba anunciando, y que, antes bien, se volviera hacia *mí* con una expresión absolutamente nueva y sin precedentes, que parecía leer en mí, y acusarme y juzgarme, era un golpe que en cierto sentido transformaba a la niña misma en la verdadera presencia que podía hacerme desfallecer. Y desfallecí, a pesar de la certeza de que su visión no había sido nunca más nítida que en ese instante, e hice, en la inmediata necesidad de defenderme, una apasionada invocación a su propio testimonio:

—¡Ahí está ella, pequeña desgraciada, ahí, ahí, *ahí*, y tú la ves como la

vemos nosotras!

Poco antes yo había dicho a la señora Grose que en esos momentos Flora no era una niña, sino una vieja, vieja mujer, y nada podía confirmar a tal punto mis palabras como la forma en que, por toda respuesta, sin una concesión, sin una admisión de sus ojos, me mostró sencillamente un semblante cuya reprobación iba en aumento, haciéndose más y más profunda, hasta que de pronto se fijó por completo. Yo estaba entonces —si es posible resumir mis sensaciones— más aterrorizada por lo que podría llamar sus maneras que por nada en el mundo, aunque simultáneamente advirtiera que también debía luchar con otro obstáculo formidable: la señora Grose. De cualquier manera, mi vieja compañera borraba un momento después todo aquello que no fuera su propia cara inflamada y su ruidosa, escandalizada protesta, con un estilo de violenta desaprobación.

—¡Qué ocurrencia más horrible señorita! ¿Dónde ve usted la menor cosa?

Solo pude asirla rápidamente, porque, mientras hablaba, la odiosa y vil presencia continuaba nítida e impávida. La aparición había durado un minuto y duraba aún mientras yo persistía —presionando a mi colega empujándola hacia ella, presentándosela a ella— en señalarla con el dedo:

—¿No la ve usted como *nosotras* la vemos? ¿Quiere usted decir que no la ve... *ahora*? ¡Pero si refulge como una llamarada! ¡Pero mire usted, buena mujer, *mire*!

Ella miraba como miraba yo misma; con un profundo gemido que expresaba negación, repulsión, compasión, una mezcla de piedad hacia mí y de alivio por su feliz ceguera, me dio la impresión —que todavía me conmueve— de que me habría sostenido si le hubiera sido posible. De mucho me habría valido tal sostén, porque, con el rudo golpe que tuve al comprender que sus ojos estaban cerrados sin esperanza, sentía derrumbarse espantosamente mi propia situación, sentía —*veía*— a mi lívida antecesora desde su posición inexpugnable precipitar mi derrota, y me daba cuenta, por encima de todo, del peligro que tendría que afrontar ante la pasmosa actitud de la pequeña Flora. Cuando a través del sentimiento de mi ruina se abría paso el de mi prodigioso triunfo personal, la señora Grose adoptaba de manera instantánea y violenta la misma actitud de Flora, esparciéndose en un torrente de palabras entrecortadas y tranquilizadoras:

—No está ahí, querida niña, nadie está ahí, y usted nada ve, querida. ¿Cómo podría estar ahí la pobre señorita Jessel... si la pobre señorita Jessel está muerta y enterrada? Lo *sabemos*, ¿no es así, amor mío?

Y hacía una suplicante invocación a la niña misma:

—Todo es un error y un tormento absurdo y una broma... y nos volveremos a casa lo más pronto posible.

La niña, al oírla, había accedido con una extraña y petulante sequedad, imbuida de formalidad, y allí estaban las dos, dispuestas a irse, unidas contra mí por una oposición escandalizada. Flora continuaba mirándome con su pequeña máscara de reprobación, y todavía en ese minuto pedí perdón al cielo por parecerme que, mientras se sujetaba fuertemente al vestido de nuestra amiga, su incomparable belleza infantil se había súbitamente marchitado hasta desaparecer. Sí, no temo decirlo: estaba literalmente odiosa, cruel. Se había vuelto ordinaria y casi horrible.

—No comprendo lo que quiere decirme —exclamó—. No veo a nadie. No veo nada. Nunca *he visto*. Y pienso que usted es perversa. ¡No la quiero!

Y al cabo de su desahogo, digno de una vulgar e impertinente pilluela de la calle, se apretó con más fuerza a la señora Grose y hundió en las faldas su atroz carita. Desde esta posición estalló en un lamento casi furioso:

—¡Lléveme lejos, lléveme lejos! ¡Oh, lléveme lejos de *ella*!

—¿De mí? —pregunté jadeante.

—¡De usted, de usted!

La misma señora Grose me miró desconcertada, y yo no tuve otro recurso que comunicarme nuevamente con la figura que, desde la otra orilla, sin un movimiento, rígidamente atenta, como si oyera nuestras voces a través del espacio que nos separaba, proseguía tan vívidamente allí para mi desastre como dejaba de estarlo para mi bien. La miserable niña había hablado exactamente como si tomara de una fuente extranjera cada una de sus aceradas palabras. En la desesperación absoluta de todo lo que necesitaba aceptar, me limité a mover tristemente la cabeza.

—Si alguna vez he dudado —dije—, ya no me cabe la menor duda. He vivido mucho tiempo con esta amarga verdad, y ahora no puedo resistirla. Sí, claro está, te he perdido. He querido intervenir y tú has encontrado bajo su dirección —y de nuevo afronté, a través del estanque, a nuestro infernal

testimonio— el medio fácil y perfecto de impedirlo. Hice todo lo que podía, pero te he perdido. Adiós.

Y dirigí al ama de llaves un imperativo, casi enloquecido: «¡Váyase, váyase!», ante el cual, profundamente desesperada, pero tomando silenciosa posesión de la niñita y claramente convencida, a pesar de su ceguera, de que algo horrible acababa de ocurrirnos y de la catástrofe en que estábamos sumidas, se retiró lo más pronto que pudo por el camino que habíamos tomado para llegar.

No recuerdo lo que sucedió al principio, cuando me dejaron sola. Únicamente sé que al cabo de quince minutos —supongo— una fragante y húmeda dureza, penetrando y estremeciendo de frío mi pena, me hizo comprender que debí de haberme abandonado, el rostro contra el suelo, al salvaje extravío de la desesperación. Debí de haber continuado echada sobre la tierra mucho tiempo, gritando y sollozando, pues cuando alcé la cabeza el día estaba próximo a su fin. Me levanté y miré un instante, en el crepúsculo, el estanque gris y sus confusas orillas hechizadas; luego emprendí el triste y penoso camino de vuelta. Al llegar al portón de la empalizada, descubrí con asombro que el bote no estaba ahí, lo que me hizo pensar nuevamente en la extraordinaria presencia de ánimo de Flora. Mi pupila pasó la noche en el más tácito —y agregaría, si el epíteto no introdujera una falsa nota a tal punto grotesca— y feliz acuerdo con la señora Grose. Al regresar a la casa no vi a una ni a otra, pero en cambio, por una ambigua compensación, vi a Miles prolongadamente. Lo vi —no puedo usar otra frase— más de lo que en total lo había visto hasta entonces. Ninguna tarde pasada en Bly tuvo la portentosa cualidad de esa tarde. Pese a ello —y pese, también, al profundo abismo de consternación que acababa de abrirse bajo mis pies— hubo en la tarde menguante una tristeza extraordinariamente dulce. Al llegar a la casa yo no había preguntado por el niño: había subido directamente a mi aposento para cambiarme de ropa y verificar de una mirada, sin quererlo, más de un testimonio material de mi ruptura con Flora; habían mudado de cuarto todos los pequeños objetos que le pertenecían. Después, cuando la criada de costumbre me sirvió el té junto al fuego del cuarto de estudio, me permití no hacer ninguna averiguación sobre mi otro discípulo. Había obtenido su libertad. ¡Que usara de ella como quisiera! Usó de ella, en efecto, pero fue en

parte, al menos, para presentarse alrededor de las ocho y sentarse silenciosamente a mi lado. Cuando levantaron las cosas del té, apagué los candelabros y aproximé mi sillón a la chimenea; me penetraba un frío mortal y me parecía que nunca entraría nuevamente en calor. Por eso Miles, al parecer, me encontró junto al rescaldo, entregada a mis pensamientos. Él se detuvo a mirarme en el vano de la puerta; luego —como deseoso de compartirlos— se aproximó al otro ángulo de la chimenea y se hundió en un sillón. Así estuvimos sentados en absoluta quietud. Sin embargo, yo sentía que deseaba estar conmigo.

Capítulo veintiuno



Antes de que un nuevo día iluminara por completo mi dormitorio, recibí a la señora Grose, que me traía las peores noticias a la cama. Flora estaba con mucha fiebre, a punto de enfermarse, tal vez. Había pasado una noche de insomnio, una noche intranquila, principalmente, por el temor que le causaba, no su antigua, sino su actual institutriz. No protestaba contra la posible

vuelta a escena de la señorita Jessel; protestaba clara y apasionadamente contra la mía. Me levanté de un salto e hice pregunta tras pregunta, tanto más cuanto que mi compañera, como podía advertirse fácilmente, había venido preparada para ponerse a cubierto del interrogatorio. Lo sentí no bien se planteó el caso de la sinceridad de la niña o de la mía.

—¿Persiste en negarle que haya visto nunca a nadie?

—Ah, señorita, no es un tema que pueda tratar. Y tampoco, debo decir, que convenga tratar. Ese asunto la ha envejecido de la cabeza a los pies.

—Oh, la veo perfectamente desde aquí. Está ofendida como una pequeña alteza de que se ponga en duda su veracidad y, como quien dice, su respetabilidad. «¡La señorita Jessel, claro, y *ella!*» ¡Y es respetable, la chiquilla! Ayer, se lo aseguro, me dio la impresión más extraña del mundo. ¡Que yo me *permitiera* intervenir! Nunca más me dirigirá la palabra.

Todo este asunto odioso y oscuro mantuvo a la señora Grose en silencio por un instante; después me apoyó con una franqueza que —podía asegurarlo— se basaba en muchas cosas.

—En efecto, señorita; pienso que nunca lo haré. ¡Lo ha tomado muy a pecho!

—Y está literalmente indignada —agregué.

Imaginaba esa indignación al observar el rostro de mi visitante. E imaginaba otras cosas, por añadidura.

—A cada minuto me pregunta si usted va a entrar en el cuarto.

—Ya veo, ya veo...

Adivinaba su conducta. Proseguí:

—Desde ayer ¿le ha dicho a usted una palabra sobre la señorita Jessel que no sea para repudiar cualquier familiaridad con algo tan espantoso?

—Ni una palabra. Y yo creí, claro está, lo que me dijo junto al lago: que en ese sitio y en ese momento, al menos, no *había* nadie.

—¡Por supuesto! Y, naturalmente, usted la cree aún.

—No la contradigo. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

—Nada. Tiene usted que luchar con la personita más hábil del mundo. Los han hecho, sus dos amigos quiero decir, todavía más hábiles de lo que son por naturaleza. Han plasmado un material de por sí admirable. Flora ya tiene un motivo de queja y ha de utilizarlo para conseguir lo que se propone.

—Sí, señorita; pero ¿qué se propone?

—Indisponerme con su tío. Le dirá que soy la criatura más vil...

Desfallecí al ver pintarse la escena en el rostro de la señora Grose: parecía observarlos conversar.

—¡Y usted, que le merece tan buena opinión!

—Tiene, ahora que lo pienso, una extraña manera de demostrarlo —y me eché a reír—. Pero eso no importa. Lo que Flora se propone, naturalmente, es librarse de mí.

Mi compañera asentía valerosamente.

—No quiere verla. Nunca más.

—¿Y usted ha venido a buscarme —pregunté— para que yo adelante mi partida? —Antes de que la señora Grose tuviera tiempo de contestar, me adueñé de la situación—. Pero yo tengo otra idea... resultado de mis reflexiones. Mi partida *hubiese* sido lógica, y antes del domingo estuve a punto de irme. Pero ya no tiene objeto. Es usted quien debe irse. Debe llevarse a Flora.

Mi visitante reflexionaba.

—Pero ¿adónde?

—Lejos de aquí. Lejos de *ellos*. Y ahora, sobre todo, lejos de mí. Debe llevarla, directamente, a casa de su tío.

—Solo para que ella cuente que usted...

—No, no «solo». Para dejarme, además, con mi solución.

Ella no comprendía aún.

—¿Y cuál es su solución?

—Para empezar, su lealtad. Y después, la de Miles.

Me miró fijamente.

—¿Cree usted que él...?

—¿... no se volverá contra mí si se le presenta la ocasión? Sí, conservo esa esperanza. En todo caso, quiero ensayar. Váyase usted con la niña lo más pronto posible y déjeme sola con él.

Yo misma estaba asombrada de mis restos de energía; un poco por ello, quizá, me desconcertaba tanto más la forma en que, a pesar de mi brillante ejemplo, vacilaba el ama de llaves.

—Naturalmente —continué—, hay una condición indispensable. Los niños

no deben verse ni un segundo.

Luego reflexioné en que, no obstante el posible aislamiento de Flora desde que volvió del lago, tal vez fuese ya demasiado tarde.

—¿Quiere usted decir —pregunté ansiosamente— que ya se han visto?

La señora Grose se ruborizó.

—¡Ah, señorita, no soy tan tonta como para eso! Las tres o cuatro veces que me vi obligada a salir del cuarto, dejé siempre a una criada junto a ella, y en este momento, aunque está sola, ha cerrado la puerta con llave. Y sin embargo, sin embargo...

Callaba muchas cosas.

—Sin embargo ¿qué?

—Y bien, ¿está usted segura del señorito?

—No estoy segura de nadie con excepción de *usted*. Pero desde anoche tengo una nueva esperanza. Creo, ¡pobre niño infortunado!, que desea hablar. Pienso que busca una ocasión. Ayer, junto al fuego, estuvo sentado a mi lado dos horas en silencio. Parecía a punto de hablar.

La señora Grose miró con fijeza, a través de la ventana, el naciente día gris.

—¿Y lo hizo?

—Aunque esperé y esperé, debo confesar que no lo hizo. Al final nos besamos y nos dimos las buenas noches sin haber roto el silencio ni haber aludido en lo más mínimo al estado de su hermana ni a su ausencia. Con todo —proseguí—, si su tío la ve, no puedo consentir que vea al niño (especialmente, por el mal cariz que han tomado las cosas) sin darle a este un poco más de tiempo.

La señora Grose opuso a mis palabras una resistencia incomprensible.

—¿Qué quiere usted decir con «más tiempo»?

—Y bien, uno o dos días, hasta que resuelva confesarse. Entonces estará de mi lado: ya ve usted la importancia que tiene. Si nada pasa, habré fracasado, sencillamente, y usted, en el peor de los casos, me habrá ayudado haciendo en mi favor todo lo que está en su mano hacer cuando llegue a la ciudad.

Así le planteé las cosas, pero ella continuaba tan inescrutablemente perpleja que acudí, una vez más, en su ayuda.

—A menos —agregué— que usted prefiera, realmente, no irse.

Pude ver que su rostro se aclaraba. Me tendió la mano como para sellar un pacto.

—Me iré, me iré —dijo—. Me iré esta misma mañana.

Pero yo no quería forzarla.

—Si usted *desea* quedarse un tiempo más, yo me comprometo a que Flora no me vea.

—No, no, es por el lugar en sí. Ella debe dejarlo.

Detuvo en mí sus tristes ojos y luego dejó escapar estas palabras:

—Su idea es la buena, señorita. Yo...

—¿Y bien?

—Yo no puedo quedarme.

Me abalancé ante las posibilidades que traslucía su mirada.

—¿Quiere decirme que, desde ayer, usted *ha visto*...?

Negó dignamente con la cabeza.

—¡He *oído*!

—¿*Oído*?

—De boca de esa niña... ¡horrores! ¡Ahí lo tiene! —suspiró con trágico alivio—. Por mi honor, señorita, ¡dice cada cosa!

Pero no pudo soportar ese recuerdo, se desplomó en el sofá, con un súbito sollozo y, como hizo en otra ocasión, dio rienda suelta a su angustia.

Yo también me dejé llevar, pero en un sentido totalmente distinto.



—¡Oh, gracias a Dios!

Se levantó vivamente, gimiendo, enjugándose los ojos:

—¿Gracias a Dios?

—¡Eso me justifica!

—¡Es verdad, señorita!

No podía esperar una aquiescencia más categórica, pero aún vacilé.

—¿Dice cosas tan horribles?

—Del todo inconvenientes.

—¿Sobre mí?

—Sobre usted, señorita. Se lo cuento porque usted me lo pregunta... Más allá de todo lo que puede esperarse, tratándose de una niña. Y no sé de dónde puede haber sacado esas cosas...

—¿El espantoso lenguaje que emplea sobre mí? ¡Yo puedo decírselo, ya ve usted! —y lancé una carcajada hartó significativa.

Solo conseguí aumentar la gravedad de mi compañera.

—Y bien, tal vez yo lo podría... puesto que he oído algo de eso antes. Sin embargo, no lo puedo soportar —continuó la pobre mujer mientras echaba una mirada a mi reloj colocado sobre la mesa del tocador—. Pero debo irme.

La retuve:

—¡Ah, si usted no lo puede soportar...!

—¿Cómo puedo estar junto a ella, quiere usted decirme? Pues bien, precisamente por eso. Para sacarla de aquí. Lejos de aquí —continuó—, lejos de *ellos*...

—¿Podría ser diferente? ¿Liberarse?

La incitaba con alegría, casi:

—Entonces, a pesar de lo de ayer, usted cree...

—¿En tales hechos?

La manera de referirse a ellos, aclarada por la expresión de su semblante, no exigía mayores explicaciones, y se rindió a mí por completo:

—Creo.

Era una felicidad sentirnos unidas. Si contaba con su apoyo, poco me importaba lo que podía suceder: tendría en el desastre el mismo sostén que tuve en los primeros tiempos, cuando necesitaba un confidente; si mi buena

amiga podía responder de mi honestidad, yo podía responder de todo el resto. Sin embargo, al despedirme de ella, me sentí un tanto perpleja.

—Hay algo que no debemos olvidar —dije—. Mi carta, dando la señal de alarma, llegará a Londres antes que usted.

Ahora advertía con qué entereza la señora Grose había sobrellevado sus temores, y qué cansancio le había producido este esfuerzo.

—Su carta no llegará. Su carta no se mandó nunca.

—¿Qué fue de ella, entonces?

—¡Dios lo sabe! El señorito Miles...

—¿La tomó, quiere usted decir?

La señora Grose vacilaba; luego, dominando su repugnancia, dijo:

—Quiero decir que ayer, cuando volví con la señorita Flora, no estaba donde usted la dejó. Más tarde tuve ocasión de preguntar a Luke, y este me dijo que no la había visto ni tocado.

Solo pudimos cambiar una de nuestras recíprocas miradas, llenas de sobrentendidos, y la primera en sacar una conclusión fue la señora Grose con un casi triunfante:

—¡Ya ve usted!

—Sí; veo que Miles tomó la carta, la habrá leído y destruido, posiblemente.

—¿Y no ve usted nada más?

La miré un instante, sonreí con tristeza.

—Me parece que ahora —dije— sus ojos están más abiertos que los míos. Lo estaban, en efecto, pero aún se ruborizaba al demostrarlo.

—Adivino lo que debió de hacer en el colegio.

Y en su inocente perspicacia hizo con la cabeza un ademán de desencanto casi cómico:

—¡Robó!

Reflexioné sobre ello, tratando de ser imparcial.

—Tal vez.

Me miró como asombrada de tan inexplicable tranquilidad.

—¡Robaba *cartas*!

No podía conocer las razones de mi tranquilidad, bastante relativa, después de todo. Se las expliqué como pude:

—Espero, entonces, que fuese con más provecho que en este caso. La carta que dejé sobre la mesa contenía un simple pedido de entrevista. Ha de estar avergonzado de haber ido tan lejos por tan poco. Es posible que ayer lo atormentara, precisamente, el deseo de confesar su falta.

Por un momento me pareció contemplar íntegramente la situación y dominarla.

—¡Déjenos usted, déjenos usted! —exclamé desde la puerta, empujándola hacia fuera—. Le haré revelar su secreto. Confesará. Si se confiesa, está salvado. Y si está salvado...

—¿También lo está usted?

La querida mujer me besó al pronunciar estas palabras, y nos despedimos. Al irse, gritó:

—¡La salvaré a usted sin que él intervenga!

Capítulo veintidós



Solo después de su partida –y la eché de menos inmediatamente– llegó para mí el gran aprieto. Cualquier cosa que esperase de mi encuentro a solas con Miles, rápidamente advertí que de ese encuentro sacaría, por lo menos, un término de comparación. De hecho, no hubo hora de mi permanencia en Bly tan cargada de aprensiones como aquella en que supe, al bajar del primer

piso, que el carruaje que conducía a la señora Grose y a mi discípula había traspuesto ya la verja. Heme aquí —me dije— frente a frente con los elementos, y durante gran parte de ese día, al luchar contra mi debilidad, me confesaba a mí misma que había sido demasiado temeraria. El círculo se constreñía a mi alrededor; a eso venía a sumarse que podía advertir en el aspecto de los otros, por primera vez, un confuso reflejo de la crisis. Lo sucedido, naturalmente, asombraba a todos. Apenas nos fue posible explicar, por mucho que nos esforzáramos, el repentino proceder de mi amiga. Las mujeres y los hombres de servicio parecían estupefactos; esta impresión general excitaba mis nervios, hasta que al fin comprendí que debía sacar de ella un auxilio positivo. Comprendí, en resumen, que solo aferrándome al timón podía evitar el naufragio. Me atrevo a decir que esa mañana, para afrontar los hechos, me mostré con todos muy seca y altiva. Recibí de buen grado la conciencia de mi total responsabilidad, y di a entender que yo, la promotora de la situación, era una persona de notable firmeza de carácter. Así, para beneficio de aquellos a quienes podía concernir mi actitud, representé la comedia de la tranquilidad con el corazón lleno de angustia.

Miles fue la persona a quien menos pareció concernir esta actitud. No lo encontré en mis idas y venidas por la casa, pero su misma ausencia hizo patente el cambio operado en nuestras relaciones a consecuencia de su conducta la tarde anterior, cuando me retuvo junto al piano, tan seducida y alhelada, en interés de Flora. Llamó mucho la atención, por supuesto, el confinamiento y la partida de la niña, y el cambio en sí se reveló por la inobservancia de nuestra cotidiana reunión en la sala de estudio. Miles había desaparecido cuando llamé a su puerta. Pude saber, entonces, que había desayunado con la señora Grose y con Flora, en presencia de dos sirvientes. Después había salido —según dijo— a dar una vuelta. Nada —reflexioné— podía expresar con mayor franqueza su juicio sobre la abrupta transformación de mi papel en la casa. Aún no se había establecido lo que este nuevo papel le permitiría a él, Miles, pero, de cualquier modo, significaba un extraño alivio —para mí, especialmente— renunciar a una pretensión. De las muchas cosas que habían salido a la superficie, la más evidente —me atrevo a decir— era el absurdo de prolongar la ficción de que yo tenía algo que enseñarle. Durante mucho tiempo, por pequeñas maniobras tácitas en las cuales parecía

preocuparse más que yo misma de mi propia dignidad, recurrí a su ayuda para que me fuese posible afrontarlo en el terreno de su verdadera capacidad. De todos modos, ahora estaba libre, y yo no haría nada para coartar su libertad. Lo había probado la noche anterior, cuando se reunió conmigo en la sala de estudio y yo evité toda pregunta o alusión a su empleo de la tarde. Desde ese momento me consagué por entero a mis otras ideas. Sin embargo, cuando Miles llegó, advertí la dificultad de ponerlas en práctica ante la encantadora presencia sobre la cual lo sucedido —exteriormente, al menos— no había dejado sombra ni mancha.

Para indicar al resto de la casa la etiqueta que había decidido imponer, ordené que mis comidas con el niño se sirvieran «abajo», como decíamos. Por eso lo estuve aguardando en la augusta pompa del aposento junto a cuya ventana había recibido de la señora Grose, ese primer domingo en que tanto me asusté, un destello de lo que apenas podría llamarse luz. Y ahora sentía nuevamente —pues lo había sentido una y otra vez— hasta qué punto dependía mi equilibrio de la victoria de mi rígida voluntad de cerrar los ojos al hecho de hallarme frente a un caso odioso y antinatural. Solo podía seguir adelante llamando a la «naturaleza» en mi socorro y confiando en ella, considerando mi monstruosa ordalía como un empujón en dirección inusitada, es cierto, y desagradable, pero que solo exigía —para vencer en lucha leal— otra vuelta a la tuerca de la ordinaria virtud humana. Ningún intento, sin embargo, requería más tacto que el intento de suplir, uno solo, *toda* la naturaleza. Pero ¿cómo podía introducir un átomo de este bien si me vedaba hasta la más mínima alusión a lo sucedido? Y, por otra parte, ¿cómo aludir a lo sucedido sin hundirme en el odioso y equívoco abismo? Pues bien; al cabo de cierto tiempo obtuve una especie de respuesta, que fue confirmada, indiscutiblemente, por lo que había de excepcional en mi pequeño compañero. Aún ahora parecía encontrar —como encontró tan a menudo durante las horas de estudio— otra nueva y delicada manera de facilitar nuestras relaciones. ¿No surgía luz del hecho que se manifestó con singular resplandor en nuestra compartida soledad, del hecho que sería absurdo despreciar, en un niño de tantas dotes —pues la ocasión, la preciosa ocasión, había llegado por fin—, el auxilio que podía esperarme de su preciosa inteligencia? ¿Para qué le había sido otorgada la inteligencia sino para su salvación? ¿No era lícito, con tal de alcanzar su

espíritu, arriesgarse a estimular violenta y audazmente su carácter? Esa noche, cuando estuvimos frente a frente en el comedor, fue como si el mismo niño me indicara el camino. El asado de cordero estaba sobre la mesa, y yo había ordenado al sirviente que se retirara. Miles, antes de sentarse, se detuvo un momento, con las manos en los bolsillos, y miró la fuente de asado a propósito del cual pareció a punto de hacer una broma. Pero dijo:

—Oiga, querida: ¿está, realmente, tan enferma?

—¿Flora? No tan enferma que no pueda mejorar muy pronto. Bly no le convenía. Londres le hará bien. Ven a comer.

Me obedeció enseguida, llevando cuidadosamente el plato a su asiento, y, una vez instalado, continuó:

—¿Es que Bly le ha hecho daño súbitamente?

—No tan súbitamente como piensas. Ya se veía desde hacía algún tiempo.

—Entonces ¿por qué no hizo usted que se fuera antes?

—¿Antes de qué?

—Antes de que estuviera demasiado enferma para viajar.

Encontré una respuesta inmediata:

—No está demasiado enferma. Pero lo habría estado de quedarse aquí. Se ha ido en el momento oportuno. El viaje disipará su malestar —¡oh, no me faltaba aplomo!— y sanará por completo.

—Ya veo, ya veo.

A Miles, por su parte, tampoco le faltaba aplomo.

Empezó a comer con esos modales exquisitos que, desde el día de su llegada, me habían dispensado de hacerle cualquier vulgar admonición. Del colegio no lo habían expulsado, sin duda, por «comer mal». Hoy estaba irreprochable, como de costumbre, pero más consciente, daba por supuestas más cosas de las que podía admitir sin explicación y, al advertirlo, se iba sumiendo en un silencio apacible. Nuestra comida fue brevísima —por mi parte, simulé comer— y luego ordené que levantaran la mesa. Miles se puso en pie; con las manos en los bolsillos, volviéndome la espalda, miró por la gran ventana a través de la cual yo había visto, una tarde de verano, lo que cambiaría para siempre mi destino. Y mientras la criada estuvo allí continuamos silenciosos, tan silenciosos —pensé irónicamente— como una joven pareja que, durante su viaje de novios en un hotel, está intimidada por la

presencia del sirviente. El sirviente acabó por dejarnos. Miles, entonces, se volvió hacia mí.

—Y bien, ¡ya estamos solos!

Capítulo veintitrés



—Oh, más o menos. —Imagino
mi pálida sonrisa—. No del todo.
¡Eso no nos gustaría! —continué. —No,
supongo que no. Están los otros, por su-
puesto. —Están los otros —asentí. —Pero aunque
estén —prosiguió con las manos en los bolsillos y plan-
tado frente a mí—, no cuentan mucho ¿verdad? Traté de
sacar el mejor partido de sus palabras, pero me sentía agotada.

—Eso depende de lo que tú llames «mucho».

—Sí —respondió, conciliador—. ¡Todo depende de eso!

Se aproximó nuevamente a la ventana con un paso indeciso, nervioso, meditativo. Permaneció allí un momento, con la frente apoyada en los cristales, contemplando los estúpidos arbustos y el tedioso paisaje de noviembre. Yo tenía siempre a mano la hipocresía de mi «labor»: gané el sofá, escudándome en ella, tranquilizándome con ella, como lo había hecho repetidas veces en esos momentos de tortura que ya he descrito como los momentos en que los niños se entregaban a algo de lo cual yo estaba excluida; entonces, dócilmente, obedecí a mi habitual espera de lo peor. Pero tuve una impresión extraordinaria al comprender el significado de las espaldas agobiadas del niño: la impresión de no sentirme excluida ahora. Esta inferencia alcanzó en pocos segundos una aguda intensidad y pareció unirse a la percepción directa de que era Miles, positivamente, quien estaba excluido. El marco y los cristales de la gran ventana eran como una imagen, para él, de una especie de fracaso. Me pareció verlo, de todos modos, encerrado por dentro o por fuera. Estaba admirable, pero incómodo; me di cuenta de ello con un estremecimiento de esperanza. ¿No buscaba, a través del hechizado cristal, algo que no podía distinguir? Y esa visión, ¿no le faltaba por primera vez? Sí, por primera, por única vez. ¡Espléndido augurio! Aunque se retuviera para no demostrarlo, estaba ansioso, había estado ansioso el día entero, y hasta en la mesa, a pesar de sus encantadores modales de costumbre, necesitó de todo su extraño talento infantil para guardar las apariencias. Cuando por fin se volvió hacia mí, era como si su talento hubiera sucumbido.

—Y bien, ¡me alegro de que Bly no me haga daño!

—Me parece que en estas últimas veinticuatro horas has sacado más provecho de Bly que en todo el tiempo anterior. Espero —continué audazmente— que te hayas divertido.

—Oh, nunca anduve tan lejos. Por todas partes, a leguas y leguas de aquí. Nunca he sido tan libre.



Tenía aplomo, verdaderamente. Yo trataba de mantenerme a su nivel.

—Y bien, ¿eso te gusta?

Sonrió; al final en tres palabras: «¿Y a *usted?*», puso más sentido del que yo jamás creí que tres palabras pudieran contener. No obstante, sin darme tiempo a contestar, prosiguió como tratando de suavizar su impertinencia:

—Nada puede ser tan amable como su manera de tomar las cosas, porque, si bien ahora estamos solos, es usted la más sola. Sin embargo —agregó—, espero que no le importe mucho...

—¿... ocuparme de ti? —pregunté—. Querido, ¿cómo puede importarme? Aunque ya no exijo tu compañía... tú eres tan superior a mí... yo, al menos, gozo tanto contigo. Si no, ¿con qué objeto me quedaría en Bly?

Me observó de frente; la expresión de su rostro, cuya gravedad aumentaba, me pareció la más bella que hubiera visto hasta entonces en él.

—¿Se queda usted —preguntó— únicamente por eso?

—Ciertamente. Me quedo como tu amiga, por el enorme interés que me inspiras, hasta que pueda hacer algo valedero por ti. Eso no debiera sorprenderte.

No podía disimular las vibraciones temblorosas de mi voz.

—¿No recuerdas —continué— que el día de la tormenta, cuando fui a sentarme en el borde de tu cama, te dije que no había nada en el mundo que no hiciera por ti?

—Lo recuerdo.

Por su parte, crecientemente nervioso, también necesitaba dominar su voz. Pero, más hábil que yo, podía reír a pesar de su gravedad, fingiendo que bromeábamos.

—Solo que usted me lo dijo, creo, para conseguir que yo hiciera algo por *usted*.

—En parte —admití— fue para conseguir que hicieras algo. Pero bien sabes que no lo hiciste.

—Sí —exclamó con viva y artificial vehemencia—; usted quería que yo le contara algo.

—Eso es, que me lo contaras francamente, muy francamente, que me confesaras lo que te obsesiona.

—Ah, ¿se ha quedado por *eso*, entonces?

Hablaba con una alegría a través de la cual yo podía percibir un leve rastro de agravio y de cólera. Pero ni siquiera puedo expresar el efecto que me produjo la implicación, por velada que fuese, de su derrota. Era como si aquello por lo cual yo había luchado tanto llegara al fin, pero solo para dejarme atónita.

—Sí, sí, ahora puedo confesarlo. Era precisamente por eso.

Tardó tanto tiempo en responder que parecía buscar un argumento para desbaratar la suposición en que se había basado mi conducta. Pero dijo, finalmente:

—¿Quiere usted que se lo diga ahora, aquí?

—No podríamos encontrar un lugar ni un momento más adecuado.

Paseó la mirada en torno a nosotros y creí descubrir —¡oh, la rara, la curiosa impresión!— el primer síntoma de que tenía miedo. Parecía tener miedo de mí; tal vez —reflexioné— era el mejor sentimiento que podía inspirarle. Sin embargo, en la angustia misma del esfuerzo, traté inútilmente de mostrarme severa, y un instante después me oí preguntar con una dulzura que llegaba casi a lo grotesco:

—¿Sigues teniendo tantas ganas de irte?

—Más que nunca.

Me sonrió heroicamente. El súbito rubor del sufrimiento acentuaba su conmovedora audacia infantil. Había tomado su sombrero, que trajo consigo al entrar, y se puso a retorcerlo entre las manos de una manera que me hizo sentir —aun entonces, cuando estaba próxima a tocar puerto— un perverso horror de mi conducta. Hiciera lo que hiciese, cometía siempre un acto de violencia. ¿Qué otra cosa sino violencia era la intromisión de una idea de grosería y culpabilidad en una criatura desvalida que me había revelado la posibilidad de relaciones encantadoras? ¿No era bajo suscitar, en un niño tan exquisito, un malestar tan ajeno a su modo de ser? Ahora —supongo— leo en nuestra situación con una claridad que me faltaba entonces, pues me parece advertir nuestros pobres ojos ya iluminados con un destello premonitorio de la angustia en cierne. Así dábamos vueltas, cargados de terror y de escrúpulos, como dos luchadores que difieren el ataque. ¡Pero cada cual temía por el otro! Eso nos mantuvo un rato más en suspenso, sin herirnos.

—Le contaré todo —dijo Miles—, es decir, le contaré todo lo que usted desea. Usted se quedará conmigo, y todo irá bien, y yo le contaré, sí, le *contaré*. Pero no ahora.

—Y ahora ¿por qué no?

Mi tenacidad lo desvió de mí, lo aproximó una vez más a la ventana: era tal el silencio que había entre nosotros que se hubiese oído caer un alfiler. Después me afrontó con el aire de una persona a quien fuera está esperando un visitante ineludible.

—Tengo que ver a Luke.

Nunca lo había obligado a decir una mentira tan obvia, y me sentí proporcionalmente avergonzada. Sin embargo, sus horribles mentiras determinaron mi verdad. Tejé unos puntos de mi labor, reflexivamente.

—Y bien, ve a buscarlo y yo aguardaré lo prometido. Pero a cambio de eso, antes de irte, responde a una pregunta mucho menos importante.

Parecía haber triunfado lo suficiente como para hacerme esa modesta concesión.

—¿Mucho menos importante...?

—Sí, una mera fracción del total. Dime —agregué de pasada, como enfrascada en mi labor— si ayer por la tarde cogiste mi carta, sabes, de la mesa del vestíbulo.

Capítulo veinticuatro



Sufrí por un instante lo que solo puedo describir como un agudo desdoblamiento de mi atención, un golpe que al principio, cuando me incorporé de un salto, me redujo al ciego movimiento de tomarlo entre los brazos, de apretarlo contra mí y – mientras me apoyaba en el mueble más próximo para sostenerme – de mantenerlo instintivamente de espaldas a la ventana.

La aparición de que ya he hablado estaba ante nosotros. Peter Quint había surgido como un centinela frente a una prisión. Inmediatamente pude verlo llegar a la ventana, luego vi su pálida faz de condenado pegarse al vidrio y escrutar el aposento. Decir que en un segundo supe la decisión que debía tomar representa burdamente lo que ocurrió dentro de mí; sin embargo, no creo que una mujer tan abrumada haya logrado, en tan corto tiempo, ser más dueña de sus actos. Por el horror mismo de esa presencia inmediata comprendí que debía mantener al niño ajeno a ella. La inspiración —es inútil llamarla de otro modo— me infundió el sentimiento de mi coraje, de mi capacidad. *Podía* hacerlo. Era como luchar contra un demonio por un alma humana, y al pensar en ello pude ver al alma humana, que tenía una adorable frente infantil bañada en sudor. Yo, los brazos extendidos y las manos temblorosas, lo sujetaba por los hombros. El rostro próximo al mío no estaba menos pálido que el rostro pegado a los cristales, e instantes después dejaba escuchar una voz que aspiré cual fragancia exquisita. No era una voz sorda ni débil, aunque parecía venir de muy lejos.

—Sí. Yo la cogí.

Entonces, con un gemido de felicidad, lo abracé locamente, y mientras lo tenía apretado contra mi pecho, donde podía sentir el formidable latido del pequeño corazón en el cuerpecito súbitamente afebrado, continué vigilando al personaje de la ventana, lo vi moverse y cambiar de postura. Lo he comparado a un centinela, pero su lento ir y venir me recordó, por un momento, el andar de una fiera a quien han arrebatado su presa. Tuve que atenuar la llama de mi avivado coraje para no dejarme arrastrar. De nuevo la mirada siniestra brillaba tras los cristales, el miserable nos clavaba los ojos como si espicara y aguardara. Pero yo me sentía capaz de hacerle frente; sentía, a la vez, que el niño ignoraba su presencia. Esto me indujo a continuar hablando:

—¿Para qué la cogiste?

—Para saber lo que usted decía de mí.

—¿Abriste la carta?

—Sí.

Aflojé los brazos; otra vez, al separarlo un poco de mi lado, observé el rostro del niño, donde el brusco cese de la ironía mostraba hasta qué punto lo había estragado el malestar. Era prodigioso que al fin, gracias a mi triunfo, sus

sentidos estuvieran sellados y la comunicación rota: Miles se sabía en presencia de algo que ignoraba, e ignoraba que yo también estaba en presencia de lo mismo y que sabía ante qué. Pero ¿qué podía importar su malestar cuando mis ojos, al dirigirse a la ventana, vieron el aire transparente y — gracias a mi triunfo— la maligna influencia vencida? No había nada en la ventana, y yo había triunfado, y triunfaría del *todo*. Lancé una exclamación de júbilo:

—¿Y no encontraste nada!

Movió la cabeza del modo más triste, más pensativo:

—Nada.

—¿Nada, nada! —contesté casi con un grito, sin poder reprimir mi alegría.

—Nada, nada —repitió melancólicamente.

Lo besé: tenía la frente empapada en sudor.

—¿Y qué hiciste de ella?

—La quemé.

—¿La quemaste?

Tenía que ser ahora o nunca, dije:

—¿Eso hiciste en el colegio?

—¿En el colegio?

—¿Tomaste cartas... u otras cosas?

—¿Otras cosas?

Ahora parecía pensar en algo muy distinto que solo alcanzaba a través de su inquietud. Pero al fin lo alcanzó.

—¿Si yo *robaba*?

Me sentí enrojecer hasta la raíz del cabello, pensando cuál de las dos cosas era más extraña: si hacer tal pregunta a un caballero o ver que acogía mi pregunta con una indulgencia que daba la pauta de su derrota.

—¿Por eso no podías volver?

Sintió un pequeño y triste asombro.

—¿Sabía usted que no podía volver?

—Lo sé todo.

Me dirigió una larga y extraña mirada.

—¿Todo?

—Todo. Entonces tú... —pero no pude repetirlo.

Miles pudo, con sencillez:

—No, no robaba.

Debió de leer en mi rostro que lo creía ciegamente. Pero mis manos —por puro cariño— lo sacudieron como preguntándole por qué, si no había nada de por medio, me había condenado a tantos meses de tortura.

—¿Qué hiciste, entonces?

Miró hacia el techo con vago sufrimiento y respiró dos o tres veces seguidas, dificultosamente. Se le hubiera creído en el fondo del mar, levantando los ojos hacia un débil crepúsculo verde.

—Y bien..., decía cosas.

—¿Solo eso?

—¡Pensaron que era suficiente!

—¿Para expulsarte?

Nunca, en verdad, una persona «expulsada» explicaba tan poco lo sucedido como este jovencito. Pareció considerar mi pregunta, pero con un desapego casi total e irremediable.

—Bueno, supongo que no debí decirlas.

—Pero ¿a quién decías esas cosas?

Evidentemente, trataba de recordar. Pero no pudo: había olvidado.

—¡No lo recuerdo!

Llegó casi a sonreírme en la desolación de su derrota, y en verdad su derrota era tan completa que yo debí abandonar el asunto. Pero estaba obsesionada, cegada por mi victoria, aunque mi victoria tuvo por consecuencia, en vez de acercarlo a mí, acentuar nuestra separación. Le pregunté:

—¿A todos?

—No, solamente a...

Pero movió la cabeza, fastidiado.

—No recuerdo sus nombres.

—¿Eran tantos?

—No... solo unos pocos. Aquellos que me gustaban.

¿Aquellos que le gustaban? Me parecía entrar, no en la luz, sino en una oscuridad todavía más intensa. Al cabo de un minuto, de la compasión misma surgió la espantosa inquietud de pensar que tal vez fuera inocente. Enigma

confuso e insondable, porque si *era* inocente ¿qué era yo, entonces? Quedé paralizada cuando me rozó ese pensamiento y se aflojaron mis brazos. Él me volvió la espalda con un profundo suspiro, y yo soporté que mirara hacia la ventana vacía, sabiendo que ahora no había nada que temer por ese lado.

—Y ellos repitieron lo que dijiste —continué después de un momento.

Muy pronto estuvo a cierta distancia de mí, respirando con esfuerzo y dándome la impresión —aunque ya no demostraba cólera por ello— de hallarse encerrado contra su voluntad. De nuevo miró la luz incierta, como si ya de todo aquello que lo había sostenido hasta entonces nada quedara, fuera de una indecible ansiedad. Replicó, no obstante:

—Sí, debieron de haberlo repetido. A los que les gustaban.

Era menos de lo que esperaba escuchar. Pero reflexioné un poco.

—Y estas cosas llegaron a oídos...

—¿... de los profesores? ¡Oh, sí! —respondió sencillamente—. Pero nunca pensé que las contarían.

—¿Quiénes? ¿Los profesores? No. Nada dijeron. Por eso te lo pregunto.

Volvió de nuevo hacia mí su pequeño y encantador rostro afiebrado.

—Sí. Era demasiado malo.

—¿Demasiado malo?

—Lo que supongo que dije alguna vez. Para que lo escribieran a casa.

No puedo expresar la exquisita y patética contradicción que había entre esas palabras y el niño que las pronunciaba. Solo sé que al cabo de un instante me oí exclamar con familiar violencia:

—¡Chismes y tonterías!

Pero al instante después debí preguntar con bastante severidad:

—¿Qué cosas eran?

Mi severidad iba dirigida por entero a sus jueces, a sus verdugos; sin embargo, lo indujo a separarse de mi lado, y ese movimiento hizo que yo, incorporándome de un salto y lanzando un grito irreprimible, lo tomara violentamente entre mis brazos. Porque otra vez, contra el vidrio, como para marchitar su confesión y suspender su respuesta, estaba el odioso autor de nuestra desgracia, la faz pálida y maldita. El derrumbe de mi victoria inminente y el nuevo comenzar de la batalla me produjo vértigo, de modo que mi salvaje impulso sirvió para delatarme por completo. Pero mientras me

traicionaba a mí misma comprendí que Miles tan solo adivinaba lo sucedido. Para él, no había nadie en la ventana. Entonces dejé que mi arrebató convirtiera el apogeo de su decepción en la prueba misma de que por fin estaba libre. «¡Nunca más, nunca más, nunca más!», grité al visitante, mientras intentaba retener al niño entre los brazos.

—¿Está ella *aquí*? —preguntó Miles, ansioso. A pesar de sus ojos vendados, había comprendido el significado de mis palabras. Después, como su extraño «ella» me trastornó hasta el punto de que, fuera de mí, lo repetí como un eco, él contestó con súbita furia—: ¡La señorita Jessel, la señorita Jessel!

Estupefacta, comprendí su exclamación: suponía que se estaba repitiendo nuestra escena con Flora. Esto solo acrecentó mi deseo de mostrarle que mi victoria era aún mayor.

—¡No es la señorita Jessel! Pero está en la ventana ante nosotros. ¡Está ahí, el cobarde monstruo, está por última vez!

Al cabo de un segundo en que movió la cabeza, con el gesto de un perro anheloso que ha perdido la pista, y la echó hacia atrás como en busca de aire y de luz, se volvió hacia mí, pálido de cólera, perplejo, mirando vanamente en todas direcciones y no encontrando nada, aunque yo sentía el aposento envenenado por la dominante y abrumadora presencia.



—¿Es él?

Estaba tan decidida a obtener una prueba absoluta, que fingí una glacial tranquilidad para desafiarlo:

—¿A quién te refieres?

—¡Peter Quint! ¡Ah, demonio!

Su rostro dirigió nuevamente, alrededor del aposento, una convulsa súplica.

—¿Dónde está?

Todavía resuena en mis oídos el nombre maldito que llevaba implícitos su absoluta entrega y su tributo a mi abnegación.

—¿Qué importancia tiene ahora, vida mía, ahora y *nunca*? Ya eras mío — exclamé, dirigiéndome a la fiera—, pero él te ha perdido para siempre. — Después, para demostrar que había cumplido mi obra—: ¡Ahí, *ahí*! —grité, señaládoselo a Miles.

Pero Miles se había escapado de mis brazos y volviéndome la espalda, exploraba a nuestro alrededor, escrutaba la ventana, para ver tan solo el día apacible. Bajo el golpe de esta pérdida que tanto me enorgullecía, lanzó el grito de una criatura que cae al abismo, y el abrazo con que lo recobré pudo haber sido el de sujetarlo en su caída. Lo sujeté, sí, lo estreché contra mi pecho ¡puede imaginarse con qué pasión! Pero después de un minuto empecé a sentir lo que realmente estrechaba. Estábamos solos en el día apacible, y su pequeño corazón, desposeído, había dejado de latir.

Prefacio^[*]

[*Otra vuelta de tuerca*], [...] esta pequeña ficción perfectamente independiente e irresponsable disfruta, más que cualquier rival en un terreno comparable, de una provisión consciente de prontas respuestas a la más aguda pregunta que se le pueda dirigir. Ya que tiene la pequeña potencia —si no debiera decir la inatacable tranquilidad— de una perfecta homogeneidad, de ser, hasta el último grano de su virtud, toda de un solo tipo; el tipo menos apto para ser hostigado por la crítica seria, la única clase de crítica que hay que tomar en cuenta. Manipular nuevamente esta flor desarrollada de alta fantasía es retroceder hasta ella llevado por fáciles y felices reconocimientos. Permítanme que el primero sea el del punto de partida —la sensación, otra vez completamente encantadora, del círculo, en una tarde de invierno, en torno al fuego de una casa campestre vieja y grave en la que (exactamente como para resolverse rápida y forzosamente en material convertible, en material «literario») la conversación giró, con ya no recuerdo qué sencillo pretexto, hacia las apariciones y los temores nocturnos, hacia el notable y triste descenso de la oferta en general, y más aún, de la calidad general de esos productos—. Las buenas historias de fantasmas (por llamarlas así, de un modo aproximado), las realmente efectivas y estremecedoras, parecían haber sido todas contadas, y ni una variedad nueva ni un tipo nuevo nos aguardaba en ninguna parte. El nuevo tipo, desde luego, el mero caso «físico» moderno, estaba desprovisto de toda rareza, como si hubiera sido pasado por el chorro de la canilla de un laboratorio, y equipado con credenciales que así lo denotaban; el nuevo tipo claramente prometía poco, ya que cuanto más

certificado de respetabilidad obtenía, menos parecía capacitado para suscitar el profundo terror sagrado^[1]. Fue así, recuerdo, como en medio de nuestro lamento por una bella forma perdida, nuestro distinguido anfitrión nos manifestó su deseo de poder recuperar para nosotros un fragmento limitado de esa bella forma. Él nunca se había olvidado de la impresión que le había causado en su juventud la visión fugaz y contenida, por así decir, de un asunto horroroso que le había sido contado años antes, y con muy pocos detalles, por una dama con la cual había conversado en su juventud. La historia habría sido escalofriante —si ella hubiera podido retenerla mejor— por tratarse, como se trataba, de una pareja de niños en un lugar alejado, a la cual se creía que los espíritus de ciertos «malos» sirvientes, muertos mientras eran empleados de la casa, se les habían aparecido con la intención de «tomar posesión» de ellos. Eso era todo, pero había habido más, cosas de las que la antigua interlocutora de mi amigo había perdido el hilo: ella solo podía asegurarle lo asombroso que le había resultado lo dicho cuando lo oyó, hacía mucho tiempo. Él, por su parte, no podía proporcionarnos más que la sombra de una sombra, mi propia apreciación de la cual, casi no hace falta que lo diga, justamente se dejaba encantar por esa poca sustancia. En la superficie no había mucho, y sin embargo otro grano hubiera arruinado la preciosa pequeñez, tan claramente apta para su fin como una pizca de rapé extraída de una vieja caja de plata. Yo iba a recordar a los niños acosados y a los espíritus serviles que los merodeaban como un «valor» del tipo inquietante, conscientemente suficiente; de modo tal que, cuando, después de un intervalo, los promotores de un periódico me pidieron algo adecuado para la estación, me vino de inmediato al pensamiento la más vívida notita de siniestra novelería que yo haya apuntado nunca en mi cuaderno^[2].

Esa fue la fuente privada de *Otra vuelta de tuerca*, y me preguntaba, confieso, por qué un germen tan delicado, que refulgía entre el polvo a la vera del camino de la vida, nunca había sido diestramente recogido. La cosa tenía para mí el inmenso mérito de permitir absoluta libertad de acción a la imaginación, de invitarla a actuar en un terreno perfectamente limpio, sin control *externo*, sin patrón de lo usual o de lo verdadero o de lo terriblemente *agradable* (excepto, por cierto, la gracia de la propia forma), al cual responder. En esto consiste, de hecho, el encanto de mi segunda referencia:

que encuentro aquí un perfecto ejemplo de un ejercicio de imaginación no ayudada, no asociada, que juega el juego, y que marca el tanto, como se dice en nuestros deportivos tiempos, con su propio bate. No necesito siquiera intentar decir en qué medida el juego valía la pena de ser jugado: el ejercicio que he señalado ahora se me aparece, confieso, como lo interesante, como la facultad imaginativa actuando con *todo* en sus manos. El espectáculo es, en otras palabras, un cuento de hadas puro y simple, excepto porque no brota de una credulidad irrestricta e ingenua sino de una credulidad consciente y cultivada. Todavía, el cuento de hadas pertenece principalmente a dos clases: el corto, abrupto y unitario, más o menos cargado con la densidad de la anécdota (respecto del cual dejemos que los cuentos familiares de nuestra infancia, «Cenicienta», «Barba Azul», «Pulgarcito», «Caperucita Roja», y muchas de las gemas de los hermanos Grimm, den testimonio por sí mismos), o el largo y suelto, el copioso y variado, el interminable, en el cual, dramáticamente hablando, la redondez es sacrificada, sacrificada a la abundancia, sacrificada a la exuberancia (si uno quiere ver, al azar, casi cualquiera de las *Mil y una noches*). El encanto de todas esas cosas, para la aturdida mente moderna, reside en el claro campo de la experiencia —lo llamo así— al que se nos lleva a vagar; un mundo anexo pero independiente en el cual nada es correcto salvo si lo imaginamos correctamente. Tenemos que hacer *eso*, y lo hacemos alegremente, por el tirón breve y la pieza corta, logrando quizás así belleza y lucidez; en cambio, forcejeamos, perdemos el aliento —nos falla no la continuidad sino la agradable unidad, la «redondez» en la cual en gran medida residen la lucidez y la belleza—, cuando vamos en busca, como se dice, de grandes extensiones y anchuras. Y esto, extrañamente, no porque la brújula de la imaginación no nos pida, en ciertas condiciones, *continuar*, sino porque el interés más sutil depende simplemente de *cómo* se lo mantenga. Nada es tan fácil como la improvisación, el fluir ininterrumpido de la invención, pero se la compromete tristemente en el momento en que su corriente rompe los límites y se vuelve inundación. Entonces, las aguas pueden desbordarse, abrazando casas y manadas y cultivos y ciudades y dislocando, para nuestra distracción, toda la faz del campo, solo que violando en el mismo plumazo nuestro sentido del curso y del canal, que es nuestro sentido de los usos de una corriente y de las virtudes de un cuento. La improvisación, como

en las *Mil y una noches*, puede llevarse bien con los objetos encontrados, al arrasarlos y llevarlos flotando en su seno, pero así ella se pierde el gran efecto, el de llevarse bien consigo misma. Esto es siempre, sugiero, lo difícil para el cuento de hadas; pero en *Otra vuelta de tuerca*, por lo mismo que me parecía difícil se me presentaba como imperioso. Improvisar con extrema libertad y al mismo tiempo sin la posibilidad de devastación, sin el atisbo de un desbordamiento; mantener la corriente, en una palabra, dentro de algo así como una relación ideal consigo misma: esa era claramente mi tarea. Todo debía apuntar a una absoluta unicidad, claridad y redondez, y aun así depender de la acción libre, de la acción extravagante (llamémosle así) de la imaginación; bajo esa ley no sería concebible sino como libre, y no sería entretenida sino en la medida en que fuera controlada. Así, el mérito del relato es, creo, que batalló con éxito contra sus peligros. Se trata de una excursión al caos que no pasa, como en «Barba Azul» y «Cenicienta», de una anécdota, aunque se trate de una anécdota amplificadas y sumamente enfatizadas que vuelve sobre sí misma como, al respecto, «Cenicienta» y «Barba Azul» vuelven. Casi no necesito agregar, después de esto, que se trata de una pieza de invención pura y simple, de frío cálculo artístico, un *amulette* para capturar a aquellos a quienes no se captura fácilmente (y la «diversión» de la captura de los meramente tontos es apenas pequeña), los saciados, los desilusionados, los quisquillosos. Expresado de otra manera, el estudio es de un *tono* preconcebido, el tono de una preocupación sospechada y sentida de una especie excesiva e incalculable, el tono de mistificación trágica pero exquisita. Darle espesor al tema de la mistificación de mi joven amigo, el supuesto narrador, y al mismo tiempo tensar la expresión de un modo tan claro y sutil que produzca belleza: ningún lado del asunto me resulta hoy tan vívido como ese propósito. Desde luego, si el valor artístico de un experimento así se midiera por los ecos intelectuales que pueda, mucho después, volver a movilizar, ese argumento favorecería a esta pequeña y firme fantasía que, hoy me parece ver, arrastra una serie de asociaciones. Yo, indudablemente, debería ruborizarme por confesar que esas asociaciones son tan numerosas que apenas puedo entresacar algunas para comentarlas. Recuerdo, por ejemplo, un reproche que me hizo un lector, capaz, evidentemente, de alguna atención, pero no la suficiente, que se quejó de que yo no había

«caracterizado» lo bastante a mi joven institutriz en su laberinto; no la había dotado de signos y marcas, rasgos y humores, en una palabra, no la había invitado a tratar con su propio misterio, como el de Peter Quint y miss Jessel y los desventurados niños. Recuerdo muy bien, aunque sea absurdo que ahora me venga a la memoria, mi respuesta a esa crítica, que hizo que por un instante el corazón artístico, el corazón irónico de uno, casi se partiera: «Usted se permite esa crítica fácilmente, y no me importa confiarle que, con todo lo extraño que pueda parecer, uno tiene que elegir muy sutilmente entre las dificultades que tiene, abocándose a las mayores, dándoles duro a esas y desatendiendo inteligentemente las otras. Si uno intenta afrontarlas todas, lo cierto es que no va a dedicarse por completo a ninguna; mientras que la dedicación eficiente a unas pocas proyecta una bendita neblina dorada al amparo de la cual, como las caprichosas diosas burlonas de las nubes, las otras encuentran prudente retirarse. Yo estaba *déjà très joli* en *Otra vuelta de tuerca*, créame, por favor, con la proposición general de que nuestra joven mantuviera cristalino su registro de tantas anomalías y oscuridades intensas (con lo cual no quiero significar, por cierto, su explicación de ellas, que es cosa diferente). Y no veía, admito débilmente (luchando, a lo sumo, cada tanto por cada reñida pulgada de mi espacio), exhibirla en otras relaciones que en esas, una de las cuales sería, precisamente, su relación con su propia naturaleza. Sin duda tenemos de su naturaleza todo lo que podemos captar al verla exhibir sus ansiedades y deducciones. Por cierto, en tales condiciones no es poco para un personaje, para una persona joven y, como ella dice, “educada privadamente”, ser capaz de hacer creíble su particular versión de asuntos tan extraños. Ella tiene *autoridad*, lo cual es darle mucho. Y yo no podría haber llegado a tanto si torpemente hubiera intentado más».

Verdad para la cual reclamo parte del encanto ocasionalmente latente en las razones extractadas de las cosas bellas: atendiendo, en una obra de arte, siempre a lo bello, lo cercano, lo curioso, lo profundo. Permítaseme colocar por encima de todo, sin embargo, amparándome en eso, el lado por el cual esa ficción me convoca a considerarla: el modo en que elige hacer frente a su más grave dificultad. Había dificultades no tan graves: por ejemplo, simplemente tuve que renunciar a todo intento de mantener el tipo y el grado de impresión que quería producir dentro de los hoy tan copiosos relatos físicos de casos de

apariciones. En esos relatos, las apariciones están caracterizadas por diferentes señales y circunstancias, y los aparecidos hacen diversas cosas (aunque en conjunto no parecen ser muchas); el punto es, sin embargo, que algunas cosas nunca se hacen en absoluto; esta cantidad negativa es grande: siempre se imponen ciertas reservas, cualidades e invariantes. Los «fantasmas» de los que los relatos dan cuenta son, en otras palabras, tan poco expresivos como poco dramáticos, y sobre todo tan poco coherentes y conscientes, como si ya tuvieran bastante trabajo —enorme trabajo se toman, colegimos— con el hecho de aparecer. Por lo tanto, aunque esas figuras sean maravillosas e interesantes en un momento dado, son inconcebibles en una acción; y *Otra vuelta de tuerca* era desesperadamente una acción o no era nada. Tuve que decidir, en fin, que mis apariciones fueran correctas o que mi historia fuera «buena»; esto es, producir mi impresión de lo terrible, mi concepción del horror. Los buenos fantasmas, los de libro, constituyen temas pobres; y estaba claro desde el principio que mis presencias merodeadoras, acechantes, enfermantes, mi par de agentes anormales, se apartarían enteramente de las reglas. Eso serían de hecho, serían agentes; sobre ellos se depositaría la espantosa obligación de hacer que la situación destilara el aire del mal. Su deseo y capacidad de hacerlo, midiendo visiblemente su efecto, observando y describiendo sus triunfos: esta era exactamente mi idea central; de modo que, brevemente, yo forjé mi grupo de personajes con materia novelesca, y las apariciones conformes al modelo son muy poco novelescas.

Esto es decir, reconozco nuevamente, que Peter Quint y miss Jessel no son «fantasmas» en absoluto, como conocemos ahora a los fantasmas, sino duendes, gnomos, diablillos y demonios, tan laxamente contruidos como los de los antiguos juicios por brujería, si es que no son —agradablemente— hadas del orden legendario cortejando a sus víctimas para verlas bailar bajo la luna. No es que yo sugiera, por cierto, que los fantasmas puedan ser reducidos a alguna forma pura y simple de lo placentero; si dan placer, en el mejor de los casos, es porque me permitieron expresar directa e intensamente mi tema. Ocurrió que —en el uso que hice de ellos— yo sentí que se requería verdaderamente un alto grado de arte; y hete aquí que, al releer el relato completo, encuentro mis precauciones justificadas. La esencia de la cuestión estaba en la vileza de los móviles de las criaturas rapaces evocadas; de modo

que el resultado sería innoble —con lo cual quiero decir, sería trivial— si estos elementos del mal estuvieran débil o anodinamente sugeridos. De esa forma se me planteó, en beneficio de mi idea, el vivo interés de optar por la sugestión y por un procedimiento de *sombreado*; la cuestión era cómo transmitir mejor ese sentido de las profundidades de lo siniestro sin el cual mi fábula renquearía lamentablemente. Mal portentoso. ¿Cómo iba yo a preservar eso, esa intención de mis espíritus demoníacos, de la caída, de la relativa vulgaridad que inevitablemente le esperaba, en cualquier posible ilustración, a cada ejemplo proporcionado, a cada vicio aludido, a cada mención de acciones, cada mínima circunstancia deplorable a representar? Volver a la vida a los malos muertos para una segunda ronda de maldad es llevarlos al plano de lo prodigioso, y había que cuidarse, por consiguiente, tanto de las especificaciones como de un posible anticlímax. Uno había visto en la ficción cómo algunas grandiosas formas de mal proceder o, mejor aún, de mal ser eran prometidas y anunciadas como por la respiración caliente del infierno, y luego, lamentablemente, se encogían al compás del retrato de cierta particular brutalidad, cierta particular inmoralidad, cierta particular infamia: con el resultado, ¡ay de mí!, de que la demostración era tristemente insuficiente. Sentía que si *mis maldades* para *Otra vuelta de tuerca* sucumbían a este peligro, si no parecían suficientemente malas, no me quedaría otra cosa que colgar mi cabeza artística más abajo que lo que nunca me había visto en situación de hacerlo.

La visión de esa incomodidad, y el temor de ese deshonor, debió de ser, entonces, lo que me dio la luz adecuada para mi correcto, pero no por eso más fácil, atajo. ¿De qué, en último análisis, yo tenía que dar la sensación? De que esos seres, la pareja al acecho, eran capaces, como suele decirse, de todo: esto es, de ejercer, respecto de los niños, la peor acción concebible a la que pudiera someterse a pequeñas víctimas tan dependientes. ¿Cuál sería entonces, en la reflexión, esa extrema maldad concebible? La respuesta para ese interrogante llegó admirablemente. No hay, para el caso, ningún *absoluto* del mal que pueda escogerse; es relativo respecto a otros cien elementos, es una cuestión de apreciación, de especulación, de imaginación, cosas por lo demás absolutamente dependientes de la experiencia del espectador, del crítico, del lector. Solo haz suficientemente intensa para el lector la visión general del

mal, me dije —y eso ya es un trabajo muy atractivo—, y su propia experiencia, su propia imaginación, su propia conmiseración (por los niños) y horror (por sus falsos amigos) lo proveerá suficientemente de todos los detalles. Hazle *pensar* el mal, hazle pensarlo por sí mismo, y estarás liberado de endebles pormenores. Me esforcé —y de hecho tuve que hacer un gran esfuerzo— por aplicar ese artificio; y con un éxito que por lo visto superó mis más vivas esperanzas. Bastante risibles son al mismo tiempo, debo añadir, algunas de las evidencias —aun cuando de lo más convincentes— de este éxito. ¿Cómo puedo yo sentir que mi cálculo falló, que la sugestión que me forjé no funcionó, dado que fui atacado, como me ocurrió, con el cargo de poner un énfasis monstruoso, de ser indecorosamente explícito? No solo no hay, del principio al fin del asunto, ni una pizca de explicitación, sino que los valores fueron todos ganados limpiamente, salvo en la medida en que un horror excitado, una piedad suscitada, una sabiduría inducida —efectos puntuales de causas fuertes de los que ningún escritor podría dejar de enorgullecerse—, procedan a ver en ellos figuras más o menos fantásticas. Del mayor interés para el autor, entre tanto —y, por la misma razón, un tema para el moralista—, es la reacción ingenuamente resentida del convidado que se ha llenado en exceso del sentido de la situación. Él achaca moralmente ese exceso al artista, que no ha hecho más que ceñirse a un ideal de perfeccionismo. Para el artista, ¡esos son reparos que pueden vivificar el largo esfuerzo!



BOCETOS



617 490 995

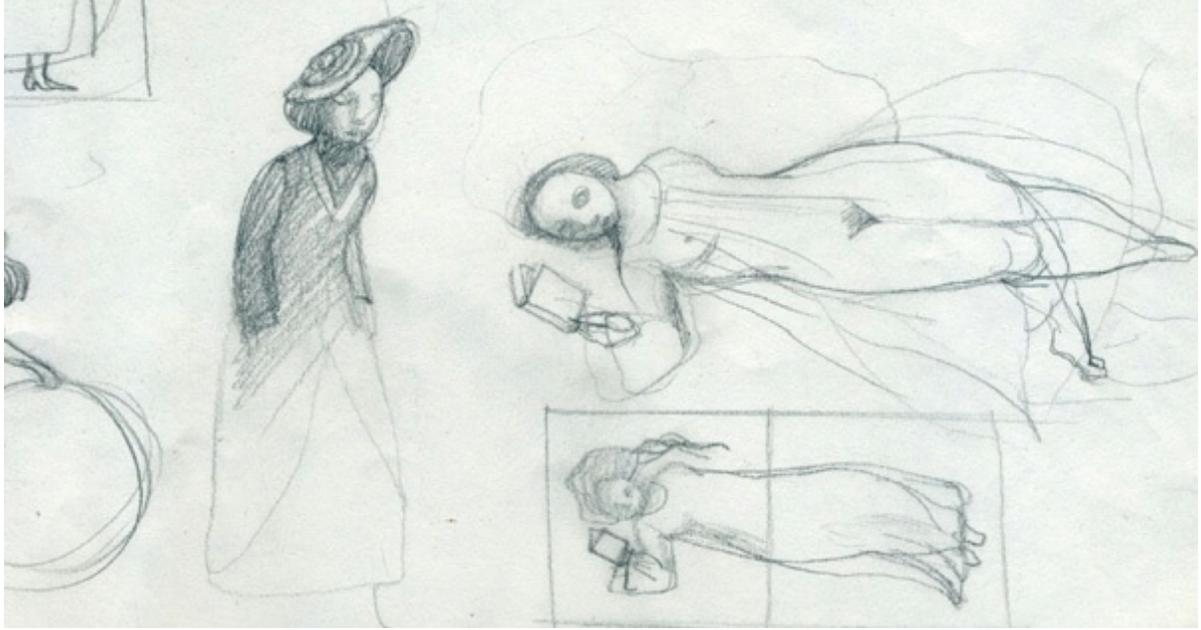
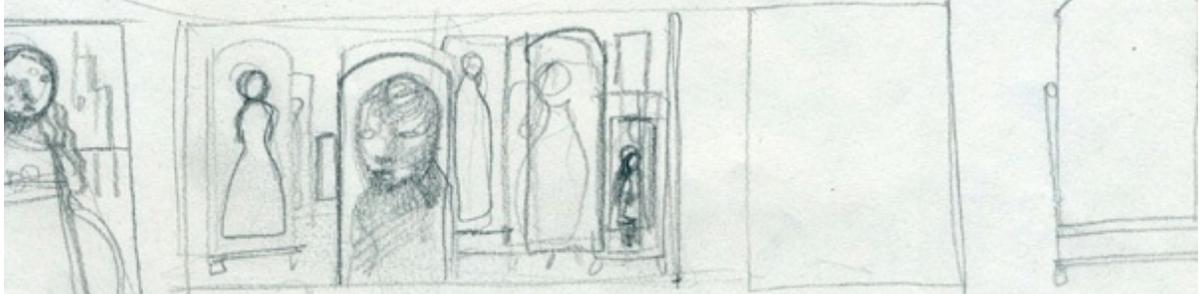
7021



100
101
102
103
104
105
106
107
108
109
110
111
112
113
114
115
116
117
118
119
120

* 104
* 104
104

-ella - los niños - ratones
cosen 2 ratones juegan a ferrocarril
gata los rodean - ella los confunde
juegan con
muñeco el niño









Jr Gore
- cochen
- riada
- wjo palapuan
- " parolunero
- mueri grangi
Jony

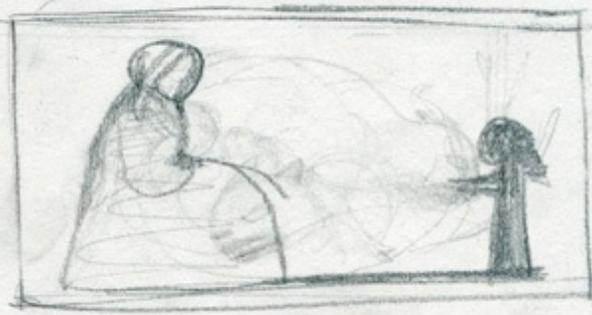
flous
cose
crutis
Jony

FOR C6

36x26



chato
- gatos jugau
mhos

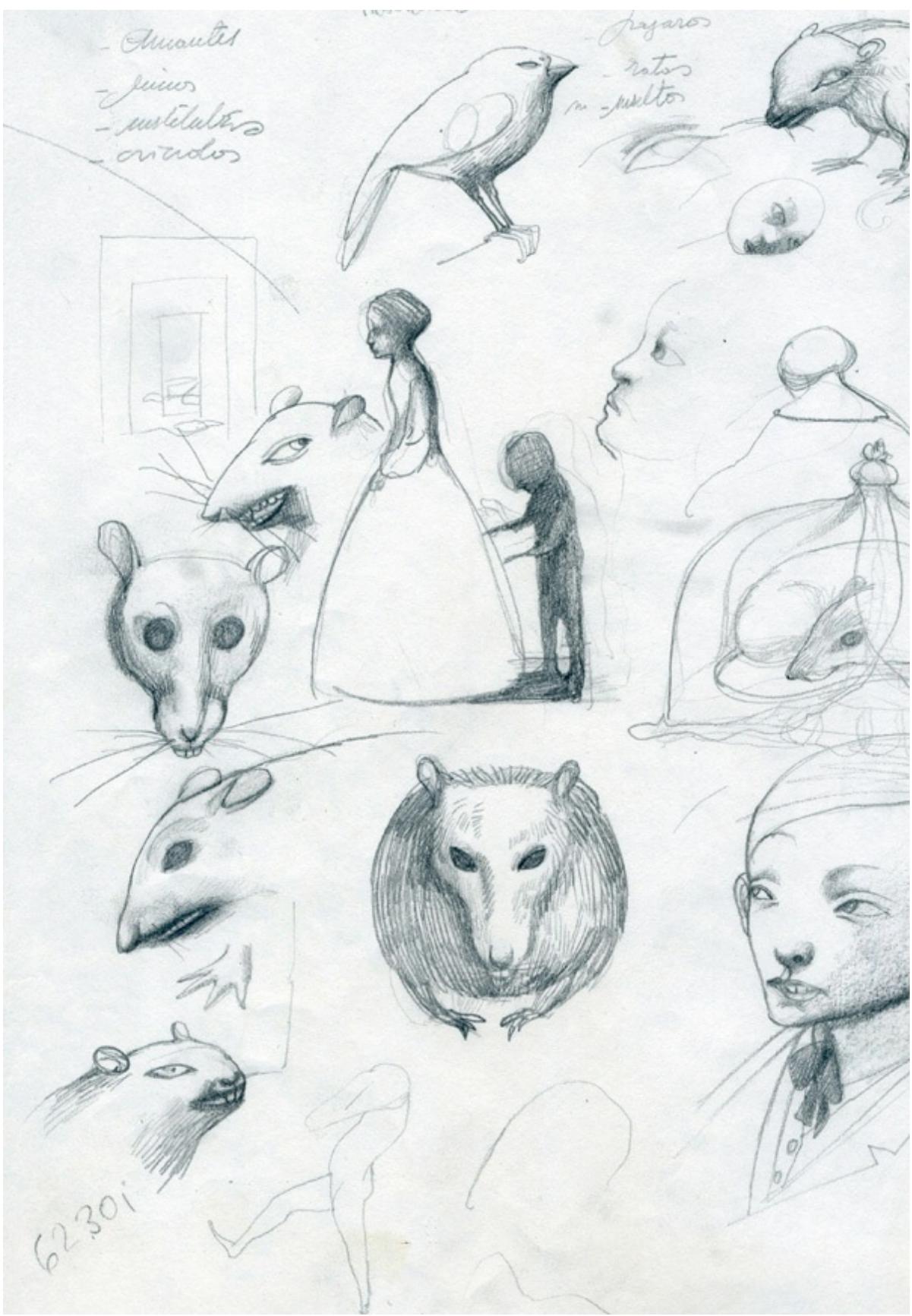


A



- Amantel
- juinos
- sustitutos
- orvidos

- jayaro
- ratos
- m-sultor

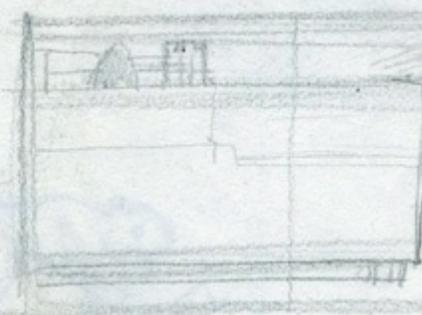
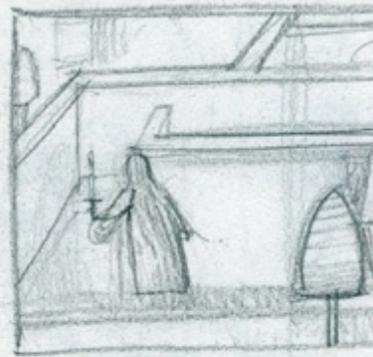
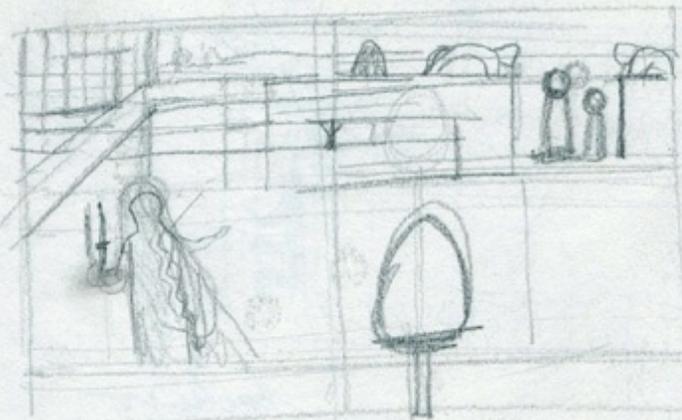


62301

El niño juega con sus ratas

Animales jugando bosque
escondiendo con sus colas a los niños
Niño juega con ratas. niña lo aduina
ratas que pretan pajuos
baño

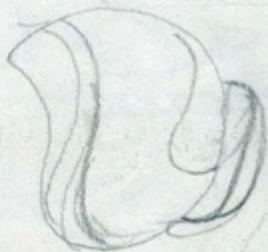


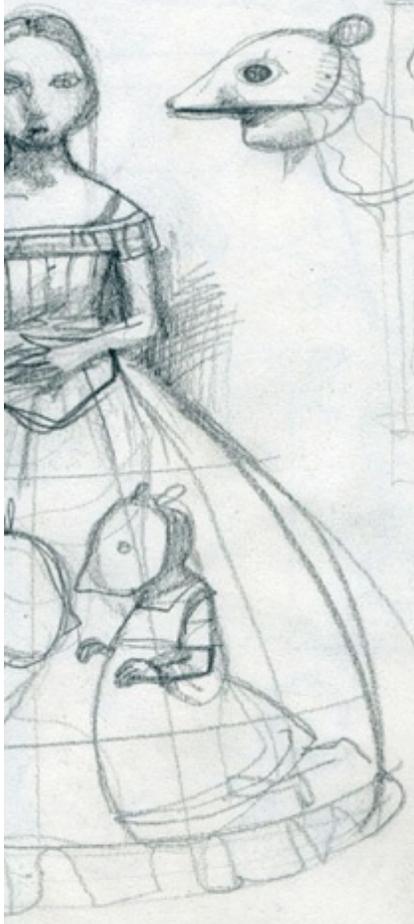
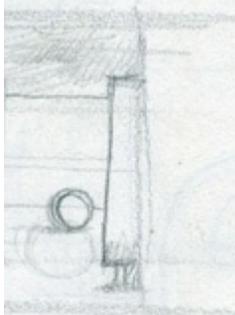
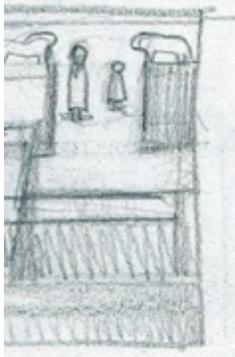


915210000

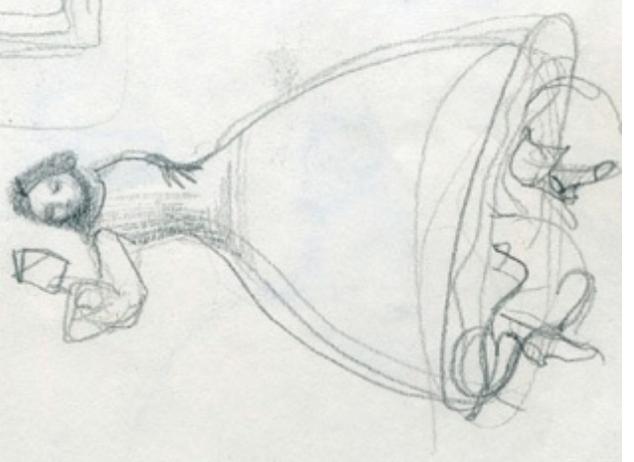


Crepe
Jalo negro
Juel blanco



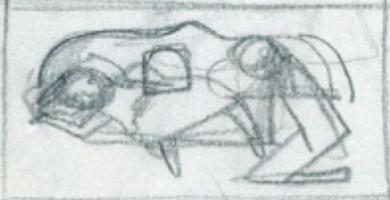


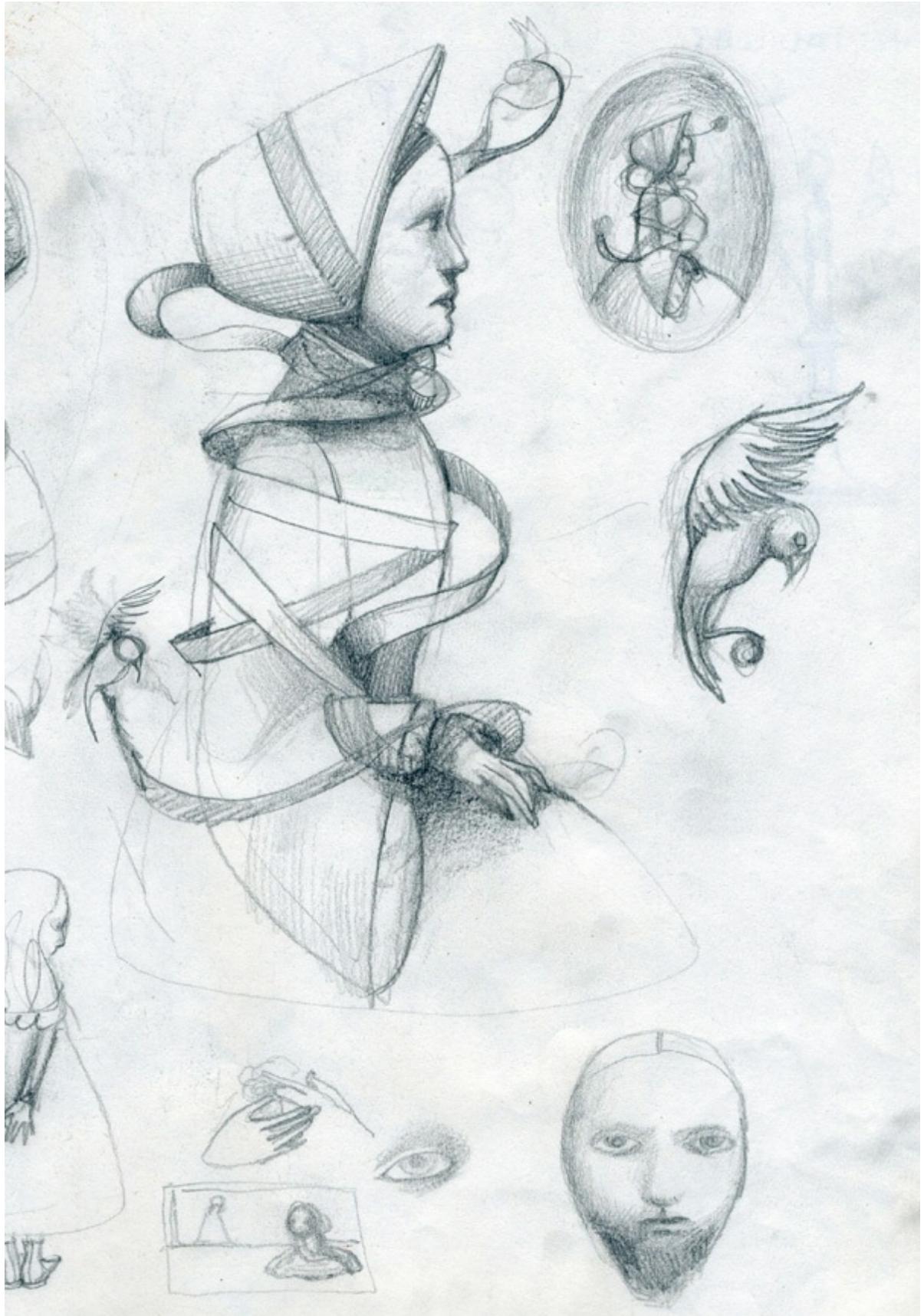
697

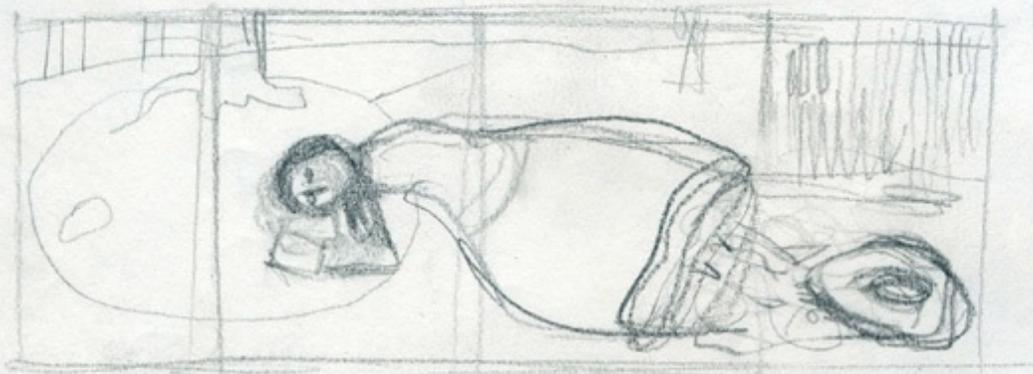
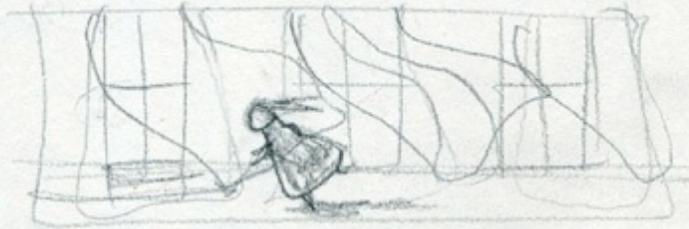


200 500 51

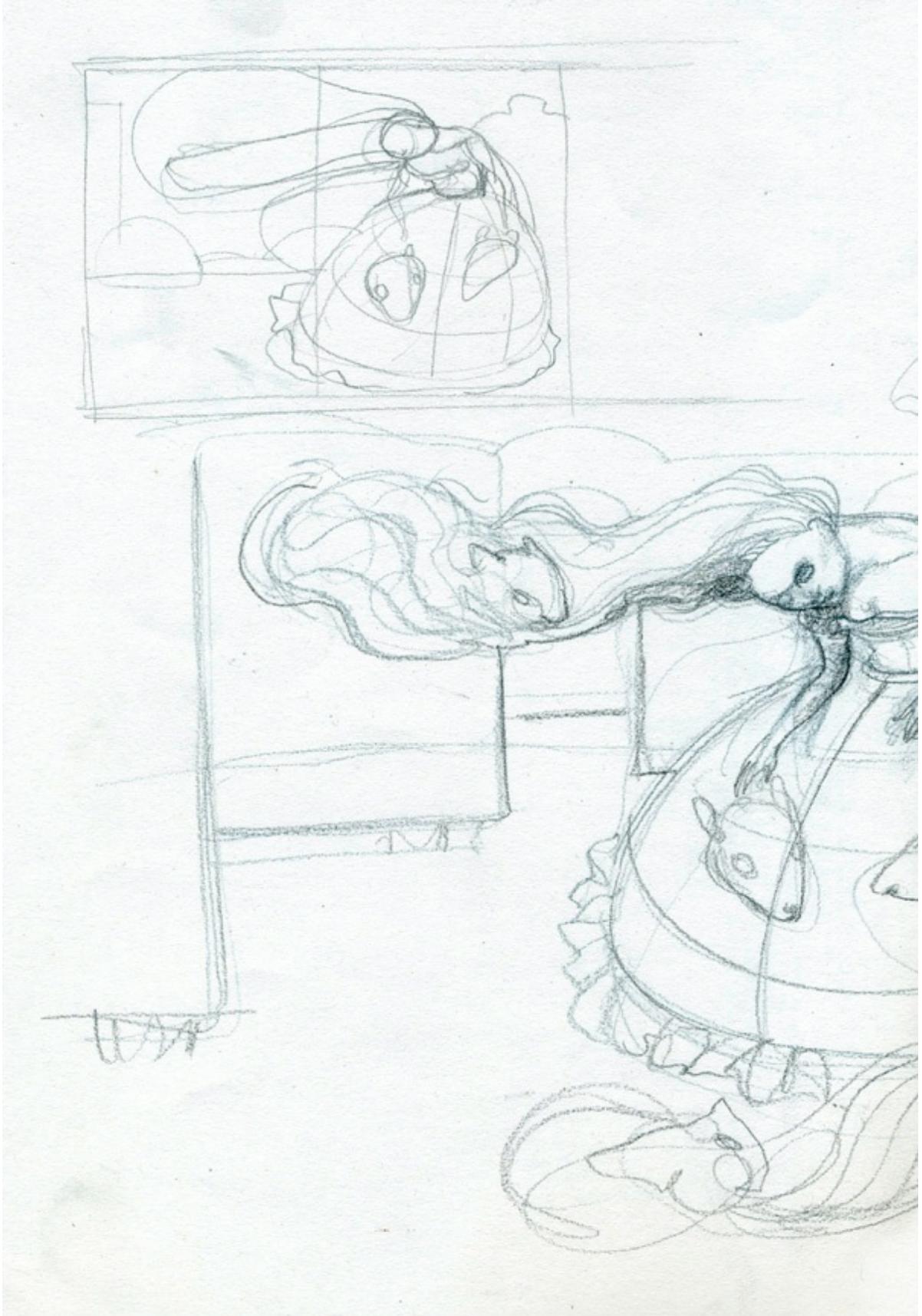
ALPRAZOLAM

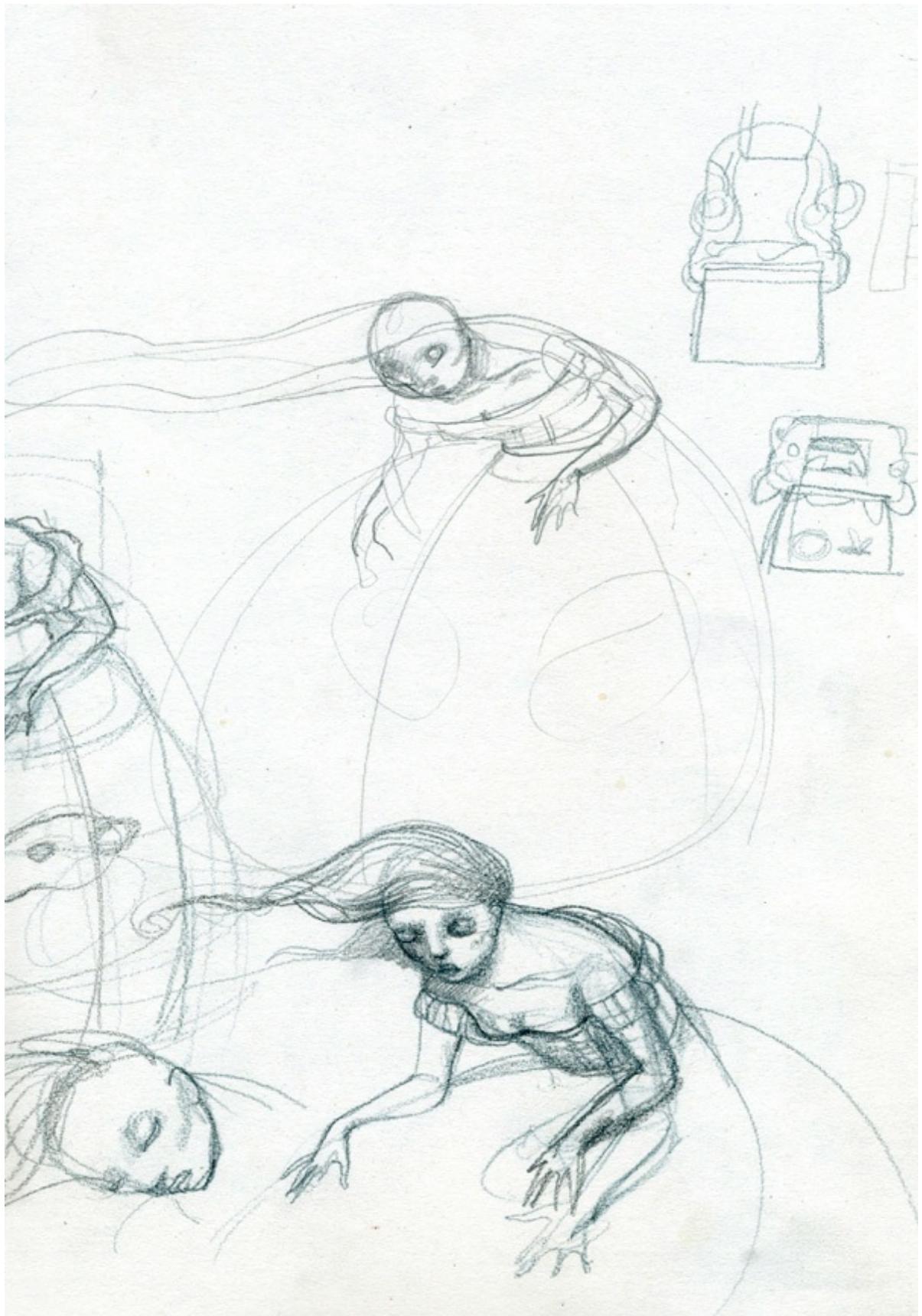














- suceso - viaje - presentación / tea - time

- Quint + fessel - sexo

- Quint - fessel

- ratones

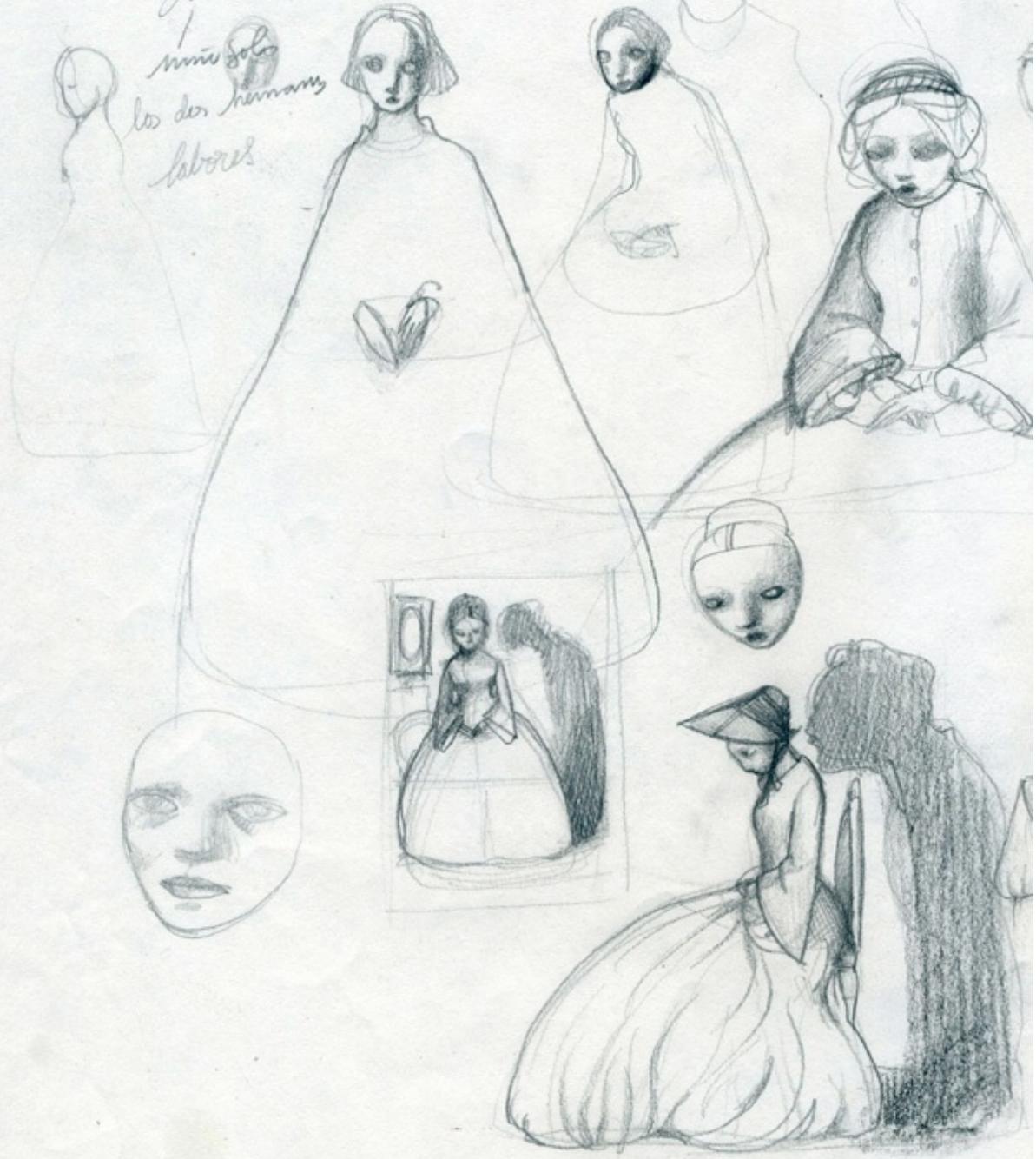
- criados como

piano

relucio en el fuero

chimeneas

suela



miu solo
los dos hermanos
labores



narrativa em



*Ella tiene
Lo mismo
Como Qui*

*Es
- No son fantasmas*























Notas

[*]. Henry James, *Prefacios a la edición de Nueva York*

[extracto del vol. XII], Milita Molina

e Isabel Stratta (trads. y eds.),

Buenos Aires, Santiago

Arcos Editor, 2003.<<

[1]. No es esta la única ocasión en que James deplora los modos de producción de horror de la ficción de sus contemporáneos. En el prefacio a *El altar de los muertos* apunta sus armas contra Poe y lo que ve como su sentido chocante y efectista del horror, y contra toda la proliferación de aventureros, piratas y detectives que habita la narrativa victoriana y eduardiana de gran circulación. (N. de las T.) <<

[2]. En la entrada del 10 de julio de 1895 de sus *Cuadernos de notas*, James escribe: «Anoto aquí una historia que el arzobispo de Canterbury me contó. Un mero boceto, vago, general, impreciso, puesto que no otra cosa le había referido una dama que no poseía el arte de narrar... Es la historia de unos niños que, muertos presumiblemente los padres, quedan al cuidado de sirvientes en una vieja casa de campo. Los sirvientes, malvados y corrompidos, pervierten a los niños; los niños se vuelven viles y capaces de ejercer el mal... Los sirvientes mueren, y sus apariencias vuelven para poseer la casa y a los niños, a quienes parecen tentar, a quienes incitan y convocan desde el más allá». (*N. de las T.*) <<